

Carola Benedetto & Luciana Ciliento



**CUENTOS**  
PARA

**NIÑOS Y NIÑAS**



que quieren

**SALVAR**

el mundo 

**Carola Benedetto Luciana Ciliento**

**CUENTOS  
PARA NIÑOS Y NIÑAS  
QUE QUIEREN  
SALVAR EL MUNDO**

**Ilustraciones de Roberta Maddalena Bireau**

**Traducción de Guillermo Medina Gallardo**

**blok**  
B DE BLOK

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleerkids



@megustaleerkids



@megustaleerkids

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |



PEQUEÑA HISTORIA DE  
**VANDANA**  
**SHIVA**





## Todos somos semillas

VANDANA SHIVA

Vandana se quita sus zapatos azules, los tira más allá de la mecedora en la que se está meciendo y corre hacia Mira, su hermana mayor, invitándola a seguirla hasta el huerto. Mira, sonrío y deja que la pequeña la guíe. Vandana se mueve a sus anchas, saltando ligera entre las hileras de tomates y sandías. Con los pies descalzos, siente la tierra húmeda: sabe dónde está sembrado y por dónde pueden andar tranquilamente. Con una mano coge la mano de Mira, en la otra sostiene una bolsa de tela rosa: su padre se la cosió con la nueva máquina y la llenó con semillas de zanahoria.

**—Antes que nada debemos dar las gracias a las lombrices. Son quienes remueven la tierra, con lo que brindan el oxígeno necesario para nutrir a las zanahorias**

—dice. Luego une las manos y su voz se fusiona con la de Mira para recitar un mantra, una oración hindú.

Vandana y Mira acercan sus labios a la tierra y le piden permiso para cavar un surco. En la India, la tierra es una diosa, es sagrada, y antes de pisarla o agujerearla, aunque solo sea para depositar una semilla en ella, debes solicitar su permiso y bendición.

Vandana cierra los ojos. Ahonda las plantas de los pies en la tierra blanda. Cuando siente el calor en su piel, sabe que la diosa le ha respondido. Entonces abre los ojos e introduce suavemente los dedos en la tierra. Excava con cuidado un pequeño hoyo redondo.

—Mira qué bien huele —dice a Mira, cogiendo un puñado de tierra. Luego forma otro surco circular—. Servirá para retener el agua durante la estación seca y ayudará a que no haya demasiada en la temporada de lluvias.

En ese preciso momento abre la bolsa rosa y coge las semillas.

—Pondremos nueve porque es un número mágico.

Vandana vive en la India, en el pequeño pueblo de Dehra Dun, a los pies del Himalaya, con Mira, su hermano Kudip, su mamá, su papá y una abuela fantástica que cocina todo tipo de exquisiteces.

Su padre es guardia forestal y a menudo lleva a casa cachorros de tigre para cuidarlos. Hace unos años que cose la ropa para toda la familia. Es algo que le gusta, pero la máquina de coser es algo más. Es un instrumento de libertad, diría siguiendo las enseñanzas de Gandhi, llamado el «Mahatma», ‘gran alma’, por su sabiduría.

Sin usar armas, Gandhi lideró la lucha por la independencia de la India frente al Imperio británico. Invitó a los indios a tejer el algodón y a fabricarse sus propios vestidos, luego marchó con ellos para coger la sal del mar y no tener que comprarla a los colonos ingleses.

—Cada vez que nos ponemos un vestido fabricado por un indio, su familia puede comprar lo necesario para vivir y, así, todos felices —repite Baba, es decir, ‘papá’ en hindi. Y esta felicidad que se multiplica, como el *laddu* (las montañas de bolas dulces que prepara la abuela con harina y mantequilla), a Vandana le parece lo más valioso del mundo.

Su madre es de origen campesino y cuida de las vacas. A Vandana la tienen hechizada. La niña ama a todos los animales, pero las vacas son algo especial. Blancas, con grandes ojos enmarcados en negro, como si los tuvieran pintados con *kajal*, las vacas tienen un aspecto de damas elegantes y poderosas.

Y, mientras las encierran en el establo, Vandana, que siempre quiere saber el porqué de las cosas, pregunta:

—¿Por qué son sagradas las vacas?

—Porque el vehículo del poderoso dios Shiva es un toro, y porque, además, de las vacas recibimos todo lo que necesitamos para vivir —responde mamá.

—¿Y qué necesitamos para vivir?

—La leche, y entonces la hervimos y hacemos el *ghee*, la mantequilla que tanto te gusta. También necesitamos su estiércol seco, redondo como una enorme moneda, para encender el fuego con el que cocinamos y nos calentamos. Y, finalmente, necesitamos su estiércol húmedo para fertilizar los campos y que en ellos puedan crecer cebollas, arroz y lentejas.

Vandana escucha con atención. Sabe que

**todas las cosas están conectadas,**

la abuelita no para de repetirlo. Esa noche, antes de irse a dormir, recuerda lo mucho que ha

aprendido.

—Duerme, Vandana —le susurra la abuela, que pasa a darle las buenas noches.

—No tengo sueño, Naniji. —Que significa algo así como ‘querida abuela, tú que lo sabes todo’—. ¿Puedes contarme el cuento de los árboles y las mujeres?

—Ya te lo conté ayer, y también anteayer.

—Lo sé, Naniji, pero es como tus tortitas. Nunca me cansaría de comerlas.

Por lo que la abuela, que nunca puede resistirse a los grandes ojos negros de Vandana, empieza a contar:

### Hace muchísimo tiempo, en el norte de la India vivía un marajá, un rey malvado y tiránico.

*Durante un verano muy caluroso y húmedo, tuvo el deseo de caminar entre frescas fuentes. Y, sin pensárselo dos veces, ordenó a sus sirvientes que talaran el bosque circundante y lo convirtieran en un jardín colmado de agua tintineante. Pero la noticia llegó a Amrita Devi, una chica de un pueblo cercano, que acudió de inmediato a palacio a defender la vegetación.*

*—Los árboles son un bien valioso. Protegen a los animales y con sus raíces retienen el agua que sirve para alimentar los campos —dijo a los sirvientes del marajá, que ya estaban manos a la obra.*

*Los sirvientes rieron a carcajada limpia y empezaron a cortar el primer árbol.*

*—Los árboles son sagrados. En tiempo de sequía, cuando escasea la comida, las mujeres venimos aquí a recolectar hierbas con las que alimentar a nuestras familias —insistió Amrita.*

*—Pues a partir de ahora tendréis que ir a otra parte, porque aquí vamos a construir unas fuentes para el marajá. Así que vete, vuelve a la aldea. ¡Largo! —bramaron los sirvientes.*

*Pero Amrita no les hizo caso, sino que dio un paso adelante.*

Y esta era la parte que más le gustaba a Vandana. Porque ella tampoco habría retrocedido un solo paso ante semejante injusticia.

*Amrita avanzó hacia el árbol más grande y lo abrazó con fuerza, como a un hermano o una madre.*

*—¡Acabad con ella! —aulló el cruel marajá, que entretanto se había presentado en el bosque. Y como los sirvientes no se atrevieron, lo hizo él mismo. Pero, inmediatamente después, todas las mujeres corrieron a abrazar un árbol. Diez, cincuenta, cien. El terrible marajá mató a muchas, pero otras mujeres llegaron de todos los rincones del reino. Y cuando fueron más de trescientas, finalmente el horrible rey bajó su espada y regresó derrotado a palacio.*

—El bosque se salvó gracias al valor de Amrita Devi y las demás mujeres, ¿verdad, Naniji?

**—Pues claro, hijita. El ánimo de las mujeres no conoce obstáculos. Son poderosas, son la *shakti*, la energía femenina que genera los astros del universo. Y tú eres una mujer, tenlo siempre presente.**

Vandana asiente y abraza a la abuela, sintiéndose tan a salvo como los árboles del cuento, y por fin se duerme.

Los años pasan tan rápido como los trenes: Vandana ha crecido y pronto se enfrentará a sus primeras decisiones y a un importante viaje.

—Haz lo que sientas que debes hacer —dice Babaji al final de la educación secundaria. Y ella, que nunca ha dejado de buscar el porqué de las cosas, se dedica en cuerpo y alma a la física y se marcha a una de las mejores universidades del mundo, la Universidad de Guelph en Ontario (Canadá).

Babaji y Mataji (‘mamá’ en hindi) solo quieren lo mejor para sus hijos: no les importa que Vandana encuentre un marido o un trabajo tradicional, como pretenden los padres de muchas de sus amigas.

—Vandana, solo una cosa deseo —le dice Babaji, mirándola a los ojos—, y es que seas siempre libre y valiente como Mahatma Gandhi. Recuerda: no hay dificultad alguna que no pueda superarse con la constancia. ¿Serás constante?

—Sí, te lo prometo. Aprenderé todo lo que haya que saber y después volveré a casa.

**Quiero que todos los niños de la India puedan estudiar, pero sobre todo que puedan alimentarse y respirar aire fresco. ¡Hay tanto que hacer!**

—responde emocionada mientras que Mataji, en un intento de sacarse de encima la tristeza, la ayuda a preparar la enorme maleta llena de ropa, especias, dulces de la abuelita y fotos de la familia.

Cuando regresa a casa para las vacaciones de verano, se da cuenta de que en la India hay algo que va mal. En muchas zonas, los bosques son cada vez menos frondosos. Se talan sus árboles para vender la madera y para extraer minerales de la tierra. Con la deforestación, la vida en las aldeas es cada día más difícil. Aumentan las familias que se ven obligadas a partir en busca de nuevas tierras y los niños pobres que piden por las calles. Así que Vandana se une a las numerosas mujeres del Movimiento Chipko, que en memoria de Amrita Devi todavía hoy abrazan a los árboles para protegerlos. Finalmente, el gobierno acaba por darles la razón: los bosques serán protegidos para garantizar la supervivencia de las aldeas y una buena vida para todos.

Finalizados sus estudios en Guelph, Vandana se especializa en Física Cuántica, la que estudia la estructura invisible de la materia, en el centro de investigación de la Universidad Western Ontario.

Cuando en 1978 regresa definitivamente para vivir en la aldea, en Dehra Dun hay una gran celebración: de las aldeas vecinas vienen los familiares y amigos, vienen para hacerle una visita y tomar juntos el *masala chai*, esa mezcla de té negro y especias que se toma con leche, así como para comer *laddu* y tortitas.

A la mañana siguiente, Vandana se va a pasear a la montaña con Mira. Toman el camino que se encarama por el bosque, como solían hacer de pequeñas en busca de frescor y hierbas aromáticas, y Vandana ve con sus propios ojos miles de troncos de robles gigantes talados. Es obra de las empresas mineras que quieren facilitar el paso a sus camiones cargados de rocas. Por un momento se queda sin aliento y casi se pone a llorar.

### —Es hora de retomar la fuerza y el ánimo de Amrita Devi para intentar arreglar un poco las cosas

—se dice para sí con decisión.

Vandana ahora trabaja en el Indian Institute of Management en Bangalore, donde lleva a cabo una investigación sobre los daños causados en la región por la reciente transformación de las granjas en plantaciones de eucaliptos. Y aquí se da cuenta de que la ciencia y la tecnología a menudo se usan con fines negativos. De hecho, es el Banco Mundial quien ha financiado el proyecto, que lo describe como una «reforestación», una acción positiva dirigida a devolver la vegetación a las áreas que quedaron sin árboles. En realidad, sin embargo, plantar miles de árboles iguales ha empobrecido el entorno natural y lo ha hecho más proclive a los incendios. Además, no es que se eligieran los eucaliptos porque fueran la especie más adecuada para el lugar, sino porque son perfectos para la producción de papel, así que de nuevo todo fue para ganar dinero.

Cuanto más sabe, más siente Vandana la urgencia de dedicar todo su tiempo a la defensa de la Tierra. Pero para hacer eso debe ser libre, «como lo fue Gandhi, que no le debía nada a nadie», habría dicho Babaji. Es entonces cuando deja su trabajo y decide que a partir de aquel día será una científica independiente, sin un gobierno que le pague y que produce unos documentos que, tal vez, solo dicen la verdad a medias.

En el establo de sus padres funda la Research Foundation for Science and Technology, un centro de investigación que estudia la biodiversidad —la variedad de organismos vivos que habitan nuestro planeta—, así como el impacto ambiental de las presas y de las centrales hidroeléctricas en la naturaleza.

Su primer trabajo es sobre el río Narmada, en la India central. El curso del río, uno de los más sagrados de la India, ha sido desviado a través de miles de diques y presas para explotar la fuerza de sus aguas, así como para extraer para la industria metales preciosos. Vandana y sus nuevos colaboradores recopilan información, testimonios y documentos y descubren que, particularmente entre las canteras de caliza del valle de Dun, la situación es dramática. Hay una carencia de agua, y escasean los alimentos para las personas y el pasto para los animales. Ya no hay ni madera para construir las casas, porque los bosques han desaparecido. Además, durante las intensas lluvias del monzón, los residuos de las excavaciones acumulados alrededor de la cantera son arrastrados hasta el lecho del río, que se desborda e inunda las aldeas.

**—Las empresas contra las que vas a luchar son muy poderosas, ¡no lo lograrás!**

—le dicen a menudo a Vandana, pero ella no se rinde.

Y los habitantes de las localidades a lo largo del Narmada y las mujeres del Movimiento Chipko protestan también a su lado. Al cabo de cien días de lucha, Vandana es convocada ante el tribunal más importante de la India, el Tribunal Supremo. Al final, la verdad triunfa y...

—¡Las minas del valle de Dun se cerrarán! —decreta el juez decano, golpeando con el mazo.

Esa noche, Vandana, cansada pero feliz, le cuenta a Babaji la sentencia.

—Es verdad que el progreso no se puede detener —concluye, buscando como siempre consuelo en sus ojos profundos y sabios—, ¡pero es que no se puede ir destruyéndolo todo! Debes saber, Babaji, que esta es solo una de las muchas batallas que nos esperan...

Vandana sabe que hay empresas multinacionales que han venido a la India a vender sus semillas modificadas, no naturales, que arruinan y empobrecen los campos: son las OGM, semillas producidas en un laboratorio, con el ADN modificado. Estas empresas prometen a los agricultores unas cosechas milagrosas. Pero, en realidad, tras la primera sequía, las plantas nacidas de las nuevas semillas no sobreviven y hay que empezar de nuevo: comprar más semillas a un precio cada vez más alto en una espiral sin fin.

—Incluso han intentado modificar el arroz basmati que ha estado creciendo en nuestros valles durante siglos, llegando a afirmar incluso que lo habían inventado ellos. ¡Pero cómo puedes inventar una semilla! Nadie las inventa y nadie las posee —dice Vandana cada vez con más fervor.

—La situación es atroz —responde Babaji—. Son semillas que el primer año dan muchos frutos y luego hacen el suelo estéril. Para que vuelva a ser fértil, se necesitan pesticidas y productos químicos vendidos por las mismas industrias, y al final esos productos envenenan el suelo. Muchos agricultores lo han perdido todo y se han suicidado.

—¡Tengo que hacer algo! —dice Vandana—. Como científica que soy, me siento responsable de este desastre que otros científicos han causado. Tengo que encontrar un remedio. Y si no lo hay en todo lo que he estudiado, ¡lo encontraré en otra parte!

**Tiene la solución ante sus ojos; de hecho, la tiene bajo su ventana, en el viejo huerto de la casa, en el cuidado de la tierra, en pedirle permiso para plantar semillas y brotes en ella, y en agradecerle el alimento que nos proporciona.**

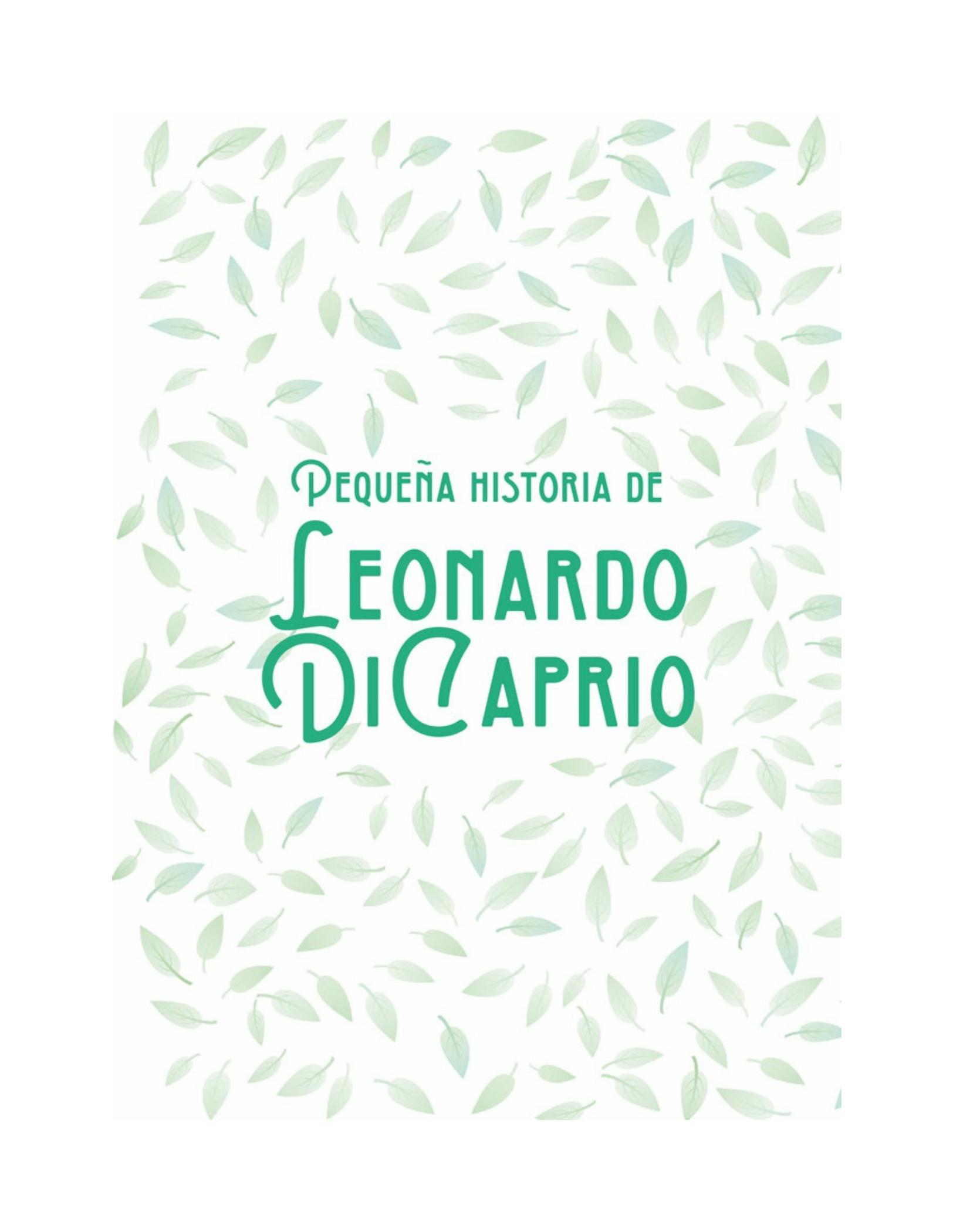
Y aquí cambia todo. Con Bija Devi, una amiga suya campesina cuyo nombre significa, ¡cómo no!, ‘semilla’, funda el banco de semillas Navdanya, nombre que significa ‘nueve semillas’, pero también ‘un nuevo don’. En la astrología hindú, las nueve semillas representan a los planetas, porque la Tierra no está sola, y todo, incluso nosotros los humanos, está relacionado con el cosmos.

—A la sala de las semillas hay que entrar sin zapatos, porque son sagradas, la vida depende de ellas —dice siempre Bija Devi. Y, juntas, las dos mujeres recogen de su campo antiguas semillas naturales y las donan a los agricultores de la región para que las sustituyan por las semillas modificadas.

Cinco años después, el banco de semillas se convierte en la granja Navdanya, donde se cultivan más de seiscientos especies de plantas, hierbas medicinales y más de doscientas variedades de arroz. Al cabo de otros cinco años, nace la Bija Vidyapeeth, es decir, la ‘Universidad de las Semillas’, donde se realizan encuentros sobre técnicas de agricultura orgánica y sobre insecticidas naturales, pero donde esencialmente se recuerda que el alimento es sagrado y nos da la vida.

En la actualidad, Navdanya es una red internacional de conservadores de semillas y de productores ecológicos que opera en más de veintidós estados de la India. Navdanya ha ayudado a fundar ciento veinticuatro bancos de semillas, es decir, lugares donde guardar semillas naturales, que no están encerradas en cajas fuertes sino en multitud de pequeños recipientes, cada uno con una etiqueta con el nombre de la variedad. Gracias al coraje de Vandana ha nacido una comunidad de personas que respeta la Tierra y que ha recuperado y protegido miles de plantas.

—Conservar las semillas significa conservar la biodiversidad, el conocimiento y la cultura de toda la humanidad —no se cansa de repetir Vandana en Navdanya y en todo el mundo.



PEQUEÑA HISTORIA DE  
**LEONARDO  
DICAPRIO**





## ¡Salvaré este paraíso!

LEONARDO DICAPRIO

Leonardo DiCaprio siempre ha tenido las ideas muy claras, ya desde su infancia. En su undécimo cumpleaños, su madre le propone elegir una de las grandes reproducciones de pintores famosos que cuelgan por las paredes de la casa.

—Puedes coger una para tu habitación —dice.

Y Leonardo no tiene dudas:

—*El jardín de las delicias*.

A pesar del título, se trata de un cuadro inquietante. Lo pintó Hieronymus Bosch, «el Bosco», un pintor holandés del siglo XV, con el objetivo de contar la historia de la humanidad, una historia que, según Bosch, no tendrá un final feliz.

—¿No te agobiarás, Leo? —le pregunta Irmelin con preocupación—. Lo tendrás delante de ti todos los días, por la noche al ir a dormir y por la mañana al levantarte.

—Quizá sí —responde, torturando sus largos mechones rubios como siempre hace cuando rondan pensamientos importantes por su mente—. Me recuerda los cómics de papá. No es solo una pintura, es como una historia, una historia que quiere hablar conmigo...

El cuadro se divide en tres paneles. En el primero están Adán y Eva, felices e inmersos en un jardín verde y acogedor, junto a un unicornio blanco y patos y cisnes que nadan tranquilamente en un plácido estanque. En el segundo panel, la escena se vuelve más caótica: el jardín se ha convertido en una gran extensión de tierra abarrotada, donde la humanidad se ha multiplicado y ha tomado el mando sobre la naturaleza. En el tercer panel, los colores se vuelven oscuros, la atmósfera espectral, los demonios y los monstruos torturan a la humanidad: el jardín se ha convertido en un infierno.

Es este último panel el que llama la atención de Leonardo, que se

## pregunta qué sucedió entremedio, entre la escena paradisiaca del primer panel y la infernal del tercero.

Algo incomprensible que lo perturba y lo fascina al mismo tiempo.

—De acuerdo, tesoro, aquí tienes *El jardín de las delicias* —dice Irmelin con una sonrisa—. Siempre te han gustado las cosas misteriosas...

Es cierto. Leonardo es un tipo original y curioso, se pasa horas leyendo las historias gore de papá George, llenas de monstruos, esqueletos y cerebros desparramados, u observando el océano en silencio, perdido en su propio mundo. Pero, con unos padres como los suyos, es algo inevitable. Se trata de dos inconformistas, dos *hippies*. Van vestidos con colores chillones y son amantes del arte. George dibuja cómics en su garaje convertido en taller de trabajo. Irmelin es secretaria, pero en cuanto puede se pone a pintar. Y la casa siempre está llena de poetas, artistas y pintores extravagantes.

Ya no están juntos desde hace tiempo —ahora George vive con su nueva pareja y el hijo de ella, Adam—, pero siguen siendo amigos y se reúnen a menudo. Como hoy, por el cumpleaños de Leonardo.

—¡Llaman a la puerta, tesoro! ¡Es papá! —exclama Irmelin.

Leonardo corre a abrazar a George, y luego a Adam, que es cuatro años mayor que él, y aun así un fantástico compañero de juegos.

Poco después, llegan también los amigos artistas y la fiesta puede dar comienzo. Se sientan todos a la mesa y, como siempre, Leonardo es quien lleva la voz cantante. Habla de su vida en la escuela, ubicada en un elegante barrio de Los Ángeles, de los compañeros que se burlan de él por su manera *hippie* de vestir y sus largos cabellos.

—Me llaman cabezón —dice—. ¡No los soporto!

Luego pasa a las últimas noticias. Recientemente, ha participado en unos anuncios para la televisión. La cosa empezó casi por casualidad, presentándose a un *casting*, convencido de que no tenía ninguna posibilidad. Y, en cambio...

—¿Cómo es eso de ser actor, Leo? —le pregunta uno de los amigos de mamá.

Leonardo sonríe emocionado.

—Fue fantástico. Los del anuncio de cereales me regalaron una gorra de baloncesto muy chula. Pero me divertí más con el anuncio de los chicles: estaban riquísimos y tuve que hacer un montón de globos.

Al final del almuerzo, toca soplar las velitas y cortar la tarta de nata. En ese preciso momento, Irmelin se aclara la garganta.

—Es la hora de las sorpresas —anuncia—. Y digo de las sorpresas, ya que son dos.

Leonardo da un respingo sobre la silla. Está hecho un saco de nervios.

—¡Lo primero es ir a comprarte algo de ropa! —exclama mamá.

—¿De verdad? ¿De la que a mí me gusta? —pregunta Leonardo, cambiando su mirada de mamá a papá.

Irmelin y George asienten. La de la ropa es una batalla que lleva entablándose desde hace tiempo. Irmelin siempre le ha cosido ella misma las camisas florales y los pantalones acampanados, pero Leonardo odia la moda *hippie* y, sobre todo, las bromas de sus compañeros... Hoy mismo lo ha recordado. Y ha intentado rebelarse de todas las formas posibles, como un verdadero luchador. Una vez estuvo encaramado durante dos horas encima del armario en señal de protesta. En otra ocasión llevó la camisa al revés, con la parte de fuera hacia dentro, para que no se vieran los dibujos llamativos.

Hoy es el vencedor de la batalla. Irmelin ha cedido, ha comprendido que

**cuando a Leonardo se le mete algo en la cabeza, no se rinde hasta conseguirlo.**

—¿Y la segunda sorpresa? —pregunta Leonardo.

—Esta la descubrirás más tarde —dice George con una sonrisita misteriosa.

Toda la familia va a la tienda de deportes junto al océano, donde Leonardo elige un par de pantalones rectos y dos camisetas de colores lisos.

Tras ir de compras, disfrutan de un largo paseo hasta la playa, en silencio. A Leonardo le encanta ese lugar. Es mirar el océano y olvidarlo todo: siente una profunda calma. Pero de la calma a menudo surgen las preguntas:

—¿Cuántas especies de peces existen? ¿Han sido siempre las mismas desde el principio?

—Estaba esperando tus preguntas, pero esta vez las respuestas las encontrarás en el Museo de Ciencias Naturales —anuncia George sonriendo—. ¡Este es mi regalo!

—¡Vaya!

Leonardo se queda sin palabras. Junto con Adam, se separa del grupo y corre hasta la parada del autobús. Cuando baja frente al museo, el corazón late en su pecho como si hubiera enloquecido.

—¡Rápido, entremos! ¡Quiero verlo todo!

Leonardo está asombrado: descubre especies animales de las que nunca había oído hablar.

Al principio queda hechizado ante las arañas: algunas tienen nombres horripilantes como la *White-eyed assassin bug* (el insecto asesino de ojos blancos) o la *Brazilian salmon pink bird-eating tarantula* (la tarántula brasileña de color salmón comedora de pájaros). Luego va a la sala

donde se exponen los osos del Ártico y permanece allí durante bastante tiempo. Pero son los dinosaurios los que encabezan la clasificación de animales maravillosos. Sus esqueletos colosales lo transportan a un mundo desaparecido. Y las preguntas lo asaltan de nuevo:

¿Cómo debía de ser la Tierra en la prehistoria? ¿Qué dimensión alcanzaban los bosques? Pero, sobre todo, ¿por qué se extinguieron los dinosaurios? ¿Fue realmente un meteorito, como había estudiado en la escuela, o a causa de una invasión marciana, como decía alguno de los amigos de papá? Imagina escenas de devastación y su mente se precipita hacia el tercer panel de la pintura del Bosco.

Este cumpleaños deja una marca indeleble en la vida de Leonardo, que durante todo el invierno vuelve a visitar el museo con Adam.

Los meses transcurren con calma, entre la escuela y algunos anuncios publicitarios, y Leonardo, que se está haciendo mayor, se arma de valor y se presenta también para protagonizar pequeños papeles en películas y series de televisión. Al principio recibe una ristra de negativas. Pero insiste, estudia, se inspira en Robert De Niro, que es el mejor de todos —como siempre dice George—, hasta los quince, cuando una llamada telefónica conmociona a toda la familia.

A Leonardo le han dado un papel en una serie de televisión.

A partir de ese momento, su carrera es imparable. Gracias al éxito mundial de películas como *Romeo y Julieta* y *Titanic*, se convierte en estrella. A los veintidós años, su caché es de unos veinticinco millones de dólares por película. Ahora Leonardo viaja mucho, visita países lejanos y ve con sus propios ojos que la naturaleza, que tanto ama, está en peligro. Hay decenas de especies en peligro de extinción, como les ocurrió a los dinosaurios. Así que se pregunta qué puede hacer él para salvar el planeta.

Empieza por cosas pequeñas. Mientras todos sus colegas van arriba y abajo con sus cochazos altamente contaminantes, él se desplaza con un auto eléctrico. Se compra una casa construida exclusivamente con material ecológico. Aprovecha cada oportunidad que tiene en público para sensibilizar a sus fans e involucrar a otros actores en la necesidad apremiante de proteger la Tierra.

Entonces empieza a actuar en serio.

Crea una fundación a su nombre y produce *La hora II*, un documental dedicado al tema del cambio climático y la degradación ambiental. Para su realización, entrevista a más de cincuenta científicos, ecologistas y activistas. Es tal el éxito que, en 2008, el periódico *The Guardian* inscribe el nombre de Leonardo en la lista de las «cincuenta personas que pueden cambiar el planeta».

Con su fundación, financia distintas iniciativas de apoyo al medio ambiente, entre las cuales un proyecto del WWF para salvar de la caza ilegal a los tigres del Nepal. Gracias a su apoyo financiero, los activistas refuerzan las patrullas contra la caza furtiva y establecen áreas

protegidas para los tigres. En poco tiempo, el número de especímenes presentes en el Nepal casi llega a duplicarse: es una gran victoria. Por su actuación comprometida, en 2014 Leonardo es nombrado por la ONU «mensajero de la paz». Es una alta responsabilidad: gracias a su fama y a su credibilidad, Leonardo tendrá que atraer la atención de políticos, multinacionales y ciudadanos sobre la cuestión del cambio climático. Como dice Leo cuando acepta oficialmente el encargo, «Es hora de actuar».

## El calentamiento global es ya una realidad evidente:

el aumento de la temperatura provoca la fusión del hielo de los glaciares más antiguos, los que existen desde la era glacial en Groenlandia y la Antártida, a un ritmo incluso más rápido de lo que habían previsto los científicos. Y las inundaciones, las sequías y los ciclones se manifiestan de un modo cada vez más violento.

No hay tiempo que perder. Y Leonardo insiste en su tarea de divulgación, produciendo al año siguiente *Cowspiracy*, un documental dedicado a la ganadería intensiva, una de las principales causas de la contaminación. En el documental descubrimos que cada bovino, por medio de su respiración y sus excrementos, produce una enorme cantidad de gas metano al día y que los pastos le restan un terreno muy valioso a la agricultura.

## —Para salvar nuestro planeta, deberíamos comer todos menos carne

—es la conclusión a la que llega Leonardo cuando presenta *Cowspiracy* en rueda de prensa.

Cuando en 2016, en la sede de la ONU en Nueva York, representantes de ciento setenta y cinco países firman el Acuerdo de París para reducir las emisiones de gases contaminantes, Leonardo también está invitado a hablar. Está emocionado ante esa audiencia tan importante, pero pronuncia un discurso duro e impactante.

—El mundo nos está mirando —dice a los políticos presentes—. Pueden decidir ustedes si quieren que las futuras generaciones los aplaudan o los condenen. Si pasar a la historia con honor o deshonor. Son ustedes la última esperanza de la Tierra.

Sigue con sus viajes. Vuela hasta Indonesia para documentar la devastación de la selva tropical en la isla de Sumatra. Aquí, se talan los árboles para dejar espacio para las plantaciones de palma de las que se obtiene un aceite muy solicitado por la industria alimentaria. Como resultado de la deforestación, miles de elefantes, tigres, orangutanes y demás especies se encuentran en peligro. A pesar de la presión del gobierno local, que amenaza con no dejarlo entrar más en Indonesia, Leonardo difunde fotos y vídeos del desastre. Y gracias también a su intervención, el consumo de

aceite de palma cae en todo el mundo. Nadie quiere comprar productos que lo contengan y contribuir así al exterminio de los animales y a la destrucción de la selva.

Esta experiencia lo lleva a filmar en otras partes del mundo, desde el Ártico hasta la India, desde Europa hasta la China, desde el Caribe hasta América del Sur, para contar cómo el hombre destruye los bosques y contamina ríos y mares. Nace el documental *Antes que sea tarde*, que se proyecta en todo el mundo y está disponible gratuitamente a través de la red.

Leonardo ha aprendido que, en la vida, el dinero no es bueno ni malo, y la diferencia está en la manera en que lo uses, así que la mayor parte de lo que gana se lo gasta en salvar el mundo y no hay nada que lo detenga.

Después de Indonesia vuela hasta Cayo Sumba, una isla de Belice bañada por el Caribe donde, una vez más, animales y plantas se encuentran en peligro de desaparecer. Allí, años de pesca de arrastre desregulada han diezmado los manglares, unas grandes plantas de largas raíces que se sumergen en el lecho marino. Y sin la protección natural, los pequeños peces buscan refugio en los arrecifes de coral, donde, por desgracia, se encuentran más expuestos a la amenaza de los depredadores. Para evitar uno de tantos exterminios, Leonardo decide comprar la isla y seguidamente realizar algo realmente ambicioso.

Un día, Leonardo regresa a casa de Irmelin y le cuenta con entusiasmo su último proyecto.

—Te has comprado una isla para pasar tus vacaciones allí tan tranquilo, alejado de los moscones... —bromea Irmelin, sentada con él ante el océano.

Leonardo sonrío y sacude la cabeza.

—Quiero salvar este paraíso —le cuenta—. Construiremos una aldea sostenible y arrecifes artificiales para proteger a los peces. Luego haremos crecer los manglares de nuevo.

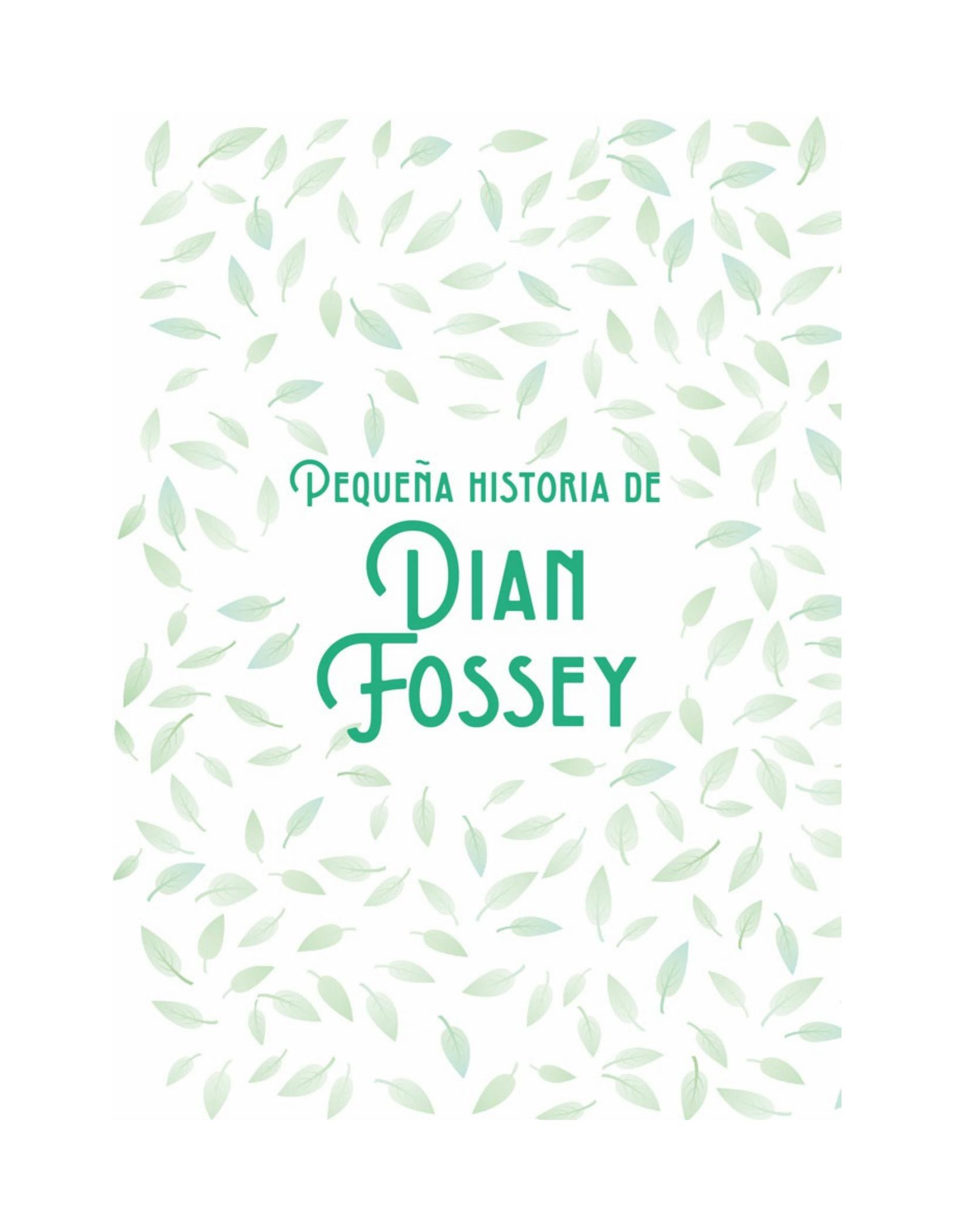
—Estás haciendo algo grande —dice Irmelin, que ahora habla en serio—. Estoy orgullosa de ti.

—También es gracias a ti, mamá —dice Leonardo—. ¿Te acuerdas de la reproducción de *El jardín de las delicias* que me regalaste para mi cumpleaños?

—Pues claro —dice Irmelin—. Estaba orgullosa de que hubieses elegido una obra tan compleja. Aunque nunca entendí qué es lo que te atrajo de aquella pintura...

—La fuerza de las imágenes y la historia que contaban —dice Leonardo—.

**Pero solo ahora he entendido realmente que la humanidad está siguiendo el mismo recorrido representado por el Bosco. Se dirige irremisiblemente hacia la catástrofe. Y haré todo lo posible por impedirlo. Yo no me rindo...**



PEQUEÑA HISTORIA DE

DIAN  
FOSSEY





# Los gorilas son mi familia

DIAN FOSSEY

Su casa es demasiado silenciosa y Dian siempre está fuera jugando con los perros de los vecinos. Le gustan los animales quizá más que las personas, con ellos nunca se siente juzgada ni debe dar explicaciones. Le gustaría tener un perro propio, pero su madre no da su brazo a torcer. Y su padrastro es aún más severo: la obliga a comer en la cocina con la criada, «porque en el comedor los niños se aburren», dice. Pero el único que se aburre aquí es él.

A los diecisiete años, finalmente, puede mudarse a la universidad.

—Me gustaría estudiar Veterinaria —propone Dian, esperando de este modo poder tener todo tipo de animales a su alrededor.

—Tú no tienes un centavo e irás donde nosotros digamos, que por algo somos quienes pagamos. Estudiarás Economía —la corta su padrastro.

Dian odia los números, pero no tiene otra opción.

Durante las vacaciones de verano trabaja ayudando en una granja y se divierte de lo lindo entre bueyes y caballos, rodeada de verdes campos e infinidad de lagos. Y, además, le sirve para ahorrar algo de dinero que le permita dejar Economía y empezar Veterinaria. Pero aunque Dian es muy buena en las asignaturas relacionadas con los animales, otras, como la química y la física, simplemente no le van. Así que al final decide abandonar los estudios.

En 1954 se saca el título de terapeuta ocupacional y no tarda en encontrar trabajo en un hospital de Kentucky, donde hace el seguimiento de los niños autistas. Mientras tanto, alquila una vieja casa de campo en los terrenos de una gran hacienda agrícola a las afueras de Louisville. Cuando se enteran de que tiene estudios veterinarios, los dueños le piden que cuide de los animales. Dian se despierta con el mugido de los bueyes, se ocupa de los caballos y luego se va al hospital con sus niños.

Una tarde, después del trabajo, conoce a un niño que ha vivido unos años en África y que le cuenta su experiencia:

—Si te gustan los animales, ¡es el lugar adecuado para ti! —le dice.

Dian lo escucha extasiada. Quiere ir allí a toda costa. África se convierte en su obsesión y, a base de trabajar en mil cosas a la vez, logra reunir lo necesario para el billete de avión. Mientras, va leyendo narraciones de viajes, cuentos africanos y libros de animales. Una noche, cae en sus manos *El año del gorila*, de George Schaller, un zoólogo estadounidense que estudió a estos mamíferos en Camerún y en el Congo. Devora el libro esa misma noche y, al amanecer, decide:

### —Me voy a buscar gorilas.

—¿Pero tú estás loca? ¡Son muy peligrosos! —le dice su amigo cuando le cuenta lo que tiene en mente.

—Schaller los describe como unas criaturas afables y tímidas. No les tengo miedo. Iré al Congo, a las montañas Virunga, y los estudiaré —concluye Dian.

Planifica el viaje hasta el último detalle: como primera etapa, contactará con el antropólogo Louis Leakey, que estudia a los primates y apoya a los jóvenes investigadores que quieren seguir sus pasos.

Finalmente, en 1963, vuela a África por primera vez. Inmediatamente, se une al antropólogo en Tanzania. Leakey, aunque entusiasmado con los proyectos de estudio de Dian, teme que una chica sola e inexperta no pueda resistir los mil y un inconvenientes que supone el estudio. Sin embargo, pronto cambia de opinión.

Así, Dian, con unos porteadores que la ayudan a llevar todo lo necesario para montar el campamento, al cabo de solo un par de semanas llega a las laderas del monte Mikeno, la antigua base de operaciones de Schaller. A tres mil metros de altitud, en la naturaleza virgen envuelta por la niebla, se siente como en casa. A poca distancia vislumbran a dos fotógrafos estadounidenses que van también en busca de gorilas, y los dos grupos se juntan.

Durante días no ven nada, hasta que una mañana perciben un olor acre. De repente, el silencio de las montañas se ve interrumpido por un ruido sordo y apremiante: son gorilas que se dan golpes en el pecho. Seis enormes siluetas oscuras.

Dian queda impresionada por sus intensos y brillantes ojos negros. Los machos, más grandes, están en primera fila; las hembras, en cambio, se mantienen apartadas y no pierden nunca de vista a sus cachorros. El líder de la manada los mira amenazadoramente. Cuando los fotógrafos encienden la cámara para filmarlos, los gorilas permanecen en silencio, escuchando el ligero sonido del motor. Entonces el jefe de la manada bosteza. Luego, todo el grupo se relaja y comienza a interactuar con la máquina: uno se da una vuelta a su alrededor, otro pasa tímidamente por delante, otros la desafían enseñando los dientes.

## «Cada uno tiene su propio carácter»,

piensa Dian, y la manada de gorilas se dispersa en el bosque.

Su primer viaje africano termina sin más avistamientos. Dian está decidida a regresar a América solo el tiempo necesario para organizar un nuevo viaje al hogar de los gorilas.

Escribe muchos artículos sobre África y un pequeño periódico los publica, por lo que pasan a llamarla «la mujer de los gorilas». De forma inesperada, aquellos días el profesor Leakey pronuncia una conferencia precisamente en Louisville. Dian corre a saludarlo y él, que se acuerda perfectamente de ella y de su coraje, le dice de inmediato:

—¿Volvería a África? Necesito a alguien que estudie a los gorilas durante años y usted me parece lo suficientemente chiflada...

—¿Cuándo nos vamos? —responde Dian, imaginándose ya entre la niebla.

—En ocho meses. Tenemos una beca de la National Geographic Society —concluye Leakey.

Así que, en el invierno de 1966, Dian vuela de nuevo hacia África. Aterriza en Nairobi y compra todo lo necesario para el campamento: colchones, tiendas resistentes para ella y los porteadores, mantas y hornillos, y luego conduce mil kilómetros hasta llegar al parque nacional de los montes Virunga, en el Congo. Entre mesetas, despeñaderos, selvas y llanuras, la reserva natural se desarrolla en las laderas de ocho volcanes, a lo largo de las fronteras de tres países africanos: el Congo, Ruanda y Uganda. Al llegar al claro de Kabara, instalan el campamento desde el cual partirán todos los días para realizar sus investigaciones.

Dian aprende enseguida a reconocer el rastro del paso de los gorilas: analiza huellas, restos de comida, los «nidos» que construyen para pasar la noche o para resguardarse de la lluvia, e incluso sus excrementos.

Al cabo de unas semanas, finalmente encuentra una pista. En un determinado momento, oye sus gruñidos y divisa la primera manada desde lejos, con un catalejo. Los sigue durante varios días. Por la noche, en la tienda, con la ropa húmeda y a la luz de una lámpara de petróleo, escribe:

**«La manada es una especie de familia formada por unos diez gorilas, encabezada por un macho de dorso plateado al menos dos veces más grande que los demás».**

Y empieza a dar nombres curiosos a cada espécimen, distinguiéndolos por los repliegues de la nariz.

Hacen falta meses para que los animales acepten su presencia constante. Para no asustarlos, Dian nunca se mantiene en pie, y mucho menos echa a correr. Normalmente, se acerca a ellos a

cuatro patas y se tiende boca arriba, en señal de sumisión. A menudo, para azuzar su curiosidad, los imita: a veces se rasca la cabeza, finge comer hojas o trepa, como puede, a los árboles. Y parece que se divierten de lo lindo mirándola.

Ahora los primates del Virunga confían en ella y Dian no tarda en tener una prueba irrefutable de ello. Un día, un estudiante que recientemente se unió al grupo de observadores, se acerca demasiado rápido a una familia de gorilas. De inmediato, el macho dominante corre amenazadoramente hacia él, para alejar al que considera un enemigo. Dian adelanta al chico de un salto y lo empuja al suelo. En cuanto la ve, el gorila se detiene, calmándose de repente. Esa noche Dian anota:

**«Nunca lles a los gorilas más allá de su límite de tolerancia.  
Cualquier observador es un intruso en el territorio de un animal  
salvaje, y el hombre debe recordar que aquí el derecho de ese animal  
está por encima de cualquiera de sus intereses».**

Días después, bajo las montañas, se producen enfrentamientos entre dos de las provincias de la región congoleña de Kivu. Dian solo se dio cuenta una mañana, cuando unos soldados rodearon el campamento y la llevaron a la aldea de Rumangabo, donde la mantienen bajo llave «por su propia seguridad», según dicen. Permanece allí encerrada dos semanas, hasta que con una estratagema se escapa cruzando la frontera con la vecina Uganda. La académica quiere reanudar inmediatamente la investigación, pero sus instrumentos están en el Congo y ya no puede recuperarlos porque es una fugitiva. Afortunadamente, gracias a la ayuda del profesor Leakey y de la National Geographic Society, compra material nuevo y regresa al parque de los montes Virunga, pero esta vez del lado de Ruanda.

Así, en septiembre de 1967, en un valle entre los montes Karisimbi y Visoke, Dian establece el nuevo campamento, al que llama Karisoke, y parte de nuevo en busca de los gorilas.

Una mañana, se encuentra por primera vez con un cachorro al que querrá con locura. Es un joven macho que, a medida que la manada se va alejando, sigue girándose hacia ella como si estuviera indeciso. Dian nota que tiene un dedo curvo y por eso lo bautiza con el nombre de Digit, ‘dedo’.

Semanas más tarde coincide con otra manada y sucede algo extraordinario. Un gorila joven le dirige una dulce mirada: «Tú serás Peanuts», es decir ‘cacahuetes’, le susurra para no asustarlo. Y Peanuts no se mueve. De hecho, cada vez que vuelven a encontrarse, la mira un rato más largo. Un día el gorila se le acerca a pocos pasos, mientras Dian finge masticar unas hojas y se rasca la cabeza para tranquilizarlo. Peanuts la imita. Luego Dian se tumba en el suelo y extiende lentamente

su mano, con la palma hacia arriba.

## **El gorila también se tumba y sus manos se tocan, hasta que se cogen una a otra.**

Entonces Peanuts se levanta bruscamente y se golpea el pecho, pero esta vez de alegría.

Dian también se halla en el séptimo cielo. Es la primera vez que toca a un gorila. Siente que ama profundamente a esas criaturas, percibe su fragilidad frente a un mundo que las considera poco más que curiosos objetos. A través de ese contacto sella un pacto con ellos: los defenderá a toda costa.

En el camino de vuelta, repara que en el bosque hay varias trampas que han puesto allí los cazadores furtivos. A pesar de ser una reserva protegida, el parque se ha convertido en un coto para la caza ilegal. Los furtivos capturan y asesinan a antílopes, búfalos, cerdos salvajes y, más raramente, gorilas, cuyas cabezas, manos y pies se venden en el mercado negro como ceniceros para los turistas.

## **Con sus colaboradores africanos y los estudiantes extranjeros, Dian organiza las primeras brigadas contra la caza furtiva.**

Hacen saltar las trampas y las retiran. Cuando no les da tiempo a sacarlas, ahuyentan a los gorilas que se acercan a ellas utilizando la técnica del «agrupamiento»: hacen sonar unos cascabeles similares a los que llevan los perros de los cazadores. Es una técnica traumatizante para los primates, que al escapar exhalan el olor ácido del miedo y dejan a su paso un evidente rastro de excrementos y sangre. Para evitarles aquel suplicio, Dian se enfrenta a los cazadores incluso abiertamente, tratando de convencerlos de que dejen a los animales en paz. Sabe que la mayoría son gente pobre y a menudo contrata a alguno de ellos para formar parte de sus brigadas, a condición que abandonen la caza ilegal. Así, Dian siempre acaba sin un centavo. Pero su compromiso con los gorilas no basta.

Un día, sube hasta el campamento el director del parque.

—El zoo de Colonia quiere un gorila de montaña. A cambio, nos darán un todoterreno y algo de dinero para la reserva —anuncia, como si fuera lo más normal del mundo.

—Pero, para atrapar a uno, se tendría que matar a toda la familia, ya que tratarán de defenderlo —responde horrorizada.

—¡Si no nos ayuda, lo haremos solos! —concluye el director.

Por supuesto Dian no los ayuda. Y seis meses después, cuando el director del parque la

convoca urgentemente a su oficina, descubre que han hecho realidad sus amenazas: un cachorro de gorila, desnutrido y maltrecho, la mira con cara de sufrimiento desde una pequeña jaula en la que lo tienen encerrado desde hace semanas.

—Debe curarlo. En estas condiciones no llegará vivo al zoo —le ordena el director.

Dian, desolada, regresa con el animal herido al campamento. Le arregla un compartimento con hojas y trozos de madera, luego le prepara algo de comida y unas medicinas. Cuando el pequeño sale de la jaula llora como un niño.

### **El sufrimiento de esa criatura deja a Dian sin aliento y hace que se cuestione sobre el dolor que causan los hombres tan ligeramente.**

Al cachorro lo llama Coco. Y hace de todo para curarlo y liberarlo lo antes posible.

Desafortunadamente, no han terminado las sorpresas desagradables. Poco después, le llevan al campamento una pequeña hembra de gorila recién capturada, también en malas condiciones. Después de dos semanas de tratamiento, la segunda criatura, a quien Dian llama Pucker, también se recupera. Al cabo de poco los dos gorilas se pasan el día jugando juntos, corriendo por el patio, persiguiendo a las gallinas, saltándole al perro a la espalda y desmontando todo lo que encuentran, y acaban rendidos y durmiendo abrazados.

Cuando el director del parque regresa para mandar a los cachorros a Colonia, Dian no quiere dárselos. El hombre amenaza con capturar a otros, y al final no le toca más remedio que ceder, recordando que solo para capturar a Coco mataron a diez gorilas. Al cabo de dos meses le llega una carta en la que le cuentan que los pequeños se han dejado morir de hambre.

Entonces se promete a sí misma:

### **«Nunca más cederé a las demandas que pongan en riesgo la vida de los gorilas».**

En años sucesivos se asesinará a otros gorilas, incluido su querido Digit. Es entonces cuando Dian crea la Fundación Digit para recaudar fondos contra la caza furtiva, e intenta mantener a los turistas y a los curiosos alejados de los gorilas. Pero es difícil, ya que el gobierno ha comprendido que el deseo de ver a los animales al natural es una gran fuente de ingresos y permite que lleguen al parque cada vez más visitantes, sin imponer ninguna regla destinada a respetar la naturaleza y los animales. Dian sabe que ella sola no lo logrará y que son los propios africanos quienes tienen que amar y proteger su tierra, por lo que se dedica a captar y formar cada vez a más gente del lugar, incitándolos a proteger los gorilas y su hábitat. Y, naturalmente, esto le crea

multitud de enemigos.

En diciembre de 1985 Dian es encontrada muerta en su choza, misteriosamente asesinada. Tenía razón cuando decía:

**—El hombre que mata hoy a los animales es el que mañana matará a los que se interpongan en su camino.**

Dian ahora descansa al lado de Digit. En su honor se ha creado la Fundación Dian Fossey para la protección de los gorilas, y su amor por los animales todavía los protege en la actualidad.

The background of the entire page is a repeating pattern of small, stylized green leaves. The leaves are scattered across the white background, creating a dense, naturalistic texture. The leaves vary slightly in shade of green, from a pale mint to a slightly darker sage green.

PEQUEÑA HISTORIA DE  
AL GORE





## La verdad es incómoda

AL GORE

Albert Gore Junior es un chico muy juicioso y no para de hacer preguntas a sus padres, incluso sobre cosas de mayores. Ya ha comprendido que estos son años complejos para su país, Estados Unidos, y está a punto de añadir una nueva pieza al rompecabezas de la realidad que está descubriendo. Así, acaba de cumplir los catorce años cuando, una tarde de finales de verano, su madre los llama a él y a su hermana desde la cocina de su granja en Carthage (Tennessee), donde la familia pasa los cuatro meses de las vacaciones estivales. Quiere mostrarles algo realmente importante: se trata de *Primavera silenciosa*, el libro de Rachel Carson que relata los efectos nocivos de pesticidas e insecticidas químicos, tan populares en esos tiempos. Un libro poco menos que revolucionario para la época, porque en los años sesenta nadie quiere oír hablar sobre la desaceleración de la producción agrícola e industrial o sobre ganar menos dinero para no contaminar. Su madre, graduada en Derecho, les explica detalladamente, a través de las páginas del libro, todas las caras del problema.

Una frase de Carson en particular deja sin respiración al joven Al:

**«Del mismo modo que la pequeña gota agujerea la roca, las sustancias venenosas entran en contacto con nuestro cuerpo desde que nacemos hasta la hora de la muerte, provocando en ocasiones consecuencias funestas».**

Hasta entonces, a Al nunca se le había pasado por la cabeza que el progreso, con todas sus innovaciones y comodidades, pudiera tener efectos secundarios. Para que el mensaje sea aún más claro, mamá les pone el ejemplo del águila calva, animal símbolo de Estados Unidos, que en los últimos quince años está desapareciendo debido a la gran cantidad de pesticidas que ingiere cada

vez que se alimenta de insectos.

—Pero mamá, si estas sustancias hacen daño a la naturaleza y a los seres humanos, ¿por qué siguen usándose?

—Mira, Al, la realidad es más complicada de lo que parece. Durante la Segunda Guerra Mundial, las industrias químicas utilizaron nuevos materiales químicos contra los insectos de la malaria. Después de la guerra, esas sustancias se han usado también en el ámbito doméstico y en la agricultura como pesticidas e insecticidas. Y ahora que se conocen sus posibles consecuencias en el hombre y en la naturaleza, siguen produciéndose para no perder dinero.

Pasan media hora más discutiendo, pero Al continúa lleno de dudas. Se afana por digerir todo lo que ha oído.

### —¿Pero el hombre está de veras dispuesto a envenenarse a sí mismo por dinero?

—pregunta de pronto—. Siempre hablas de la importancia de los derechos de todos: mujeres, hombres, niños, y ahora también de la Tierra. Y si hay algo que es correcto, ¿por qué hacemos lo contrario?

—Las acciones de los hombres a veces parecen absurdas. Tú y tu hermana, sin embargo, debéis esforzaros por ver la realidad tal como es, por muy incómoda que sea. Y, sobre todo, debéis asumir la responsabilidad de vuestras elecciones. La Tierra debe ser defendida, es vuestro hogar, y junto con ella sus habitantes. Ahora duerme tranquilo: haremos como Old Peg, paso a paso hasta alcanzar la meta. ¿De acuerdo?

Cuando oye nombrar a Old Peg, a Al se le escapa una sonrisa. Su padre, Albert Senior, le cuenta esa historia cada vez que surge la ocasión, para recordarle que,

### con voluntad, también pueden alcanzarse objetivos inimaginables.

En realidad, Old Peg es un pobre músico ambulante que, a pesar de tener solo una pierna, viaja a lo largo y a lo ancho de América con su jamelgo escuálido y su violín. Con la sonrisa en la cara y la imagen de Old Peg en la retina, Al se queda dormido.

—Mañana se acaban las vacaciones y volvemos a Washington: disfruta del campo y ve a despedirte de los vecinos —le dice su padre al día siguiente por la tarde, antes de que Al salga a correr en bicicleta con sus amigos.

Tiene ganas de correr. Todo lo que está descubriendo y las expectativas que sus padres tienen puestas en él hacen que quiera escapar. Correr por los campos de su amado Tennessee siempre lo

devuelve a la calma. Lo tranquiliza.

—¡El último en llegar al río es tonto! —grita Al mientras se monta en su bicicleta desvencijada y se lanza a toda velocidad por la pendiente frente a su casa. Pedalea y pedalea con fuerza, levantando tanto las rodillas que casi tocan el manillar. De vez en cuando gira la cabeza para ver dónde están sus amigos. De repente se encuentra ante un grupo de gallinas aterrorizadas y... ¡plaf!

Hay un momento de silencio.

—¡No me he roto nada! —murmura abriendo los ojos, sumergido entre la paja. Esos zapatos que tiene ante su nariz los conoce bien. Son de su padre.

Albert Senior no dice una palabra, lo mira seriamente y finalmente le dice:

—¡Al, rápido a casa, tienes que lavarte! Pero primero discúlpate por el alboroto que has causado. Aún tienes a las gallinas temblando...

Andando de camino a casa, Al y su padre tienen una de sus charlas.

—Adoro estos campos —dice el chico—. Y has sido tú quien me los ha hecho amar y, a veces, incluso odiar, para ser sincero.

## La verdad es que su padre se lo ha enseñado todo sobre el campo:

cómo trabajar la tierra con las manos y con los aperos de labranza, cómo sacar agua de un pozo, pero sobre todo cómo reconocer las primeras huellas de un reguero excavado por la lluvia en un campo arado y cómo dispersar el agua antes de que se lleve lo sembrado.

—Y el año que viene deberás practicar también con la cría de nuestros bueyes de raza Angus —explica Albert Senior. Entonces se pone serio y añade—: Quiero que veas también lo que hago como senador en el Congreso, en Washington, porque creo que la política puede ser un buen camino para ti. No tendrás que abandonar el campo si no lo deseas, pero hay personas que han nacido para cambiar las cosas, para abanderar las causas justas en beneficio de todos. Y tú eres uno de ellos. Tienes el mundo por delante y puedes dejarlo mejor que está.

Al lo escucha emocionado: la idea de poder cambiar el mundo lo llena de orgullo. En silencio, entran en la granja.

Al tiene en mucha estima a su padre, por su honestidad y también por su fortaleza. Un verdadero hombre hecho a sí mismo, que partiendo de la nada se construyó una carrera importante e incluso fue elegido para el Congreso.

«Yo también seré como él»,

se dice a sí mismo Al con orgullo mientras se zambulle en la bañera para ponerse presentable

para la cena.

Es la última noche que pasarán ese verano en la campiña, entre campos, canoas y animales. Al día siguiente la familia regresa a Washington, al octavo piso de un hotel con vistas a un enorme aparcamiento.

En la ciudad, Al pasa a menudo la tarde en la oficina de su padre. En esas ocasiones hablan muchísimo, porque Al está sediento de respuestas y necesita muchas explicaciones para entender los complicados e importantes argumentos que escucha sin parar.

En 1965 empieza sus estudios universitarios en Harvard, donde conoce a Roger Revelle, el primer científico que propone medir el CO<sub>2</sub>, uno de los gases causantes del efecto invernadero, presente en la atmósfera terrestre. Revelle se pasa años recopilando datos sobre la cima del Mauna Loa, la montaña volcánica más alta de Hawái, y demuestra que el hombre es capaz de aumentar la cantidad de CO<sub>2</sub> en la atmósfera a niveles preocupantes.

Mientras Al está en la universidad, estalla una guerra sangrienta entre Estados Unidos y Vietnam. Cuando termina sus estudios, en 1971, se alista como periodista de guerra, a pesar de que la posición de su padre le habría permitido evitar la leva obligatoria. Antes de su marcha, sin embargo, se casa con su novia Tipper.

Cuando Estados Unidos, finalmente, es derrotado en la contienda, Al regresa a casa triste y confuso. Para recuperarse de la terrible experiencia, se retira con Tipper a su amado Tennessee, porque pasear por el campo y escuchar el murmullo del río todavía tiene el poder de devolverlo a la calma. Cada vez aprecia más su belleza.

Mientras tanto, su padre, debido a su firme oposición a la guerra de Vietnam y al racismo hacia los afroamericanos, no es reelegido. Al está decepcionado. No es aceptable perder si luchas por unos valores justos. «La política no está hecha para mí», piensa.

Trabaja como periodista y se dedica a su nueva familia. Con Tipper tiene cuatro hijos, con los que ambos pasan todo el tiempo que pueden al aire libre, entre largas acampadas y aventureras expediciones en balsa por el río.

Al cabo de unos años siente de nuevo la pasión por la política. Al está listo para volver a comprometerse en la defensa de los derechos de las personas y de la Tierra, tal como le enseñaron sus padres. En 1977 es elegido diputado al Congreso de Estados Unidos por Tennessee e inmediatamente organiza una conferencia a la que invita al profesor Revelle para que hable sobre el calentamiento global. Aunque los datos sobre la cuestión son evidentes, los políticos se mantienen indiferentes al problema.

Pasan los años y surgen más datos preocupantes. En 1988, la EPA, la Agencia de Protección del Medio Ambiente, afirma que

## las aguas superficiales de treinta y dos estados de EE.UU. están contaminadas por setenta y cuatro productos químicos diferentes de uso agrícola, uno de los cuales potencialmente cancerígeno.

¡Rachel Carson había resultado profética! Pero, ni teniendo en cuenta estos datos, no parece que haya grandes reacciones entre los gobernadores de los Estados. Al está especialmente molesto porque no es necesario ser ninguna lumbrera para comprender que, cuando llueve, las aguas contaminadas fluyen hacia los acueductos.

Quiere convertirse en alguien de los que realmente puedan cambiar las cosas y empieza a soñar en convertirse en presidente de Estados Unidos. Así, ese mismo año, se presenta como candidato a las elecciones primarias del Partido Demócrata, pero es derrotado.

Una tarde de 1989 sucede un acontecimiento que cambia el curso de su existencia para siempre: su hijo menor es atropellado por un automóvil mientras cruza la carretera corriendo. Tarda un año en volver a ser el de antes. Al lo deja todo para estar a su lado y comprende cuáles son las cosas esenciales en su vida: su familia y la defensa de la Tierra. Para preservar el futuro de sus hijos, es necesario que el planeta sea un lugar habitable. Reúne sus reflexiones sobre la necesidad de salvar la naturaleza en el libro *La Tierra en juego*, que se convierte en un éxito de ventas. Al entiende que ha llegado el momento de imponer la ecología en la agenda del gobierno y está más decidido que nunca a cambiar las cosas. El momento es especialmente afortunado: poniendo por vez primera la temática medioambiental en el centro de atención de la campaña electoral estadounidense,

## Al se convierte, a los cuarenta y cuatro años, en el cuadragésimo quinto vicepresidente de Estados Unidos,

bajo la presidencia de Bill Clinton. Gracias a su nuevo cargo, está seguro de poder dedicarse a salvaguardar el planeta con excelentes resultados. Ahora sí que podrá retomar *Primavera silenciosa* y dar un verdadero seguimiento a las denuncias de Rachel Carson.

Durante sus dos mandatos juntos, Bill Clinton y Al Gore revierten el camino trazado: por primera vez, imponen estándares más estrictos para determinar si un pesticida es perjudicial para los animales y el hombre; reducen el uso de antiparasitarios químicos y, sobre todo, favorecen el empleo de sustancias biológicas alternativas. Además, en 1997 llevan a Estados Unidos a firmar el Protocolo de Kioto, un acuerdo mundial destinado a limitar las emisiones de monóxido de carbono y reducir los gases causantes del efecto invernadero.

Al final de los dos mandatos de Bill Clinton, Al es el candidato presidencial para los

demócratas, pero es derrotado por el candidato republicano George W. Bush. Este último destruye todo el trabajo realizado por Clinton y Gore, y retira la adhesión de Estados Unidos al Protocolo de Kioto.

Abatido pero nunca dispuesto a rendirse, Al decide que se dedicará a defender el medio ambiente incluso fuera de los edificios del gobierno, porque, como nunca se cansa de repetir: «Las verdades incómodas no desaparecen solo porque se las ignore; al contrario, cuando no se las afronta, su impacto crece».

Inicia un período de incansables conferencias por todo el país para hablar sobre los peligros y las causas del cambio climático. En 2006, escribe un segundo éxito de ventas titulado *Una verdad incómoda*, que se convierte también en documental.

En la película, la voz de Al desenmascara las falsas teorías que niegan el calentamiento global y sus terribles consecuencias, muestra el estado en el que se encuentran los anteriormente inmensos glaciares como el del Kilimanjaro —ahora casi desaparecido—, explica cómo

## **el derretimiento de los hielos antárticos y de Groenlandia hará subir el mar unos seis metros**

y advierte que millones de hogares están en peligro de acabar bajo las aguas. Al está convencido de que el planeta solo se puede salvar mediante una cooperación a nivel global. E invita a los espectadores a actuar, proponiendo una serie de acciones cotidianas como reciclar, plantar árboles, ir más a menudo a pie y en bici, elegir a políticos que se preocupen por el planeta y, si no los hay, presentarse directamente ellos como candidatos para cambiar las cosas.

En 2007, gracias a su tarea de divulgación, Al recibe el Premio Nobel de la Paz junto con el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) de la ONU.

**—Hay dos futuros ante nosotros. Tendremos uno brillante y esperanzador si hacemos lo que debemos. Tenemos todo lo necesario para resolver los problemas ambientales excepto la voluntad política, pero este también es un recurso renovable**

—proclama Al reiterando la invitación a elegir a quienes estén de parte del planeta.

Aún hoy, Al no se cansa de criticar a los políticos que deliberadamente ignoran los problemas de la Tierra. Por encima de todos, el actual presidente Donald Trump, que ha retirado a Estados Unidos del Acuerdo de París sobre el clima. A pesar de las dificultades aparentemente

insuperables, Al sigue siendo optimista, ya que la civilización tiene todas las herramientas para revertir el camino, lo importante es no ignorar la verdad, al igual que no se debe ignorar un reguero de agua en una granja de Tennessee. ¡Yendo paso a paso todo es posible, como decía Old Peg!



PEQUEÑA HISTORIA DE  
EMMA  
WATSON





## Una maga a favor del medioambiente

EMMA WATSON

—Papá, ¡ha sucedido algo increíble! Ayer por la tarde vinieron a la escuela a buscar a los protagonistas de la primera película de Harry Potter —dice Emma emocionada, inhalando el aroma del *Sunday roast*, su plato favorito, un jugoso asado con verduras, típico de los domingos ingleses.

—¿En serio? ¿Quiénes vinieron? Explícame todo de forma ordenada —pregunta curioso papá Chris mientras corta el asado.

—La producción está visitando todas las escuelas del Reino Unido para encontrar a Harry, Ron y Hermione, los protagonistas de *Harry Potter y la piedra filosofal*. Solo en la nuestra seleccionaron a veinte chicos y chicas de entre nueve y trece años. ¡Vieron mi foto y me llamaron! ¡Siento que puedo ser yo! ¡Debo ser Hermione Granger! —responde con ojos soñadores.

—Termínate el asado, cariño. Se va a enfriar —concluye su padre degustando un excelente vino tinto.

Emma Charlotte Duerre Watson ha crecido en una familia de padres abogados —él un fanático de los vinos, ella de la moda—, prácticos y triunfadores, que le han enseñado a trabajar duro y a no andarse con tonterías.

**Emma, que en ese momento tiene nueve años, está enamorada de la naturaleza, de los animales y de las historias de Harry Potter.**

Es una niña muy seria, obstinada, precisa como un pequeño abogado en miniatura, pero rebosante de tal cantidad de energía que a menudo cuesta contener y que suele desahogar poniéndose a correr en los parques de Londres hasta perder el aliento.

Después del almuerzo Emma se va a su habitación a buscar el primer libro de la saga. Acaricia

la cubierta, aprieta fuerte entre sus brazos el volumen de doscientas páginas y, finalmente, lo coloca encima de la cama, a su lado. Entonces coge su diario y organiza el tiempo según el calendario de los *castings*, el horario escolar y su vida repartida entre dos casas. Y es que sus padres hace tres años que están separados y Emma pasa la semana con su madre Jacqueline en la casa de Oxford y el fin de semana con papá Chris en Londres, donde la deleita con el asado de los domingos.

**No es una vida sencilla para una niña, pero durante el trayecto, contemplar el paisaje de colinas suaves, ovejas y praderas verde esmeralda de la ordenada campiña inglesa hace que ese continuo ir y venir sea un poco más soportable.**

Una semana más tarde, en su escuela, la Dragon School de Oxford, empieza la primera prueba de selección. Aunque se ha leído y releído *La piedra filosofal*, Emma está muy nerviosa porque sus únicas experiencias como actriz son las de las representaciones escolares. Ni se plantea el fracaso: quiere a toda costa entrar en el mundo fantástico de Harry Potter.

La primera audición va muy bien y es seguida por otras, también satisfactorias. Mientras tanto, los encargados de llevar a cabo el *casting* siguen conociendo a otros estudiantes y existe una reserva absoluta sobre sus preferencias. Un mes después, Emma ya está en su sexta audición y empieza a pensar que no ha gustado lo suficiente. En realidad, todos los chicos participantes en las pruebas tienen la misma impresión. Una tarde, Emma ve a una chica que ha participado en las audiciones tonteando con uno de los posibles candidatos para el papel de Harry Potter. Sabe que esa chica tiene ya cierta experiencia en el mundo del cine y deduce que el papel de Hermione puede ser para ella. En ese momento Emma sufre una crisis.

—Nunca lo lograré —se desfoga esa noche con su madre a lágrima viva—. ¡Seguro que el papel de Hermione se lo dan a ella!

—Hasta el final nunca se sabe. Tú prepárate para dar lo mejor de ti —dice Jacqueline con calma, acariciándole el rostro.

Emma se limpia los ojos.

—De acuerdo —dice con firmeza.

Desde ese día, a cada momento que tenga libre, repite incansablemente sus diálogos. Empieza de nuevo y se mira en el espejo para corregir cada gesto y expresión. Sus padres la observan con preocupación, porque Emma la verdad es que no piensa en nada más. Tienen largas discusiones sobre cómo ayudarla y al final deciden dejar que experimente su pasión hasta lo más hondo y que trabaje duro para lograr sus objetivos, a ver qué sucede. Solo intervienen para obligarla a

descansar cuando, agotada, se cae de sueño encima de los libros o no come por causa de la tensión.

Emma también supera la décima audición, y cada vez está más sorprendida de que las últimas pruebas sean solo charlas para hablar sobre ella.

—... es para conocerte mejor —le dicen los encargados del *casting*.

Mientras, Daniel Radcliff se ha hecho con el papel de Harry, no tanto por sus anteriores experiencias en el cine como por la energía y sensibilidad que ha mostrado, cualidades perfectas para interpretar al pequeño mago protagonista.

En la undécima entrevista, Emma se halla frente a una puerta cerrada junto a Rupert Grint, un muchacho pelirrojo color zanahoria del condado de Hertfordshire.

—¡Aquí estamos de nuevo! —dice con una mueca graciosa.

—Si no los hemos convencido en cuatro meses... —le espeta ella con impaciencia.

¡Pero lo que van a descubrir es que serán Hermione Jean Granger y Ronald Bilius Weasley, más conocido como Ron! La satisfacción es tal que Emma-Hermione llama inmediatamente a su mejor amiga, que la deja sorda con su grito de alegría. Luego da la noticia a mamá y a papá, riendo y saltando de felicidad. Cuando lee en Internet que «la joven Emma Watson de la Dragon School se convertirá en Hermione en *Harry Potter*», su padre instintivamente coge una bolsa con algo de ropa y se traslada con Emma al hotel Landmark de Londres. Quiere evitar que su hija se sienta abrumada por los curiosos que empiezan a reunirse ante su casa.

Al día siguiente, Emma ya se halla frente a cincuenta periodistas para la primera rueda de prensa y por la noche recibe también la llamada más esperada: la autora del libro, J. K. Rowling, está al teléfono para felicitarla.

—Me dicen que eres la persona indicada: enérgica, simpática y extremadamente estudiosa, como Hermione, el tipo de chica que se hace respetar y que no duda en dar caña a sus compañeros de aventura cuando conviene. ¡Nos vemos en el plató de rodaje!

Esa noche, Emma sueña con magos, escobas voladoras y periodistas. Por la mañana, muy temprano, cuando su madre la llama, ya está vestida y lista para ir a visitar los estudios de cine de Leavesden, en Watford. Al ver delante de ella la escuela de Hogwarts se queda sin aliento. Y así será todos los días a lo largo de la filmación.

Al cabo de siete meses de trabajo, la película *La piedra filosofal* ya está lista. Se presenta a la prensa el 4 de noviembre de 2001 en el cine Odeon de Londres, en una Leicester Square transformada en una escenografía «potteresca», con unos cinco mil niños vestidos de mago esperando a sus ídolos.

En ese momento, Emma es la niña de once años más famosa del mundo, pero nunca piensa en ello, en buena medida gracias a sus padres, que hacen lo posible para que su vida sea de lo más normal: no le cuentan cuánto gana para no llenarle la cabeza de pájaros y para que mantenga sus

amigos y sus costumbres de siempre, desde la paga semanal hasta la vida repartida entre dos casas, desde el deporte hasta sus estudios,

## y sobre todo los relajantes paseos por los parques de Londres para dar de comer a las ardillas.

Al año siguiente le toca el turno a la segunda película, *La cámara secreta*. Al igual que su personaje, Emma presenta todavía más determinación, «el *girl power*, el poder de las chicas», dice, compartiendo con la compañía parte de las discusiones que tiene con su madre acerca de la fuerza y los derechos de las mujeres. Y también se hace respetar por parte de Daniel y Rupert: ellos le gastan un montón de bromas y ella les paga con la misma moneda.

A pesar de lo bien que se lo pasa en los estudios de cine, el trabajo es duro de verdad: un mínimo de cuatro horas de filmación al día, más otras tantas estudiando con un tutor. Emma solo descansa en verano, pasando sus vacaciones en los viñedos franceses de papá o en la campiña inglesa con mamá: momentos mágicos en la naturaleza que le proporcionan nueva energía para aguantar la fatiga de los platós.

Con la tercera película, *El prisionero de Azkaban*, en 2004, Emma disfruta del lado positivo del éxito: frecuenta a actores y cantantes famosos y, orientada por su madre, experimenta nuevos estilos de ropa para asistir a sus frecuentes entrevistas y encuentros públicos.

Mientras tanto, el plató de rodaje se ha convertido en su verdadero hogar: el chófer, los técnicos, las maquilladoras, sus dos asistentes personales representan la estabilidad que le ha faltado a raíz de la separación de sus padres. Además, película tras película, Emma, Daniel y Rupert están cada vez más conectados: cuando se siente con ganas de reflexionar busca el hombro de Daniel, pero si necesita reír acude a Rupert. Y juntos van creciendo: los dos chicos empiezan a cambiar la voz, que se va haciendo más grave; ella come demasiado chocolate para combatir el estrés y tiene que lidiar con sus primeros granos.

En 2008, inesperadamente, hay una pausa más larga de lo normal entre una película y otra, y Emma tiene un poco de tiempo para sí misma, ¡por primera vez desde los nueve años! Tras visitar brevemente África, Estados Unidos y Japón, se zambulle en su pasión por la moda, asistiendo a las Fashion Weeks de Londres y de París. Su *look* atrae la atención de la revista mensual de moda *Vogue*, que le propone su primera sesión de fotos profesional. A partir de ese momento, Emma es seducida por una nueva magia y posa como modelo para Burberry y otras importantes marcas.

Después de haberse probado tantos vestidos, en 2010 Emma intenta diseñarlos ella misma y se le da muy bien. Siguiendo los consejos de un amigo apasionado de la naturaleza como ella, elige colaborar con People Tree, una marca de comercio justo cuya divisa es el respeto por la

naturaleza y los derechos de los trabajadores.

Emma está muy feliz porque combina su amor por la moda y su amor por el medio ambiente: es otro sueño hecho realidad. Cree tanto en este nuevo proyecto que, incluso después de trece horas de trabajo en el plató, corre a casa y diseña ropa para la gente de su misma edad y para adolescentes.

—No descanso porque lo que hacemos es importante —le dice a su madre. Le explica que People Tree colabora con productores repartidos por quince países en vías de desarrollo, como Bangladesh, y apoya a las pequeñas empresas, ayudándolas a producir prendas de bajo impacto ambiental gracias al uso de materiales reciclados o procedentes de cultivos orgánicos.

—Me parece genial usar la moda como herramienta para aliviar la pobreza —declara Emma a los periodistas contando su nueva experiencia—.

**En lugar de dar dinero a la beneficencia, es mejor ayudar a los pequeños productores de los países emergentes comprando su ropa, apoyando una actividad que los hace sentirse orgullosos de ellos mismos.**

Emma quiere entender cómo funciona uno de los sectores industriales más importantes del mundo. Así, en la pausa del rodaje de la película que cierra la saga de Harry Potter, visita Dacca, capital de Bangladesh, donde las grandes marcas de la moda producen enormes cantidades de ropa a muy bajo coste. Aquí es donde nace la *fast fashion*, la moda de usar y tirar, que cuesta poco a quienes la producen y a quienes la compran, pero que lesiona el planeta y a quienes lo habitan. Emma ve barrios desolados a lo largo de cursos de agua contaminados, donde viven gran cantidad de mujeres que trabajan en fábricas-prisiones. Lo que ve la afecta mucho y decide comprometerse aún más para detener esas injusticias.

En los tres días que está en la ciudad, visita una empresa de People Tree que emplea a doscientas mujeres. Siguiendo su ejemplo, Emma intenta usar el telar y lavar el algodón. También da algunas lecciones de matemáticas en la escuela que han instalado para los hijos de las trabajadoras.

Esa experiencia tan positiva la convence más todavía de que dedicarse a la moda no significa necesariamente perjudicar el planeta y, recordando todo el plástico que ha visto en los ríos y por las calles, no puede estar más convencida de que el reciclaje de los materiales de desecho es otro instrumento necesario para sanear el medio ambiente. De modo que, en la Met Gala de Nueva York, una importante fiesta benéfica anual que siempre está llena de periodistas, se presenta con un hermoso vestido blanco y negro de Calvin Klein, realizado con un tejido innovador llamado

Newlife, completamente fabricado con botellas de plástico recicladas.

**—El plástico es uno de los mayores contaminantes del planeta. Reutilizar residuos e incorporarlos en mi vestido para la Met Gala demuestra que la creatividad, la tecnología y la moda juntas tienen el poder extraordinario, mágico, de salvar la naturaleza**

—comenta Emma, y añade que cada parte del hermoso vestido se ha producido respetando el medio ambiente—. Incluso las cremalleras están hechas de material reciclado —concluye.

»Otra forma de acabar con la *fast fashion* es reutilizar la ropa, porque las cosas realmente hermosas deberían usarse una y otra vez —dice Emma, que llevará partes del mismo vestido en las sucesivas alfombras rojas.

Al día siguiente, lanza a las redes sociales la campaña #30wears, invitando a todos a usar las prendas tantas veces como sea posible, modificándolas o combinándolas con imaginación. Tenaz y precisa como cuando era niña, Emma revoluciona de inmediato su guardarropa, que pasa a ser totalmente «verde», y lo comparte con sus fans y simpatizantes en las redes sociales.

Es tan fuerte su compromiso que

**en 2014 es nombrada «embajadora de buena voluntad» por ONU Mujeres,**

la organización de las Naciones Unidas encargada de la igualdad de derechos de hombres y mujeres y del papel de las mujeres en el mundo.

En 2017 protagoniza la película de Disney *La bella y la bestia*. Toda la ropa que usa Emma para la gira de promoción está realizada con material ecológico. Emma publica las fotos de sus vestidos en Instagram, explicando en los créditos el origen de cada tejido. En París, por ejemplo, se deja ver con un traje de la marca Louis Vuitton hecho de «poliéster reciclado y realizado con botellas de plástico». En el aeropuerto de Londres, en cambio, lleva un vestido «de fibra de madera proveniente de plantaciones sostenibles de Europa». Incluso en el maquillaje, Emma no traiciona su compromiso ecológico: cada base, rímel y pintalabios está realizado al cien por cien con material natural procedente de la agricultura ecológica, y no contiene ingredientes de origen animal.

Emma muestra con su ejemplo que no es necesario ser ningún mago para salvar el planeta y que puede protegerse la naturaleza sin renunciar a la moda, combinando creatividad y ética,

innovación y reutilización.



PEQUEÑA HISTORIA DE  
**TIZIANO**  
**GUARDINI**





# La oruga es bella

TIZIANO GUARDINI

Tiziano tiene once años y mamá lo acompaña todas las mañanas al campamento de verano de Villa Pamphili, un antiguo gran parque de Roma. Cuando cruza las puertas de la villa, allí están las animadoras. Rodeado por todo aquel verdor que lo tranquiliza, Tiziano se tumba en el césped esperando a que lleguen los compañeros. Cara abajo, observa el ir y venir de la vida que transita por la hierba. Las hormigas atareadas que, una tras otra, acarrean migajas de pan en el lomo, un saltamontes que salta para desaparecer quién sabe dónde y un grillo que canta desde la noche anterior.

## Tiziano está a gusto. Siente que cada criatura es importante.

Permanece quieto para no asustar a los insectos y respira lentamente para que no salga volando un abejorro que, mientras tanto, se ha posado sobre una flor de trébol. En un momento determinado, tiene la sensación de ser espiado. Su mirada capta una oruga verde repanchigada sobre una gran margarita. Parece como si la oruga lo estuviera mirando. Tiziano la toca con un ligerísimo gesto del dedo. La oruga se enrosca en forma de anillo y queda paralizada. Entonces Tiziano aleja la mano y se pone a contemplarla. Es una criatura magnífica, viva y palpitante como él, y como todos los demás seres en ese parque exuberante. Distingue sus ojos, unas pequeñísimas manchas oscuras, y una franja de color verde claro que cruza su cuerpo de arriba abajo. Esa misma tarde, en su tiempo libre, toma el cuaderno de dibujo que siempre lleva en la mochila y hace un boceto de la oruga.

Al anoecer, cuando regresa a casa, está todo cubierto de tierra, y la camiseta blanca, que por la mañana lucía inmaculada, ahora es un laberinto de rayas verdes. Tiziano se sumerge en un baño caliente. «¿Dónde estarán ahora las hormigas y los saltamontes que corrían y saltaban a mi

alrededor esta mañana? —piensa—. ¿Y la oruga?»

Después de la cena coge de nuevo el cuaderno de dibujo. El verde que ha visto a lo largo del vientre del insecto sigue rondando por su cabeza. Piensa que quedaría muy bien en una chaqueta con hombreras. Y, dicho y hecho, empieza a dibujarla. Luego combina la chaqueta con un pantalón *palazzo* de perneras anchas, color amarillo brillante. Cuando todo le parece perfecto, añade todavía unos perfiles de hojas en la solapa de la chaqueta. Se queda dormido unos instantes, con el lápiz en la mano. Cuando su madre lo llama, se convence de que debe lavarse los dientes y meterse bajo las sábanas porque sabe que al día siguiente regresará al parque.

—Esta tarde vamos a ver a la abuela Bruna, ¿estás contento? —anuncia mamá durante el desayuno.

Tiziano está contentísimo. En casa de la abuela, que es muy buena haciendo labores de ganchillo, hay una habitación llena de carretes de hilo y madejas de algodón. No falta ningún color y todos combinan a la perfección, porque la abuela Bruna tiene el don de hacer que todo encaje.

—¿Quieres probar? —pregunta la abuela a Tiziano, que sigue maravillado todos los movimientos del ganchillo y de las manos.

—¡Me encantaría, abuela! —responde Tiziano, y de pronto se encuentra una madeja azul y un ganchillo verde botella entre los dedos. Las lecciones están aderezadas con el amor de la abuela y muchas dosis de paciencia. Tiziano se lo toma en serio, pero no logra hacer ningún encaje que le guste. Los de la abuela Bruna salen de sus manos como flores, planos y regulares, mientras que los que hace él siempre quedan algo torcidos.

### —Se necesita determinación y mucha práctica. Tú practica y verás cómo triunfarás en todo

—lo tranquiliza la abuela. Tiziano se lanza a sus brazos y respira a fondo su buen olor, que huele a laca y café. Sabe que su abuela no solo habla del ganchillo: es conocedora del talento de Tiziano en cuanto al diseño de ropa se refiere y desea que lo cultive.

Poco después de empezar la escuela secundaria, sus padres se separan y todo se vuelve más oscuro. Ahora que la abuela Bruna ya no está, su único consuelo es dibujar vestidos. Sin embargo, una vez terminada la secundaria, sigue los consejos de sus padres —papá es programador informático, mamá asesora fiscal— y empieza a estudiar Contabilidad. Sin embargo, en cuanto tiene algo de tiempo libre, se encierra en su habitación, pone la música a tope y diseña una pasarela de moda entera: la colección primavera-verano, la colección otoño-invierno, faldas, pantalones y chaquetas. Todo firmado con un pequeño detalle que recuerda a flores y plantas.

Tiziano prosigue sus estudios matriculándose en Economía. Acaba la universidad sin abrir el

cuaderno de dibujo, pero entiende que una vida llena de números y cuentas no está hecha para él. Así, a los veintisiete años, sin decir nada a nadie, hace el examen de ingreso en la Academia Internacional de Alta Costura Koefia y lo aprueba. Durante cuatro años se dedica de lleno al curso de diseñador de moda, dando rienda suelta a su creatividad y aprendiendo a definir los diseños con la máxima precisión, pero también a usar los materiales, a descubrir la importancia de los acabados y todo lo que un buen estilista debe saber.

Cenando un día con su madre, habla de cómo será su futuro trabajo, ahora que ya ha terminado la academia.

—Tú que eres vegetariano y que te gustan tanto los animales, ¿cómo te las arreglarás cuando debas trabajar con seda? —le pregunta ella, tras un sorbo de café—. He leído que, para obtener el hilo, matan a los gusanos de seda arrojándolos vivos en agua hirviendo o congelándolos.

De hecho, el gusano de seda produce un hilo de hasta un kilómetro y medio con el que forma el capullo. Allí dentro, a salvo, se transforma en mariposa. Para salir del capullo rompe el filamento, que ya no puede ser utilizado para la elaboración tradicional.

—Lo he pensado mucho, en realidad. Buscaré una alternativa. Y si no existe, yo mismo la crearé —responde con seguridad.

**Tiziano piensa en los gusanos de seda toda la noche. Sabe que como estilista tendrá que experimentar con todo tipo de tejidos, pero la sola idea de causar tanta muerte lo desasosiega profundamente.**

—Nunca usaré seda si para ello se tiene que matar a todas estas orugas. Son criaturas vivientes. ¿Cómo es posible que no haya otra solución? —dice en confianza a una amiga a la mañana siguiente.

—En la India hace años que la encontraron. Es la seda *ahimsa*, la seda no violenta, que se produce uniendo los hilos rotos por la mariposa, ¡sin matar a ninguna oruga! —responde ella.

—¿Me estás diciendo que tratan el hilo de seda como a las fibras cortas de lino y algodón, uniéndolas para obtener un hilo largo? —pregunta entusiasmado.

Tras recibir la confirmación a su pregunta, Tiziano vuela hasta la India para ver cómo se produce y elabora esa seda indolora. Nace así *Three days to butterflies*, su primera colección hecha con seda *ahimsa*. Tiziano no tarda en descubrir también la seda de soja, que cuesta un poco más que la seda tradicional, pero tiene muchas ventajas: es resistente, antialérgica y no se incendia. Con este tejido crea la *Soya Silk Collection*, quince piezas únicas con motivos gráficos de abejas, mariposas, rinocerontes alados, libélulas y ciempiés.

## Al ir sumando años, Tiziano cada vez soporta menos el sufrimiento que se inflige a los animales.

Está cada vez más decidido a rechazar cualquier compromiso, especialmente después de experimentar con los primeros tejidos y materiales *cruelty-free*, sin crueldad. En 2015, por ejemplo, se entera de que las plumas utilizadas para rellenos y ornamentos se las arrancan a los gansos de forma brutal (y no se recogen cuando los animales las cambian de manera natural). En sus diseños, Tiziano las sustituye por flores de *Cortaderia*, la hierba de las Pampas: unos penachos de color arena que crean un efecto igualmente vaporoso y suave.

Sus diseños, entretanto, se abren paso en las portadas internacionales. Son piezas únicas, tan impregnadas de naturaleza que casi se dirían parte de ella.

## Una noche de verano, respirando el aire húmedo bajo las copas de los árboles, Tiziano se da cuenta de lo conectados que están hombres y plantas.

Recoge del suelo un sinnúmero de ramas caídas, les quita la corteza y, con esta parte del árbol reducida a pequeñas láminas que cose a una tela, elabora un vestido que transforma a quien lo lleva en una criatura casi mágica, mitad mujer mitad árbol. Vivamente emocionado por el resultado, regresa al parque, elige otros materiales y crea un abrigo de piel hecho con agujas de pino, otro vestido-escultura que se pone a modo de chaqueta, con cremallera; y, todavía a partir de los árboles, crea, finalmente, un vestidito de escamas de piñas en el garaje-taller de su padre.

—¿Tenemos que perforarlas una a una? —le pregunta su padre para cerciorarse.

—Sí, papá —responde Tiziano con una sonrisa—. Gracias por tu ayuda. ¡Hace tanto tiempo que no hacíamos nada juntos! —Ambos forman un equipo perfecto: el padre perfora las escamas de las piñas con un taladro de broca fina y Tiziano las va ensartando en un cordel muy delgado, cuyo resultado es una tela nunca antes vista. Por la noche, cuando el vestidito está listo, los dos van a devolver los restos de las piñas al parque donde las recogieron. Y el círculo se cierra.

En breve, esos vestidos de origen natural dan la vuelta al mundo y se exponen en prestigiosos museos de Londres, Vietnam y Estados Unidos, e incluso en las Naciones Unidas.

En septiembre de 2017, Tiziano participa en el Green Carpet Challenge Award, un concurso de jóvenes diseñadores que destacan por el uso de materiales ecológicos y sostenibles. Los vestidos de los ganadores los llevan las estrellas de Hollywood para invitar a todos a respetar el planeta. Y Tiziano vence el certamen con un vestido azul brillante de seda de soja, decorado con abalorios hechos con viejos cedés y conchas de mejillón vacías. Lo combina con una chaqueta larga

realizada con plástico proveniente del mar Mediterráneo y redes de pesca de los mares de Corea. Un verdadero triunfo, que aúpa a Tiziano a la cúspide de la alta costura. Los periódicos de todo el mundo lo llaman «el estilista de la naturaleza», el diseñador que, con la belleza de sus creaciones, celebra el carácter sagrado de la vida.

Tiziano no se apoltrona tras tanto reconocimiento. Sabe que siempre se puede hacer más para sanear el planeta. Así que comienza a buscar alternativas a la piel y al cuero, materiales que, tanto en lo referente a su producción como a su eliminación, provocan un fuerte impacto contaminante y causan la muerte de muchos animales. Al descubrir, encantado, que se acaba de inventar una piel sintética hecha a base de los residuos de la fruta, se compromete a trabajar lo más pronto posible con el nuevo material que, sin embargo, se encuentra todavía en fase experimental.

La ocasión le llega pocos meses después. Durante una convención sobre la innovación en el campo de los tejidos, conoce a unos investigadores que le cuentan entusiasmados sus descubrimientos sobre el fruto de la vid. Con el residuo de la uva desecado, crean una mezcla que van extendiendo sobre varias capas hasta que se convierte en un tejido suave y fragante que en poco difiere del cuero.

**Tiziano es un entusiasta de la llamada «piel de vino» y da vida a la primera colección del mundo realizada con este material, compuesta por bolsos, zapatos y vestidos de un característico color bermellón.**

Una tarde, mientras ordena los armarios, encuentra un par de tejanos viejos. Le encanta el tejido vaquero y le gustaría incluirlo en sus creaciones. Pero sabe bien el daño que causa su elaboración: los elementos químicos y los tintes utilizados intoxican a los trabajadores y contaminan el ambiente alrededor de los centros de producción. También debe de haber una alternativa a este material, se dice. Empieza otra vez a investigar y esta vez descubre que la solución es el reciclaje: de hecho, uno de los mayores fabricantes de tejanos del mundo elabora el tejido a partir de algodón reciclado y poliéster procedente de botellas de plástico PET usadas, y lo hace sin contaminar. Y así, Tiziano comienza a diseñar prendas de tejido vaquero, sacando al mercado un nuevo producto ecológico y muy de moda.

A Tiziano lo llaman a menudo para que cuente su experiencia, porque se ha convertido en un símbolo internacional de la sostenibilidad y porque, gracias a su ejemplo, muchos diseñadores se están convirtiendo a la ecología. Siente ahora una gran responsabilidad y, para demostrar que una moda que respete la vida sin perder en belleza no solo es posible, sino que es ya una realidad, a principios de 2019 presenta en la pasarela la mayoría de sus descubrimientos. Primero, transforma la sala en un bosque exuberante, llenándolo con telas de vaquero ecológicas tratadas

con Airlite, un colorante especial que no contamina y que incluso purifica el aire de bacterias, humo y moho.

Luego crea unas prendas que, en cada una de sus fibras, hablan de amor y respeto por la naturaleza: las medias son de algodón orgánico, el tejido vaquero es ecológico, el hilo de los vestidos procede de las redes de pesca en desuso y los edredones están rellenos de un material fabricado a base de botellas de plástico, alfombras y lana regenerada.

—Para que el mundo de la moda sea también más ético y justo, antes que nada se necesita determinación —dice al final del desfile, recordando las palabras alentadoras de la abuela Bruna.

»Hoy en día, la sostenibilidad afecta varios aspectos de la producción, desde la reutilización del agua a los sistemas fotovoltaicos en las terrazas de las empresas, desde la elección de telas y materiales hasta la reutilización de lo que ya existe. La moda debe pensar en el futuro, en la naturaleza y en todas las criaturas —concluye satisfecho.

A la mañana siguiente, Tiziano se encuentra en Villa Pamphili. Se tumba en el césped cara abajo, como lo hacía de niño. Observa la vida silenciosa entre las briznas de hierba y respira a fondo el aroma de la tierra húmeda y viva. Luego se da la vuelta, se pone las manos debajo de la cabeza y mira cómo corren las nubes. Tiziano está en calma, siente que está haciendo todo lo posible para respetar la vida, incluso en sus formas más pequeñas. Sonríe pensando en la oruga de las margaritas de su infancia.

—¿Ves?, lo hemos conseguido. Hemos hallado la gracia y la belleza en nuestras creaciones de moda sin lastimar a nadie —le dice guiñando un ojo.



PEQUEÑA HISTORIA DE  
**WANGARI  
MAATHAI**





## No se puede detener a un río

WANGARI MAATHAI

Los ojos negros de Wangari no le temen a nada.

—Eres una kikuyu y te llamas *wangari*, como los leopardos —le dice su madre, mandándola a buscar leña—. Son como tú, no debes tenerles miedo.

Y Wangari no les tiene miedo alguno. No tiene miedo de nada. Con su pequeño vestido de algodón blanco de estilo occidental, se adentra ágil en el bosque de Aberdare sin hacer ruido.

Cargada con la leña para el fuego, llega a las orillas del río Kanungu, que en ese tramo es todavía un pequeño hilo de agua. Deja en el suelo las ramas que ha ido recogiendo y sube hasta el manantial, un minúsculo agujero en la tierra oscura del que brota un agua fresca y limpia. Parece imposible que pueda convertirse en el gran río que discurre por el valle. Aproxima los labios y bebe con gusto hasta saciar su sed, cuidando de no pisar los huevos de rana que, como cuentas de colores, se acumulan bajo las altas hojas de las marantas.

«Todavía hay tiempo —piensa—. Tengo que volver antes de que se ponga el sol.»

Cierra los ojos, respira a fondo el aire húmedo y se pone a caminar a lo largo del curso de agua hasta los pies de un *mūgumo*, la higuera salvaje con la corteza de color piel de elefante. Entonces se quita las sandalias en señal de respeto, como suelen hacer los kikuyus, se deja caer al suelo y permanece inmóvil para ver el cielo y las ramas girando a su alrededor. Para los kikuyus —uno de los numerosos grupos étnicos de Kenia—, el *mūgumo* es un *mūrema-kīrīti*, ‘el que se resiste a la

tala del bosque'. De hecho, solo se puede derribar cuando se ha plantado otro al lado, para que su espíritu pueda encontrar un nuevo hogar.

Llena de energía, vuelve a elegir con cuidado la madera más seca, que no echa humo.

El pájaro del crepúsculo ya se ha puesto a cantar y Wangari ve que se le está haciendo tarde. Pronto la sorprende la oscuridad, que llena el cielo de estrellas. Le gustaría quedarse un poco más porque la noche no la asusta, pero no quiere preocupar a su madre. Así que lanza una última mirada a la Vía Láctea y no tarda en llegar a su cabaña de barro. Mamá la está esperando en la puerta para cenar juntas bajo el cielo estrellado.

—Pronto irás a la escuela —le dice a Wangari, que le hinca el diente al último bocado de plátanos verdes cocidos. La comida casi se le atraganta.

—¿A la escuela? ¿Yo también tengo que ir? ¿De verdad? —pregunta Wangari incrédula.

—¿Por qué no? Tienes curiosidad y aprendes deprisa —concluye la madre con una sonrisa.

Wangari solo tiene seis años, pero ya se imagina una nueva vida. No todos van a la escuela en Kenia, y menos todavía las niñas.

Mientras la familia está ocupada con los preparativos para la escuela, el Reino Unido, que en esa época es quien controla Kenia, inicia una importante obra de deforestación. Donde estaban los *mūgumo* se plantan ahora pinos y eucaliptos, que crecen rápidamente y se venden a buen precio para la industria maderera y el sector de la construcción.

**Así pues, el bosque cambia, muchos animales desaparecen y se reducen las aguas subterráneas, que hasta ese momento quedaban retenidas por las poderosas raíces de los árboles seculares.**

Wangari no nota los cambios, porque para ir a la escuela se levanta muy temprano y camina varios kilómetros por una carretera nueva, lejos del bosque. Y nada la distrae de sus estudios. En pocas semanas es ya la primera de la clase: aprende el alfabeto, matemáticas, suajili, inglés y geografía. En casa, además, como todas las niñas kikuyus, se encarga de las tareas domésticas junto con mamá.

Un día, aprende una lección que le servirá para toda la vida.

Al amanecer, se va con el burro a recoger alubias rojas en el terreno que posee la familia, unas millas más allá de la colina. Una vez en el huerto, Wangari elige cuidadosamente cada vaina, llenando un saco hasta los topes y otro hasta la mitad. Al anochecer, coloca el saco lleno a lomos del burro y ella se carga en la espalda el que está a medias. El camino de regreso es realmente difícil porque tanto a ella como al burro les pesa cada vez más la carga. Pero Wangari no se queja y no deja ni media alubia en el suelo. Quiere hacer bien su trabajo y que su madre no tenga que

preocuparse más por el asunto. De repente, el burro resbala, y Wangari poco le falta. «¿Podré levantar yo sola al animal y su carga?», se pregunta. Así que empuja, tira y arrastra hasta que el burro vuelve a estar de pie con el saco en el lomo. Exhaustos, llegan a casa cuando la noche es ya oscura, cayendo al suelo por el cansancio.

**—Probablemente he cogido demasiadas alubias —le dice Wangari a su madre—, pero he aprendido que la voluntad mueve montañas. Y yo tengo de sobra.**

La verdad es que Wangari es una niña muy decidida y, tanto en casa como en la escuela, no hay prueba que no supere. En 1951, al finalizar sus estudios primarios, ingresa con las notas más altas en la escuela de Santa Cecilia, en las colinas de Nyeri, para cursar la secundaria. Las alumnas se levantan al amanecer, rezan sus oraciones antes de ir a misa y luego se asean; solo entonces empieza la jornada escolar. En la escuela secundaria no se habla kikuyu, solo inglés, y si alguna alumna lo hace le ponen la escarapela de la vergüenza. Al principio no es fácil aceptar esas reglas y, a veces, Wangari se siente un poco confusa. En su mente, sin embargo, siempre tiene presentes las palabras de mamá: «Estás entre dos mundos, como un árbol. Ve segura hacia el futuro, llena tus ramas con nuevos frutos y flores, pero nunca olvides dónde están tus raíces».

En general a Wangari le gusta la vida en el colegio, sobre todo le encanta estudiar y se le da muy bien. Pasa los exámenes finales con las calificaciones más altas y es admitida en la única escuela secundaria femenina que hay en Kenia. Aquí conoce a una persona que le cambiará la vida: la madre Teresa, la profesora de Ciencias que la ayudará a convertirse en el árbol del que habla mamá.

—¿Me acompañas a lavar los portaobjetos y los tubos de ensayo? —pregunta la profesora al final de la lección.

Y Wangari, a quien los microscopios y demás instrumentos de laboratorio la fascinan, se siente en la gloria.

**Poco a poco, la biología, con el estudio de las formas de vida, así como las leyes que la gobiernan, la cautiva completamente, porque le hace sentir que la naturaleza tiene su propia perfección, como ese día en el bosque de Aberdare a lo largo del río Kanungu.**

En 1959, a los diecinueve años, Wangari obtiene el graduado. Son tiempos de grandes

novedades, también para Kenia, porque la era colonial inglesa está a punto de terminar y la libertad se huele en el aire. Los kenianos han podido votar por primera vez, y ahora se necesita una nueva clase dirigente, africana, formada por personas honestas y preparadas para gobernar. Wangari tiene un montón de sueños sobre su futuro y el de África. Un año más tarde, se encuentra entre los trescientos mejores estudiantes de Kenia y gana una beca para estudiar en el Mount St. Scholastica College en Atchinson (Kansas), donde permanece cuatro años. Tras graduarse en Ciencias, es seleccionada para participar en un máster en Ciencias Biológicas en la Universidad de Pittsburgh, en Pensilvania.

Regresa a Kenia en 1971 para ser la asistente de un profesor de Zoología en Nairobi, pero sufre una gran injusticia: el puesto —para el cual ha sido designada a propósito por Estados Unidos— se lo han dado a un hombre perteneciente al mismo grupo étnico que el del docente. Aunque Wangari tiene la razón de su parte, nadie le presta atención. Wangari ve entonces que la Kenia liberada del dominio inglés tiene que lidiar con nuevos problemas: las mujeres no tienen los mismos derechos que los hombres y la corrupción va en aumento.

**—Todos aquellos que han alcanzado un objetivo han sido arrojados al suelo varias veces —se dice entonces Wangari—, pero se han levantado y han continuado.**

Y esto es lo que siempre trataré de hacer, como ocurrió el día de las alubias y el burro.

Pocos años después, de hecho, es la primera mujer del país en obtener un doctorado y se convierte en directora de la Cruz Roja de Nairobi.

En 1974 es invitada como keniana a entrar en el comité local del Environment Liaison Centre, una organización internacional independiente creada para facilitar la participación de los ciudadanos en el trabajo que realizan las Naciones Unidas en el terreno ambiental. Para hablar sobre la situación en Kenia, Wangari necesita entender a fondo lo que está sucediendo en su país. Así que, en primer lugar, regresa a los campos de su infancia, a los pies del monte Kenia, y ve que en verano son ahora casi un desierto. En cambio, cuando llueve, los ríos crecen de golpe y se llevan todo lo que encuentran por delante. Además, las vacas, que antes estaban bien alimentadas, ahora vagan escuálidas en busca de la escasa hierba fresca.

Su madre la acoge en casa con preocupación.

—Después de los eucaliptos, crearon por todas partes plantaciones de té y café para el mercado internacional, incluso en los huertos de las aldeas. Los grandes árboles sagrados han desaparecido por completo y ahora nos falta el agua —le dice.

**—Nuestros niños ya no están sanos y fuertes como antes. Ahora solo comen los alimentos industriales que compramos, porque ya no tenemos huertos ni madera para cocinar**

—afirman preocupadas las mujeres del lugar, que han venido a saludarla.

Wangari está desconcertada. Cuando era pequeña nadie sufría desnutrición, y la tierra, verde y con abundantes fuentes de agua, bastaba para todos. Entiende que la pobreza y la explotación del medio ambiente son dos caras de la misma moneda.

—Tú que sabes tantas cosas y que has estudiado tanto, ¿qué podemos hacer? —le preguntan desesperadamente las mujeres.

**—Plantemos árboles. Nos darán de nuevo leña para cocinar y retendrán el agua con sus raíces para que vuelvan los ríos. Y si, además, plantamos árboles frutales, también nos darán de comer.**

Wangari invita a las mujeres a ir a los bosques que todavía quedan a recoger las semillas del lugar a fin de replantar los árboles adecuados para estas tierras. Así, en 1977, durante el Día Mundial del Medio Ambiente, todas juntas plantan los primeros siete árboles en un parque a las afueras de Nairobi. Es el inicio de un movimiento femenino que se llamará Green Belt Movement, es decir, el Movimiento del Cinturón Verde.

—Se llama así porque entre todas nosotras crearemos un cinturón de árboles alrededor de las zonas desiertas y de nuestros pueblos —anuncia Wangari con orgullo.

Al plantar un árbol, cada una de las participantes hace una promesa solemne:

**—Luchamos contra la desertificación resultante del maltrato de la tierra. La deforestación nos lleva a la sequía, la desnutrición, el hambre y la muerte, y nos comprometemos a evitar cualquier acción que pueda privar a las generaciones futuras de los recursos de todos.**

En poco tiempo el Cinturón Verde se expande. En 1985, durante la tercera cumbre de la ONU sobre las mujeres en Nairobi, representantes de varios países del mundo ven con sus propios ojos cuántos nuevos árboles están creciendo, de los que se podrá sacar leña y frutos como antes. El trabajo alentador e incansable de Wangari suscita tanto entusiasmo que da origen al Pan African Green Belt Network, la Red Panafricana del Cinturón Verde, una colaboración internacional entre

quince países para combatir la desertificación. Juntos, los países adherentes crearán un cinturón verde de casi treinta millones de árboles en el África subsahariana.

Pero plantar árboles también significa plantar ideas, y el crecimiento del Movimiento del Cinturón Verde pronto choca con la corrupción gubernamental, sus intereses y su violencia. Wangari recibe varias amenazas, pero no se detiene porque la causa que defiende es justa.

Cuando en 1989 descubre que el presidente de Kenia quiere construir de forma ilegal un rascacielos de sesenta pisos en el parque Uhuru, la única zona verde de Nairobi, para convertirlo en la sede del partido, Wangari y las activistas del Movimiento del Cinturón Verde se oponen al proyecto escribiendo a los periódicos y a las autoridades de todo el mundo.

### —¿De verdad quieren destruir ese gran parque que proporciona aire limpio y un remanso de paz a la ciudad?

—se preguntan en voz alta, denunciando los planes secretos del gobierno.

Como respuesta, Wangari es acusada de ser un individuo peligroso para el Estado y es encarcelada. Se monta un escándalo mayúsculo y muchas organizaciones internacionales intervienen en su defensa. Incluso el vicepresidente de Estados Unidos, Al Gore, pide su liberación y amenaza con suspender la ayuda del gobierno estadounidense a Kenia. Al final, Wangari es liberada.

Pero el gobierno corrupto continúa explotando los parques para sus intereses y regalando tierras a amigos y partidarios. En 1998 le toca el turno a la bellísima reserva de Karura, un bosque en la confluencia de cuatro ríos, donde árboles centenarios y animales protegidos se ven amenazados por brigadas de trabajadores enviadas por el gobierno.

De nuevo Wangari y el Cinturón Verde informan a los ciudadanos. Las activistas son amenazadas por los trabajadores enviados por el gobierno con un *panga*, un machete corto, pero vuelven al parque y cada vez son más, hasta que los convencen de cambiarse de bando. La deforestación se ralentiza, pero para que la situación cambie por completo debemos esperar al nuevo gobierno, en 2002.

En estas nuevas elecciones, Wangari se convierte en ministra adjunta de Medio Ambiente, Recursos Naturales y Fauna.

### En 2004, en reconocimiento a todas sus luchas, es la primera mujer africana en ganar el Premio Nobel de la Paz.

—Estamos llamados a cuidar de la tierra y nuestros bosques y, en el mismo proceso, cuidamos

de nosotros mismos —dice en la ceremonia de entrega del premio—. De hecho, a través del Movimiento del Cinturón Verde, miles de ciudadanos africanos se han movilizado por primera vez para defender sus propios derechos ambientales y humanos.

Aunque Wangari ya ha fallecido, el Movimiento del Cinturón Verde sigue vivo. En cuarenta años ha plantado más de cincuenta y un millones de árboles, y más de treinta mil campesinas han recibido una compensación por su trabajo, convirtiéndose en portavoces del mensaje de Wangari:

**«Un gran río siempre nace de un manantial. A menudo es minúsculo como es el caso del Kanungu, donde iba a buscar leña cuando era una niña, pero cuando se encuentra con otros afluentes se vuelve tan grande que ya nadie puede detenerlo. Juntas somos ese río».**



PEQUEÑA HISTORIA DE  
**RIGOBERTA  
MENCHÚ JUM**





## El altiplano es mi hogar

RIGOBERTA MENCHÚ JUM

La pequeña Rigoberta tiene cinco años y se abre paso a duras penas a través de las ramas de los grandes árboles que rodean su cabaña de hojas de palma. Pertenece a la etnia quiché, un grupo indígena muy antiguo, descendiente directo de los mayas. Desde que a papá y mamá, con todos sus ahorros, les dieron permiso para cortar los árboles para construir su cabaña, viven en la minúscula aldea de Chimel, en las montañas de Guatemala, y cultivan la milpa, que es como llaman a los campos de maíz, su principal fuente de alimentación.

**Rigoberta ama con locura su tierra, con el cielo casi siempre de un azul cegador y el canto del arroyo que compite con el de las aves,**

incluso aunque tenga que caminar varias horas para llegar al pueblo más cercano, y aunque con frecuencia haga tanto calor que no pueda ni respirar y tanto frío que le rechinen los dientes.

Antes de que el maíz dé sus frutos, toda la familia baja al valle a trabajar en la finca de los señores, donde está la plantación de café, y allí permanece durante al menos siete meses.

—¡Date prisa, Rigoberta, el camión no te va a esperar! —le grita su padre, y la niña se apresura a subir en el vehículo a regañadientes. Odia ese viaje de dos días sin paradas, amontonados con los animales.

—Papá, ¿cuándo vamos a dejar de recoger café? —pregunta cuando ya no puede más del mareo.

—Cuando tengamos lo suficiente para comer arriba en la montaña.

—¿Y eso cuándo será?

—Cuando crezca el maíz, las gallinas nos den sus huevos y las ovejas su leche, entonces viviremos felices en el altiplano.

Rigoberta se siente recuperada del mareo, pero luego recuerda las ovejas que desaparecieron en el bosque porque no había nadie para vigilarlas y le vuelven las náuseas.

La finca está en la costa. En la plantación, adultos y niños recolectan el café sin descanso. Los trabajadores duermen juntos, tumbados en el suelo, y las familias a menudo están separadas durante meses: las madres y los niños a una parte, los hombres y los chicos mayores en la otra.

—Me pregunto dónde estará mi nahual ahora. ¿Qué hará, libre y feliz, arriba en la montaña? — Suspira la niña en la finca cuando no puede dormir.

En la mitología maya, el nahual es un espíritu bondadoso que se manifiesta en forma de animal y protege a las personas. Todos tienen el suyo: está vinculado con el día del nacimiento y el calendario sagrado, y es secreto para todos los demás.

## Rigoberta conoce la poderosa relación que une a hombres y animales y sabe que lastimar a los unos significa lastimar a los otros, y viceversa.

Pero ella es una buena niña y no hace daño ni a unos ni a otros; por el contrario, trata de ayudar a sus padres tanto como puede.

En la finca trabaja siempre sin lamentarse, como si fuera una persona mayor.

Cuando recolectan el café, los trabajadores deben tener cuidado de no romper las ramas de las plantas, de lo contrario los amos les rebajan el salario. A veces se arriesgan a trabajar por nada.

—Has ido demasiado lenta —le reprochan los señores.

—Rompiste esa rama —mienten.

—Te lo descontaremos de la paga para compensar —dicen.

Y a Rigoberta le entran ganas de llorar, pero su estómago vacío se retuerce y las lágrimas se echan para atrás, como si quisieran llenarlo. Ocurrió eso mismo cuando su hermano pequeño murió a causa de una enfermedad, sin que nadie en la plantación pudiera hacer nada al respecto. Porque a los ladinos, los señores españoles, amos de la finca, no se les había visto desde hacía días, y su mamá, que se había quedado sin dinero, no podía comprar medicinas ni alimentar al bebé.

Cuando la familia regresa por fin a la montaña, donde el maíz ya está alto, Rigoberta está feliz y, en el viaje de ascenso a Chimel, ni siquiera le afectan las curvas.

La vida allá arriba es emocionante, aunque agotadora. Son libres, se respira un aire fragante y están todos juntos, con la familia y con la comunidad, que es como la familia pero mucho más numerosa. Llueve a menudo y Rigoberta, que no tiene ropa de repuesto, se seca al sol o al viento, sin lamentarse. Lo que le importa es tener a sus hermanos cerca y ver que papá y mamá están bien.

A los nueve años empieza a trabajar con la azada con su papá. Todo el día lo sigue y aprende lo que puede.

**Siembra los frijoles, planta las estacas cuando brotan los tallos,  
proteje el maíz de los hierbajos y recoge el mimbre, que se vende en  
el mercado para hacer cestas o muebles.**

Al poco tiempo, exactamente igual que sus hermanos varones, corta la leña y usa el machete, aquel gran cuchillo con el que se abre camino en el bosque.

Gracias a las hierbas comestibles de los prados y al maíz, con los que preparan deliciosas tortillas, Rigoberta y su familia logran permanecer en el altiplano durante meses sin tener que bajar a la finca. La tierra allí arriba es fértil y, al igual que sus antepasados, de ella sacan los frijoles, calabazas y chiles que luego venderán en el mercado.

Los doce años son un hito importante en la comunidad. Marcan el comienzo de la edad adulta y el final de la dependencia de la familia. Ese día, Rigoberta se levanta temprano y se arregla la trenza con especial cuidado.

Durante el desayuno, papá le da un tierno lechón.

—Su vida depende de ti ahora. Serás tú quien se encargará de él para que crezca sano y fuerte, y deberás hacerlo sola —dice con orgullo. Su padre no solo es la persona más especial que Rigoberta ha conocido, sino que es también el portavoz de la comunidad.

Rigoberta se siente particularmente honrada con la nueva tarea que le ha sido encomendada.

—Cuidaré de él —promete, levantando el lechón hacia el cielo y luego apretándolo con fuerza contra su pecho.

Ese día, durante la celebración, en la aldea cocinan pollo. Era algo que no sucedía desde hacía años, porque Rigoberta y los suyos solo comían carne en ocasiones muy especiales.

El lechón es una hembra. Crece regordeta y alegre y, cuando llega el momento, da a luz a cinco cerditos. Rigoberta debe alimentarlos sin perjudicar la economía de la familia. Así pues, por la noche, cuando ha terminado todas sus tareas, la niña se pone a coser. Para iluminarse quema madera de ocote, una especie de pino, y teje las telas que venderá en el mercado. Con lo que gana compra el salvado para sus pequeños animales y, al mismo tiempo, para alimentarlos, cultiva más maíz en un pedazo de tierra que le ha dejado papá.

—Estoy muy orgulloso de ti —le dice él una noche—. Tu puerca ha dado a luz cochinos sanos. Tienes una buena relación con los animales. Es un don de tu nahual.

—¡Tú también eres indígena como yo! —dice Rigoberta a uno de los cerditos, que salta a sus brazos y la mira a los ojos como si quisiera preguntarle algo—. Esta palabra me gusta, porque

significa que nacimos aquí, en la tierra de nuestros antepasados. No explotamos a la tierra y a la gente como los ladinos. Esta tierra es nuestro hogar y siempre lo será.

Luego levanta la vista y mira hacia el altiplano. «La tierra solo se hiere por necesidad», le dijo un día su padre. Y esa noche, con la luna iluminando el río y los campos, entiende aún mejor lo que significa esa frase.

**—Mañana —se dice a sí misma—, siguiendo el rito de nuestros antepasados, pediré permiso a la tierra para sembrar maíz. Y lo cultivaré con dulzura. Y mi voz se unirá a la del pueblo, porque juntos es como rezamos, trabajamos y compartimos los alimentos.**

Rigoberta se va haciendo mayor y decide convertirse en catequista y enseñar el cristianismo que aprendió de niña con los sacerdotes de la Acción Católica, que suben a la aldea cada tres meses. El «Dios único» es como un buen padre que está en los cielos, y no entra en conflicto con su tradición, que venera en la tierra los elementos de la naturaleza. Además, a Rigoberta le encantan las historias de la Biblia porque se parecen a las de sus antepasados. Por desgracia, no puede leer todo lo que le apetecería y ni tan solo comunicarse con la mayoría de los sacerdotes, que hablan únicamente español. Ella solo conoce el idioma de su comunidad, uno de los más de veinte que hay en Guatemala. Incluso en la finca no llega a entender lo que dicen los ladinos, y sobre todo le sabe mal no poder responder adecuadamente cuando los patrones intentan engañar a alguien, robando el dinero que se habían ganado trabajando.

**Las injusticias la hacen enojar hasta la punta de la trenza, que es muy larga.**

Así que para ayudar a sus padres, pero también para aprender el español, en cuanto puede marcha a la ciudad para trabajar como empleada doméstica. La vida en las casas de los ladinos es incluso más cruel que en la finca. Le dan muchas órdenes y muy poca comida.

—No te pagaré los próximos dos meses de sueldo porque he tenido que comprarte unos zapatos. ¡No puedes ir descalza por nuestra casa, ensuciando el suelo! —gruñe la señora.

Rigoberta lo aguanta todo. Está ansiosa por volver al altiplano con el poco dinero que ha ahorrado durante todos esos meses, pero sus pensamientos se ven interrumpidos por una terrible noticia.

—Papá está en la cárcel —le dice su hermano, acabado de llegar a la ciudad.

—¿Y por qué? —pregunta Rigoberta.

—Porque trató de defender nuestras tierras de los grandes terratenientes que nos las querían quitar.

—¡Pero si son nuestras desde siempre! Además, los habitantes de la aldea pagaron por estar allí desde mucho antes de que nacióramos.

—El problema es que nadie entiende nuestro idioma. Necesitamos dinero para pagar a un intérprete que traduzca al español lo que dice papá.

Así que se ponen a buscar un intérprete. Pero los grandes terratenientes llegan antes que ellos y sobornan al traductor a escondidas. El padre de Rigoberta vuelve a estar en apuros. De hecho, el intérprete le asegura que la tierra será de los indígenas para siempre. En los papeles que firma el padre, sin embargo, está escrito «solamente por dos años». Y así, después de un tiempo de paz y tranquilidad en el altiplano, un día terrible reaparecen los ladinos.

—Esta tierra es nuestra ahora, tú lo firmaste —ladran, haciendo alarde de unos papeles que nadie entiende, mientras que con sus camiones y excavadoras se abren camino entre los árboles.

La situación es muy grave. La comunidad se reúne y le pregunta al padre de Rigoberta qué hacer.

—Debemos permanecer unidos, luchar juntos —responde.

Y permanecer unidos es realmente lo único que les queda, porque los ladinos de inmediato ocupan las casas, vacían las despensas y los obligan a vivir sin techo, al sol o bajo la lluvia. Incluso llegan soldados armados. En esa guerra de guerrillas, la comunidad se organiza como puede. Rigoberta, que sabe hacerse oír, prepara planes de fuga y tácticas de defensa para los indígenas. Otros hacen de centinelas y los alertan cuando llegan los militares. Mientras las mujeres y los niños distraen a los ladinos, los hombres a los que buscan huyen al bosque, donde ningún soldado se atreve a entrar. Los jóvenes más valientes se enfrentan a los militares con machetes y les lanzan piedras y chile en polvo.

El padre de Rigoberta entra y sale de la cárcel. En cuanto puede, regresa a la comunidad para contar las noticias, nunca buenas, que llegan de la ciudad.

—No nos dejarán quedarnos, volverán. Aunque nos hayan asignado tierras alejadas entre sí para dividirnos, ¡reconstruyamos nuestras casas unas junto a las otras! Juntos resistiremos, juntos somos más fuertes —dice. Y, con los más decididos, funda el CUC, el Comité de Unidad Campesina.

Mientras, Rigoberta, incansable, viaja durante horas a través de las montañas de un pueblo a otro. Descubre por todas partes que los indígenas se ven obligados a abandonar sus tierras, que les son confiscadas por el ejército, y los anima a no rendirse.

Cientos de indígenas, entre ellos su padre, su madre y uno de sus hermanos, mueren en lo que ahora es ya una verdadera guerra civil. Rigoberta ocupa el lugar de su padre en el CUC y continúa

su lucha. Sabe que, para estar unidos, los indios deben entenderse unos a otros. Así que durante el día trabaja en la finca y por la noche, en secreto, trata de aprender la mayor cantidad posible de lenguas indígenas para seguir organizando la resistencia en las aldeas. Miles de campesinos se unen a la protesta, y junto a ellos luchan también los trabajadores y muchos cristianos, con el apoyo de sacerdotes y monjas. El gobierno reacciona mandando carros armados contra la multitud y bombardeando las aldeas desde lo alto. La situación empeora y parece no tener límite, y a Rigoberta ahora la busca la policía. A veces tiene miedo y llora por sus padres, pero se da fuerzas a sí misma y se dice:

**«No soy la única huérfana en Guatemala y, para que ningún indígena se quede sin tierra o muera de hambre, no debo detenerme».**

Su voz llega muy lejos y la tragedia de los indios inquieta a la opinión pública mundial.

**En 1992, Rigoberta recibe el Premio Nobel de la Paz por su «lucha contra la opresión de la población indígena de América Central».**

—Este premio —dice Rigoberta en Noruega, donde ha ido a recoger el premio— es muy importante para la defensa de los derechos de los pueblos indígenas. Durante quinientos años, desde el descubrimiento de América, los indios en sus propias tierras han sido asesinados, oprimidos por la explotación y el racismo. —Luego hace una pausa, piensa en su aldea, en la gente que ha sido asesinada, en su vida en el altiplano y añade—: Insto al gobierno y a todos los guerrilleros guatemaltecos a poner fin a la guerra civil que está ensangrentando a nuestro país desde hace treinta años.

Desde ese día, Rigoberta no ha dejado de enseñar al mundo que defender la tierra también significa dar dignidad y paz a los que la habitan:

**—Debemos aspirar a un desarrollo ecológico que garantice la supervivencia de los pueblos y salvaguarde el equilibrio de la naturaleza, que está en la raíz de nuestra cultura y es un patrimonio de toda la humanidad.**

Sus palabras han sido un estímulo para que, cuatro años después, la paz haya vuelto a

Guatemala.



PEQUEÑA HISTORIA DE

PIERRE  
RABHI





## Como un colibrí

PIERRE RABHI

El pequeño Pierre desenrolla la estera en el terrado de su casa de color ocre, en el oasis argelino de Kenadsa. El suelo todavía caliente le acaricia la espalda, mientras la luna creciente se pone y el cielo se llena de estrellas. Con la nariz levantada, permanece inmóvil observándolas y, cuando una estrella cae, un atisbo de temor le cierra la garganta. Es el ángel Gabriel, «que cabalga sobre ella para ir a derrotar a los *jinns*, los espíritus malignos», piensa. Viene a tranquilizarlo la música del laúd de su padre, que está tocando en el piso de abajo. Es un hombre alto y fuerte. Desde que murió su madre, ha hecho todo lo posible para consolar a Pierre y estar cerca de él. Trabaja como herrero, pero al mismo tiempo es un poeta y un sabio, y todos en el pueblo lo respetan. Con esa música Pierre se duerme tan ricamente como un granito de arena arrullado por el viento fresco.

Cuando a Pierre le llega el aroma a pimienta y canela, eso significa que es hora de ir a la escuela. Su tía lo ayuda a ponerse el vestido blanco, le pasa una mano por el pelo para mantenerlo en orden y lo acompaña hasta la puerta.

—No te olvides los dátiles —le dice, poniendo en su mano cuatro frutos dulces y carnosos.

Pierre mordisquea uno enseguida y corre hacia la escuela. Salta descalzo de sombra en sombra para evitar quemarse las plantas de los pies. «¡Eres una pequeña gacela!», le dijo su abuela un día, y luego contó una de las historias de miedo que tanto le gustaban.

Hace poco que Pierre va a la escuela coránica y ya ha aprendido a preparar la tableta de arcilla para escribir —en el oasis donde vive no se usan hojas de papel— y a escribir las primeras letras del alfabeto árabe.

Le gusta estudiar, como le gusta también el minarete, la torre blanca de la mezquita, que se eleva sobre el pueblo, alta e imponente, y mira hacia lo desconocido más allá del muro de piedras y arena que protege el oasis. Cuando regresa de la escuela, Pierre se dirige al taller de su padre. Quiere aprender a poner el hierro al rojo vivo y a hacer chispas al golpear el martillo en el

yunque.

—El mundo está cambiando, tienes que ir a la escuela —le dice en cambio su papá. Y entonces la «pequeña gacela» regresa a casa por el camino más rápido, para poder detenerse a jugar un rato en el jardín de un *fellah*, un campesino. Le gusta el frescor de la tierra húmeda, pero sobre todo hablar con el propietario, que trabaja en el gran huerto que tiene justo detrás de la casa.

—¿Por qué tu campo es verde, mientras que en el oasis todo es de color amarillo? —le pregunta Pierre una tarde.

—Porque la sombra de las palmeras refresca la tierra y hace que crezcan plantas. Las plantas, a su vez, retienen el agua del manantial en sus raíces y cada día dejan escapar un poco. El agua riega el suelo y convierte las semillas en las verduras que te comes. ¡Es el milagro de la tierra!

Esa noche, acostado en la terraza del edificio, Pierre espera al ángel Gabriel mientras le vienen a la mente las palmeras, el agua y el milagro de la tierra.

Pero todo está a punto de cambiar.

Los colonos franceses que administran el territorio descubren yacimientos de carbón cerca del oasis y contratan a mineros para extraerlo. La vida de la comunidad no tarda en verse afectada por el apremiante ritmo de trabajo e incluso el padre de Pierre cierra el taller para trabajar en las minas. Cada noche vuelve a casa sucio y cada vez más triste y, al cruzar el umbral, suspira ostensiblemente. Ante el temor de que Pierre también se vea obligado a trabajar en la mina, decide confiarlo a una familia francesa que vive en Orán, en el norte de Argelia.

Una mañana temprano, lo llama y le dice:

—Aquí está tu nueva madre.

Pierre traga saliva y sus ojos color avellana se abren de par en par, escudriñando el rostro de una mujer de cabello claro que le sonríe con dulzura. Claro que extraña a su mamá, todavía siente un enorme vacío en su corazón, pero esta señora con la piel como la leche es tan suave y fragante que la pequeña gacela se deja abrazar.

En el momento de partir, Pierre se aferra con fuerza a los dedos nudosos de su padre, pero ahora le espera una nueva vida, que está llena de cosas absurdas. En la familia francesa comen en estricto silencio, en la mesa, no acurrucados en el suelo sobre una piel de cordero. No eructan al final de las comidas para decir que todo estaba delicioso. Los nuevos papá y mamá son rumíes, es decir, cristianos, y no rezan cinco veces al día. Además, la casa está en el quinto piso —¡vaya vértigo!—, con sus paredes frías y rectas, y un montón de muebles y objetos que llenan las habitaciones. Duermen en camas altas, cada uno en su propia habitación, no uno al lado del otro en las esteras tendidas en el suelo. ¿Dónde está el aroma de la granada y los higos, y los colores del desierto al atardecer y las estrellas del oasis? ¡Y qué engorro los vestidos con tirantes que llevan todos en lugar de la túnica! A Pierre le gusta andar descalzo y sentir la tierra cálida bajo sus pies, pero ahora:

—¡No, ponte las sandalias!

Pierre se siente como un árbol frágil en medio de la tormenta. ¡Qué desastre! ¡Una pequeña gacela que ya no puede correr!

Poco a poco vuelve a encontrar la tranquilidad de ánimo. Después de todo, ahora tiene dos familias, dos culturas, dos idiomas para explorar —ha aprendido a leer también en francés—, y en Orán incluso ve los primeros automóviles y trenes, parecidos a unas serpientes muy largas. ¡Y luego está el mar!

Al cabo de unos años, y después de completar sus nuevos estudios, Pierre empieza a trabajar en una oficina. Le gusta su nuevo trabajo, lo hace sentir mayor, y libre. Pero una mañana temprano, cuando Orán todavía está durmiendo, ve algo extraño desde el balcón: miles de soldados franceses, un gran movimiento de vehículos militares y gente que grita:

—¡Ha estallado la guerra! ¡Argelia está en guerra!

Antes de que cierren los puertos, Pierre decide probar suerte en Francia. Así que se sube a un barco enorme y tras un montón de días de navegación llega a París.

La metrópolis es inmensa. Las calles están iluminadas, la muchedumbre abarrotada las plazas, los coches y los tranvías van y vienen sin parar. Todo parece mágico, sin embargo, algo lo entristece: en todo un día nadie le dirige la palabra. Por otro lado, la ciudad está repleta de letreros con caras sonrientes que lo invitan a entrar, comprar, ver y visitar. Pero ¿él solo? En el oasis siempre había alguien que te ofrecía té para charlar.

Pierre encuentra un empleo como obrero especializado en una gran fábrica. El trabajo es simple, pero pronto la tristeza se vuelve insoportable. Echa en falta la luz, la naturaleza y la vida al aire libre. Se siente encerrado, como un ratón dentro de una caja. La fábrica es una caja llena de personas que trabajan y no hablan. La habitación en la que vive es pequeña, como una caja. El tranvía es una larga caja llena de gente hasta los topes y los bares son cajas con individuos tristes.

—Pero ¿de verdad que puedes pasarte toda la vida en una caja?

—se pregunta a sí mismo.

En primavera conoce a Michèle, una pequeña secretaria de grandes ojos verdes y tupidos rizos negros. No tarda en enamorarse de ella y aquí los tenemos, debajo de un árbol, hablando de lo bonito que sería vivir libres, lejos de la ciudad. Sus amigos piensan que es un proyecto disparatado, pero Pierre y Michèle no se dan por vencidos. Buscan, leen, contactan con quien sea para encontrar un lugar donde vivir trabajando la tierra y criando animales. Un día, un amigo les aconseja que escriban a un tal doctor Richard, un hombre extraordinario que ha creado el parque nacional de la Vanoise, y que ahora intenta dar a luz el parque de las Cevenas, en el sur de

Francia.

«Queridos Pierre y Michèle —responde el hombre a su carta—, en nuestra región hay antiguas granjas abandonadas que podríais comprar para dedicaros a la tierra. Pero como la zona es pobre y pedregosa, no será fácil. Si os sentís con fuerza y ánimo y tenéis algo de dinero, ¡este es el lugar para vosotros! Juntos vamos a resucitar estos hermosos parajes.»

Pierre corre a abrazar a Michèle y juntos empiezan a danzar de alegría: ¡partirán hacia el sur!

Hacen todo el viaje agarrados de la mano, en silencio, con los ojos absortos en los paisajes que van pasando por la ventana, derechos hacia su futuro.

¿Y ahora?

—Punto uno —dice Pierre—, ¡encontrar casa!

—No, primero el punto cero: ¡aprender a ser agricultor! Pierre, tienes que estudiar. Sí, una vez más, porque no se es agricultor de la noche a la mañana —dice Michèle. Y Pierre sabe que tiene razón.

En el edificio pequeño, bajo y funcional de la escuela de agricultura, Pierre es el estudiante de más edad.

—Solo cultivando con métodos modernos, pesticidas químicos y maquinaria pesada se podrá vencer el hambre en el mundo —repite a menudo el profesor.

Pierre toma apuntes, aunque no esté de acuerdo: sabe que en su oasis se vivía la mar de bien incluso antes de la modernidad. Y la mar de bien para él significa con tranquilidad, sin cosas inútiles, con lo necesario para comer, permanecer juntos y ser felices. Y escucha en silencio y trata de aprenderlo todo, pero en su mente ya escribe una lista de cosas que nunca pondrá en práctica para no lastimar a la naturaleza.

Pierre ha visto bien la tierra de esa región: está seca, arruinada por los elementos químicos, echada a perder. Parece un caballo cansado que ya no puede correr. ¡Mientras que en el huerto del fellah la tierra era oscura y suave, y las verduras crecían abundantemente, incluso en medio del desierto!

Al cabo de tres años de estudio y práctica, Pierre se convierte en «trabajador agrícola» y puede solicitar un préstamo para comprar una granja. Pierre trabaja duro todos los días. Mientras, Michèle hace de secretaria en una ciudad cercana, para poder ahorrar algo de dinero.

El fin de semana se encuentran y van de un valle a otro, a través de bosques, gargantas rocosas y caminos llenos de curvas, en busca de una granja que comprar. Y un buen día, tras un espeso bosque de arces, divisan una casa de piedra, baja, sencilla, que se alza en un llano expuesto a los vientos. A su alrededor, castaños y un montón de tierra árida y arenosa. A Pierre le da un vuelco el corazón: esa tierra, adusta y algo hostil, le recuerda a su oasis. Pero... sí, hay un pero, ¡y más de uno! No hay electricidad ni agua potable. Se les viene encima mucho trabajo, y requerirá tiempo, ánimo y sueños. Los chicos se dan la mano, cierran los ojos y se imaginan felices con sus retoños

y sus cabras.

Al día siguiente piden un préstamo al banco: ¡la suerte está echada! Los vecinos se alegran de tener una pareja joven al lado, porque —descubre Pierre— también en la montaña se sufre la soledad.

Pierre empieza a roturar el terreno. Para que la tierra se vuelva fértil, se necesitan meses de trabajo y montones de estiércol que Pierre obtiene limpiando los establos de los pastores. Un día, un vecino le trae una bolsa de semillas muy anunciadas en la televisión: «¡Semillas milagrosas que dan unos pimientos grandes como calabazas!». Pierre las prueba, y sí, los pimientos crecen enormes, pero sin sabor. Además, tras la segunda cosecha, las plantas parecen declararse en huelga: nunca más producen un pimiento. Pero ¿cómo es posible? Pierre, entonces, baja a la bodega y coge un puñado de semillas de sus pequeños y deformes, aunque sabrosos pimientos. De ahora en adelante se recordará a sí mismo que las buenas semillas, como un buen fertilizante, son fundamentales.

Otro día, al atardecer, Pierre se detiene a admirar su trigo, que por fin ha crecido después de meses de intentos fallidos. Coge una espiga y piensa:

«Con esta de aquí podemos alimentar a toda la humanidad. ¡Cada espiga tiene cuarenta granos, y cada grano da una nueva espiga! Cien espigas son cuatrocientos granos de trigo. ¡He aquí el milagro de la tierra!».

## Absorto contando las infinitas posibilidades, sonrío al pensar que respetando a la naturaleza se puede encontrar alimento para todos.

Pierre experimenta muchas técnicas de cultivo, pero hay una en particular que lo apasiona: la biodinámica, un sistema que solo utiliza fertilizantes orgánicos. Y aquí lo tenemos, a la luz de la luna, sus ojos color avellana fijos en los grandes y verdes ojos de Michèle.

—¿Estás lista? —pregunta.

—Sí —responde ella, seria como una antigua sacerdotisa.

Juntos preparan un montón de tierra y residuos orgánicos —cáscaras de fruta, restos de verduras, hojas y ramas secas— en el que introducen preparados de aquilea, ortiga y camomila. Luego, siguiendo cuidadosamente las indicaciones de un libro de Rudolf Steiner, el inventor de la biodinámica, lo cubren completamente. El montón no debe mojarse con la lluvia ni estar expuesto al viento. Al cabo de dos meses, *voilà*, ¡se ha obrado el milagro! Los residuos vegetales han creado una tierra marrón, suave y aromática, llena de microorganismos y oxígeno: el humus. Esta nueva tierra blanda es mejor que cualquier fertilizante químico, y sus campos no tardan en llenarse de sabrosas frutas y verduras.

Se propaga la noticia y cada vez hay más gente que se pasa horas escuchando a Pierre, que explica la importancia de la agroecología, es decir, de cómo se puede vivir de los productos de la tierra cuidando de mantenerla viva, incluso mejor de cómo era antes de cultivarla. En pocos años, Pierre es un personaje conocido en toda Francia. Lo llaman para hablar frente a cientos de personas. Y él, un hombrecillo de cincuenta y ocho kilos, cuenta su experiencia y dice que la tierra pertenece a todos, pero sobre todo «a los niños del futuro, ¡a los que vendrán después de nosotros!».

Pronto su fama traspasa las fronteras francesas.

—Debes regresar a África y contar el milagro de la tierra a todos quienes lo han olvidado. La situación allí ahora es trágica. Donde una vez se cultivaba lo suficiente para alimentarse, ahora se mueren de hambre. La tierra está muerta. Y antes de que digas que no, quiero contarte una leyenda —le dice un amigo.

»“En un bosque se desata un gran incendio y todos los animales se apresuran a huir. Solo un pequeño colibrí va de un lado a otro, del río hacia las llamas, cogiendo cada vez con el pico una pequeña gota de agua y dejándola caer sobre el fuego. Desde una roca, a resguardo del incendio, un gran armadillo se burla de él: ¿Pero qué crees que estás haciendo con esa pequeña gota? ¡No pensarás que puedes apagar el fuego!”. “No lo sé, pero yo hago mi parte”, responde el colibrí, y vuelve a volar una y otra vez.

Pierre queda muy impresionado por la historia.

### —Si todos hiciéramos nuestra parte, por pequeña que fuera, cambiaríamos juntos el mundo

—reflexiona en voz alta—. Iré a África —dice por fin.

Es el inicio de una gran aventura que todavía hoy continúa. Después de ese primer viaje, Pierre Rabhi es llamado a Burkina Faso para crear el Primer Centro Africano de Capacitación en Agroecología. Unos años más tarde, las Naciones Unidas lo eligen como experto internacional para la seguridad alimentaria y la lucha contra la desertificación, es decir, la expansión de los desiertos. Y, nuevamente, regresa a África para enseñar a las comunidades cómo obtener alimentos respetando la tierra y las personas que la cultivan. Así nacen los oasis agroecológicos en Marruecos, Níger y Mali.

Mientras tanto, en Francia, una comunidad de monjas ortodoxas le pide ayuda para sanear los campos que se han vuelto estériles tras años de agricultura química. Unos monjes budistas solicitan su colaboración para abrir un «ecositio», un gran parque donde se conservan numerosas variedades de plantas, y un multimillonario lo invita a transformar sus tierras abandonadas en

huertos y campos. Nacen más de seiscientas comunidades, llamadas Colibrí, donde las personas se ayudan entre sí, cuidan de la tierra, comparten buenos alimentos y superan la soledad. Así pues, Pierre ha creado un montón de nuevos «oasis» en los que todos, absolutamente todos, pueden vivir felices.



PEQUEÑA HISTORIA DE

**JADAV  
PAYENG**





## Mi karma *bhumi* a favor de la tierra

JADAV PAYENG

Llueve desde hace días en la aldea de Kokilamukh, en Assam, a los pies del Himalaya indio.

—¡Pronto, cojamos nuestras cosas y huyamos! —exclama Lakhiram, el padre de Jadav, que entra corriendo en la cabaña—. ¡El Brahmaputra está furioso, está a punto de desbordarse y volverá a arrasarlo al pueblo!

Rápidos y silenciosos, apilan sus pertenencias en el centro de grandes telas que les sirven de maletas: las esteras, unos cuencos de barro y una olla de cobre para cocinar, y encima un montoncillo de ropa. Deprisa, empujando a sus vacas, se alejan con el resto de la tribu hacia las colinas circundantes.

No es la primera vez que los mishing tienen que dejarlo todo y empezar de nuevo. La aldea al completo, con todas sus chozas, se levanta, camina y se reposiciona en el mapa, cada vez un poco más alto, hacia el interior de la isla de Majuli.

Cuando están a salvo, el padre reúne a los niños:

**—La naturaleza es sagrada, es nuestra madre. Somos mishing y nos adaptamos a su voluntad. Debéis metéroslo en la cabeza**

—les dice. Y secamente añade—: Mientras yo construyo un refugio para pasar la noche, vosotros ordeñáis las vacas y le lleváis la leche a mamá, que hará queso para vender en el mercado.

Jadav obedece y queda pensativo. Tiene cuatro años y ya se ha mudado de casa dos veces. Se adapta, como todos en la tribu, pero no entiende lo que sucede. Por la noche, se acurruca en la estera junto a su padre y, mirándolo directamente a los ojos, susurra:

—Tal vez los mishing y el río se han peleado. Tal vez alguien lo ha hecho enfadar, como sucede con mamá cuando de repente no me habla. Siempre hay una razón.

—Jadav, las crecidas del río dependen de los monzones, los vientos de la lluvia, o de las nieves del Himalaya cuando se funden.

## Es la naturaleza la que decide y los hombres deben aceptarlo.

No hay pelea alguna entre nosotros y el río —responde Lakhiram. Jadav confía en su padre y se queda dormido.

El pueblo renace lentamente y reanuda su vida cotidiana. Puntuales, al año siguiente, en 1969, las lluvias del monzón empiezan a caer de forma torrencial como una cortina de agua, se diría que no hay ni siquiera espacio entre una y otra gota. Al amanecer del tercer día de lluvia, los mishing se despiertan sobresaltados al oír una especie de rugido fuerte y profundo: es el Brahmaputra, que irrumpe de nuevo y se lleva todo lo que encuentra por delante. Esta vez, incluso las vacas son embestidas por la crecida y los padres de Jadav a duras penas logran salir de la choza y poner a salvo a los niños, arrastrando los pies con el agua hasta el cuello.

Se ha perdido todo: sin vacas no hay leche, sin leche no hay nada que comer.

Después del susto y mirando a todos sus seres queridos a los ojos para asegurarse de que están bien, los padres cuchichean entre ellos para que no los oigan los niños.

—Lo hemos perdido todo. Ya no podemos mantenerlos a todos. Lo sabes, ¿verdad? —susurra Lakhiram con gravedad.

—Jadav puede ir a vivir con el juez Borthakur, que viene todos los días a comprar queso. Es buena persona. Siempre dice que quiere ayudarnos a que al menos uno de nuestros hijos estudie... Es hora de aceptar su oferta —responde Aphuli, la mamá, cogiéndole las manos. Y los ojos se le colman de lágrimas.

—Jadav, ven aquí —dice papá finalmente en voz alta.

El niño tiembla un poco: conoce ese tono serio y sabe que no podrá objetar nada.

—Mañana iremos a Jorhat y te quedarás a vivir con el juez, ese importante caballero que viene siempre a comprar. Estarás en su casa, irás a la escuela, lo ayudarás y harás todo lo que te diga —anuncia Lakhiram sin esperar respuesta.

Y, de hecho, Jadav no dice ni media palabra, se lanza a sus brazos y lo aprieta fuerte. Sabe que sus padres nunca se separarían de él si no fuera realmente necesario. Y en ese abrazo se unen los hermanos y la madre, llorando.

—No es para siempre —dice papá con una voz más dulce—. Solo el tiempo suficiente para volver a rehacer el rebaño y entonces estaremos juntos de nuevo.

Pero las cosas no van así. Por un lado, a los padres les cuesta más de lo previsto retomar su actividad, y por el otro, dejan que Jadav estudie para que pueda labrarse un futuro mejor.

Cuando tiene quince años, desgraciadamente, mueren papá y mamá y decide dejar la ciudad para cuidar de los animales de la familia: las vacas, los búfalos y las gallinas. Durante el trayecto a Kokilamukh, se ve obligado a detenerse a unos kilómetros de la orilla para esperar a que se retire la última crecida del Brahmaputra. Tras dos horas de andar bajo un sol abrasador y un tramo de canoa en medio de ramas flotantes y restos de chozas, finalmente llega a orillas de su isla.

Mira a su alrededor y le resulta difícil orientarse: donde una vez hubo un canal, ahora es toda tierra firme; donde antes era difícil abrirse camino por lo intrincado del bosque, ahora hay una extensión de tierra sin sombra alguna. Después de superar un grupo de rocas imponente, lo deslumbra un banco de arena que nunca antes había visto.

«¿A qué se deben todas estas ramas secas si no hay árboles?», se pregunta. Se acerca con curiosidad, y lo que de lejos le parecían maderos de forma irregular son, en cambio, cientos de serpientes secas. Las sorprendió la crecida del río, al igual que sus vacas años antes, y sin los árboles para protegerse del sol murieron. Apenado por todas esas criaturas, Jadav cae de rodillas y rompe a llorar.

**«Hoy les ha tocado a ellas, pero mañana podríamos ser nosotros,  
toda mi gente»,**

piensa entre sollozos.

Le gustaría pedirle consejo a su padre, pero está solo. Luego recuerda sus palabras: «Eres un mishing, tienes que adaptarte y seguir adelante». Jadav saca fuerzas de flaqueza. «Sí, papá, seguiré adelante, pero no puedo aceptarlo todo sin actuar. En la escuela he aprendido que el hombre incluso puede ir a la Luna, así que quizá yo también pueda hacer algo para que ninguna criatura tenga que morir de este modo atroz.»

**«La naturaleza es ahora mi familia, tengo que cuidarla»,**

piensa con resolución.

Esa noche no para de dar vueltas en la estera reflexionando sobre qué hacer. Decide que solicitará ayuda a los forestales, que administran un gran parque cerca de Jorhat. De buena mañana vuelve a marcharse y, al llegar al parque, les cuenta acalorado lo que ha visto en la isla.

—Chico, solo eres un pastor: cuida de tus animales y no quieras ocuparte de lo que te supera. Los bosques, que retienen las crecidas de los ríos con sus raíces, se están reduciendo en todas partes y no se puede hacer nada.

—Esto no es ninguna respuesta —rebate Jadav—. Vosotros sois guardas forestales y vuestro

*dharma*, vuestro deber, es cuidar los bosques y los animales que allí viven. La ley del *dharma* dice que uno puede fallar, pero debe actuar.

—¿Ahora también nos quieres dar lecciones de justicia? Entonces tal vez sea tu *dharma*, hazlo tú mismo. Y déjanos trabajar —concluye el mayor de todos ellos, reanudando su tarea en un parterre de flores.

Molesto porque no hayan querido ni siquiera escucharlo y obstinado en encontrar una solución, de camino a casa Jadav se detiene en la aldea de Deuri Gaon, donde vive un sabio que su padre tenía en gran estima, «porque está en armonía con todo», decía.

Cuando tiene al hombre delante, Jadav lo saluda con el *anjali* en señal de respeto, juntando las manos a la altura de la frente. Luego se sienta en la posición del loto, con las piernas cruzadas. A un gesto del sabio, Jadav le habla de las serpientes, del río y de los forestales.

El sabio observa al muchacho y aprecia su determinación de proteger a los animales. Entonces, de repente, lo detiene con un gesto y le pregunta:

—Tú que quieres salvarlas, ¿qué comen las serpientes?

—¡Huevos! —dice Jadav con sagacidad.

—¿Y quién los hace, los huevos?

—¡Las aves!

—¿Dónde viven las aves?

—Entiendo, ¡tengo que plantar árboles! Pero en la arena no crece nada...

—Lo has entendido, pero tienes que empezar desde abajo: planta la hierba más alta del mundo, el bambú, que crece rápidamente, incluso en las zonas arenosas.

Jadav abandona la aldea con el corazón lleno de esperanza y, sobre sus hombros, un saco lleno de brotes de bambú y semillas que le ha dado el sabio.

**«Aunque haya nacido pastor, plantar árboles se convertirá en mi karma *bhumi*, mi acción diaria a favor de la tierra. Y los animales tendrán sombra y alimento»,**

se promete a sí mismo. Durante un año cada mañana, antes de ordeñar las vacas, Jadav planta semillas y esquejes y, poco a poco, una pequeña franja verde empieza a cubrir parte del suelo de la isla. También deja allí un puñado de hormigas para ayudar a las plantas a transportar las semillas de uno a otro rincón del banco de arena. Sin embargo, se da cuenta de que son más los brotes que mueren que los que arraigan, y que todavía tiene mucho que aprender.

Un día, la suerte le sonrío: se entera de que en Kartik Chapori, a pocos kilómetros de casa, buscan aprendices para un proyecto de reforestación de doscientas hectáreas. Jadav solicita el

puesto y se lo dan de inmediato. A partir del día siguiente, se despierta antes que el sol, cuida de sus animales, planta unos árboles en la bahía de las serpientes y, a las nueve en punto, está listo para trabajar como agente forestal. En 1983, el proyecto se da por acabado y los trabajadores abandonan el lugar. Jadav tiene diecinueve años y ha aprendido todo lo que necesita para cuidar de las plantas y que crezcan fuertes. Le han explicado también por qué los bosques van menguando. Y le han dicho que sí, que el hombre ha roto el pacto de armonía que tenía con la naturaleza, tal como Jadav pensaba de niño. Para extraer la madera o aumentar los terrenos dedicados a la agricultura, se talan bosques enteros. Es por esta razón que el Brahmaputra no encuentra obstáculos y, cuando se desborda, arrasa con todo, erosionando el suelo y dejando a los animales sin su hogar y a las familias sin sus recursos, como le ha sucedido a su tribu una y otra vez.

Jadav decide que cuidará de que el bosque Kartik Chapori siga creciendo, aunque tenga que hacerlo solo.

**—Esta isla es mi tierra, es mi hogar, y aquí es donde prosperarán mis hijos, a la sombra de los árboles que plantaré. Lo haré hasta que los árboles se unan con el bosque de las serpientes. Será un parque enorme, donde animales, árboles y hombres vivirán juntos, felices y en paz**

—promete solemnemente.

En primavera, planta tamarindos, mangos, moreras y plantas medicinales. El resto del año prepara esquejes y recoge semillas. Los habitantes de las aldeas de los alrededores, al verlo llegar cada día con brotes y nuevos injertos, empiezan a llamarlo *molai*, ‘bosque’. Para Jadav es todo un honor, pero lo que a él más le gusta es admirar cómo los árboles van creciendo cada vez más tupidos. Y lo llena de emoción haber reunido finalmente el verde iniciado por los forestales con lo que una vez fue el banco de arena de las serpientes y que ahora es un hervidero de árboles e insectos.

A los treinta y nueve años conoce a Binita, que se convierte en su esposa. Juntos crían a tres hijos y crían vacas y búfalos, haciendo queso como los padres de Jadav.

Mientras tanto, atraídos por la sombra y el refugio que les ofrece ahora el bosque, muchos animales salvajes regresan para vivir entre el follaje, mientras que otros solo lo cruzan para aunar fuerzas y luego continuar hasta el cercano parque del Kaziranga.

**Los esfuerzos de Jadav han traído de nuevo a la isla monos, aves,**

## serpientes, rinocerontes, ciervos, jabalíes, elefantes e, incluso, los escasos tigres de Bengala.

Estos últimos a veces asaltan las aldeas de alrededor, despedazando al ganado, y Jadav se las ve y se las desea para explicar a sus habitantes que no deben dejar que los animales pasten demasiado cerca del bosque, porque, ya se sabe, «¡Los tigres no se dedican a la agricultura!», les dice: él mismo perderá en todos estos años más de cien cabezas de ganado, pero nunca se enoja. Se alegra de que, desde que empezara a sembrar todos los días sin cesar, la vida haya vuelto en todas sus formas. Incluso la tribu mishing ha podido recuperar algo de estabilidad, cultivando y viviendo a la sombra de los árboles. Muchos de los aldeanos ayudan también a Jadav a plantar nuevos ejemplares. Y, finalmente, el Brahmaputra causa menos daños gracias a las fuertes raíces del bosque que contienen su furia.

Pero los grandes problemas llegan, cómo no, con los elefantes. En verano de 2008, la manada que durante al menos seis meses se detiene en la isla para descansar y procrear es de más de cien ejemplares. Hambrientos y curiosos, los paquidermos se acercan a las aldeas donde se comen la mayoría de los cultivos, suscitando la ira de los campesinos, que reaccionan matando a algunos de ellos. En cuanto Jadav descubre lo sucedido, llama a las autoridades para hallar una solución y calmar los ánimos.

Cuando llegan los forestales, que no han visto cómo está el bosque desde hace veinticinco años, se quedan sin aliento: los árboles se han más que duplicado, y ahora cubren casi toda la isla de Majuli. Son quinientas cincuenta hectáreas de verdor, ¡dos veces el tamaño de Central Park!

Enseguida corre la voz y todo el mundo en la región desea conocer al hombre que, él solo, ha reforestado una isla entera. Desde ese momento, Jadav recibe numerosos premios y reconocimientos, entre los cuales, en 2015, el título de *Padma Shri*, una de las condecoraciones más notables de la India. El bosque de Majuli es apodado «Molai» en su honor, y hoy en día es conocido en todo el mundo como «el Hombre de los Bosques de la India». Jadav pronuncia infinidad de conferencias en escuelas y universidades porque, según dice:

—**Todos debemos aprender a respetar el pacto entre el hombre y la naturaleza.**

Y concluye cada encuentro con la misma exhortación:

—**¡Plantad árboles!**

Tras lo cual, como ha estado haciendo durante más de cuarenta años, se dirige a su bosque para depositar alguna que otra semilla en la tierra.



PEQUEÑA HISTORIA DE  
**GRETA**  
**THUNBERG**





# ¡Devolvednos el futuro!

GRETA THUNBERG

Greta, apaga la luz cuando salgas de la habitación —dice su mamá Malena, interrumpiendo los ejercicios de canto lírico.

—¿Por qué, no tenemos dinero para pagar la factura? —responde Greta, molesta. Se lo repite todos los días.

—No, Greta. Te lo digo porque no debemos malgastar la electricidad. ¿Sabes que para producirla se utilizan recursos no renovables, como el petróleo y el carbón, y que estos causan el aumento de los gases de efecto invernadero? —pregunta su madre, dejando por un momento la partitura.

—¿Y qué hacen los gases de efecto invernadero? —se interesa Greta, intrigada.

—Ven —dice Malena, invitándola a sentarse en el sofá. De un cajón del mueble de debajo de la ventana saca la foto de un elegante señor con bigote y se la muestra.

—¿Es el tío abuelo Svante! —exclama Greta con una sonrisa. Esa cara seria y rolliza siempre le ha resultado simpática—. ¿Qué tiene que ver él con el gas?

Mamá le cuenta que Svante Arrhenius fue el primer científico, a principios del siglo pasado, en relacionar el incremento de las emisiones de gases de efecto invernadero con el aumento de la temperatura terrestre. Tras notar la mirada perpleja de su hija, precisa:

—Cuando se queman los combustibles fósiles liberan a la atmósfera terrestre grandes cantidades de gases de efecto invernadero. Estos retienen los rayos del sol y elevan la temperatura del planeta. Es el fenómeno del calentamiento global.

—¿Y qué pasa si el planeta se calienta? —insiste Greta, que ve desfilar ante sus ojos todas esas palabras difíciles que le gustaría captar y descifrar.

Llegados a ese punto, Malena coge el portátil e invita a la pequeña a buscar los términos que no conoce.

## **Esa tarde, Greta, que solo tiene seis años, empieza a entender algo, y en casa de los Thunberg se acaba la tranquilidad.**

A la menor ocasión los acribilla a preguntas, sobre todo dirigidas a papá Svante, que lleva el mismo nombre que su antepasado científico y pasa más tiempo en casa que Malena. En ese período, la foto del tío abuelo domina, sobre el cabezal de la cama, la habitación de la pequeña. Como si pudiera responder también él.

Con todo lo que lee, a los ocho años, Greta ya tiene las ideas claras sobre cómo está cambiando el clima del planeta. Cuando la maestra anuncia que en clase verán un documental sobre el tema, se propone prestar la máxima atención. Sentada en silencio en su pulcro pupitre, apoya la cara entre sus manos. La maestra toca el PLAY y empieza el documental. La voz de la narración explica que hay plástico en todas partes, en la tierra y en el agua, incluso en el estómago de los animales que lo ingieren, confundiéndolo con alimentos; además, debido al aumento de las temperaturas, aumentan las zonas con sequía y se reducen los glaciares. Por último, aparecen las imágenes de un oso polar delgado y hambriento, que vaga entre icebergs e icebergs.

### **—Son las personas quienes, mediante sus acciones, determinan el cambio climático**

—comenta la maestra, y a Greta se le hace un nudo en la garganta. «¿Cómo es posible causar daño a alguien a sabiendas?», se pregunta angustiada, mientras las lágrimas resbalan por sus mejillas. Está muy disgustada. Todo lo que ha leído toma la forma del plástico que ahoga a los peces y de los osos polares que mueren de hambre. Como cuando se compone un rompecabezas, en su mente se juntan imágenes y palabras y Greta entiende que todo es muy real. Al finalizar el documental, mientras los compañeros salen al recreo, Greta permanece inmóvil. No puede salir a jugar, no puede hacer nada.

En casa, se sienta en el sofá en silencio.

### **Piensa en los osos, en el plástico que flota en todas partes, en los hombres que causan daño y no corren a repararlo, y se siente fatal.**

A su padre le cuesta que le cuente lo sucedido. Greta le explica que tiene miedo de la capacidad que tienen las personas para destruir el mundo. Svante intenta consolarla y le promete que, para empezar, ya no usarán plástico nunca más. Y añade:

## —No desesperes. Las personas pueden cambiar.

Algo más aliviada, Greta se sumerge nuevamente en datos, números y estadísticas sobre el clima. Busca soluciones. Pero cuanto más se informa, más triste e intransigente se vuelve. Un día, durante una visita a un museo, observa que unos paneles ofrecen datos incorrectos sobre la cantidad de dióxido de carbono en la atmósfera. Greta se enoja e interrumpe la visita. No soporta la idea de que se pueda mentir o ser superficial acerca de algo que tenga que ver con la supervivencia del planeta. Cuando vuelve a casa, también deja de comer. A partir del día siguiente, se niega a continuar yendo a la escuela.

Si esa época es preocupante para los Thunberg, es apocalíptica para Greta: su mente se llena de pensamientos de destrucción y muerte que le impiden vivir como una niña de once años. En solo dos meses pierde diez kilos, su boca nunca esboza una sonrisa. Sus padres le cuentan al médico que casi ya no habla, a no ser con aquellos que conoce muy bien.

—Es un «mutismo selectivo» —responde el doctor—. Greta elige con quién hablar porque para ella es muy difícil comunicarse. Su hija sufre el síndrome de Asperger y tiene una visión del mundo sin medias tintas, lo que la hace extremadamente coherente.

De hecho, quien padece este síndrome se fija más que los demás en las inconsistencias de la realidad. Ve el mundo sin matices, todo está bien o mal, todo es blanco o negro.

## El dolor que Greta ha experimentado por lo que ha descubierto sobre el cambio climático siempre está presente.

Es como una frase resaltada con marcador fluorescente en una página en blanco. Es algo en lo que piensa constantemente.

Durante tres años deja de ir a la escuela. Se pasa el tiempo estudiando y repitiendo de memoria números y estadísticas sobre las emisiones de CO<sub>2</sub>, o, sentada en un taburete junto a la ventana de la cocina, recortando artículos y ordenándolos por fecha y tema. Luego les dice a sus padres la verdad de un modo que casi los llega a asustar:

**Si el cambio climático es real, en la televisión no deberían hablar de otra cosa. Si quemar combustibles fósiles es tan perjudicial como para socavar nuestra existencia, ¿por qué no es ilegal? Y ¿por qué seguimos haciendo también en casa cosas que están mal?**

Los Thunberg pronto pasan de consolarla a aceptar sus propuestas. Para contaminar menos, su madre, que es cantante y viaja mucho, deja de coger el avión para ir a los conciertos y acepta actuar solo en lugares accesibles en tren. En la ciudad, empieza a desplazarse en bicicleta. Su padre, Svante, compra un coche eléctrico, se hace vegetariano como Greta y cultiva un pequeño huerto en las afueras de la ciudad. Estas acciones apaciguan en parte la angustia de la pequeña, que piensa:

**«Si mis padres lo hacen, también los demás pueden cambiar».**

Y, finalmente, a los catorce años, accede a volver a la escuela.

Un año más tarde, gracias a lo que ha aprendido sobre el cambio climático, Greta escribe un artículo científico muy detallado para un concurso del periódico sueco *Svenska Dagbladet* y lo gana. Un grupo de activistas locales la contactan de inmediato, sorprendidos porque una persona tan joven sea tan competente. Con el permiso de sus padres, Greta va a su encuentro. Juntos intentan organizar acciones de protesta, pero no llegan a ponerse de acuerdo y el grupo se disuelve. Pero ahora en la mente de Greta, resaltada en fluorescente, destaca la palabra «Protesta».

Una tarde, Greta lee en Internet que un grupo de niños estadounidenses se niega a entrar en clase para detener el comercio de armas.

**—¡Una huelga! Así es como podré hacer que todos comprendan que, si no nos movilizamos, el calentamiento global nos matará**

—anuncia a sus padres, y hunde su rostro en el pelo suave de su perro Moses. Greta ahora ya sabe qué hacer.

El 20 de agosto de 2018, después del desayuno, recoge su cabello castaño en dos trenzas perfectas, como le gusta, se pone su sudadera azul y su camisa a cuadros favorita y baja al garaje. Prepara una pancarta de madera sobre la que escribe:

**SKOLSTREJK FÖR KLIMATET,**

«Huelga escolar por el clima». Su corazón late con fuerza, porque está a punto de mostrar a todos el fruto de años de trabajo. Se va hasta el Parlamento en bici y se sienta en el suelo, con la pancarta sobre las rodillas. Greta ha decidido que continuará la huelga hasta que se celebren las

nuevas elecciones.

El primer día está sola y recibe solo unas sonrisas. El segundo día, algunos jóvenes se detienen, intrigados, y ya desde el tercero, frente al edificio, se forma un pequeño grupo pacífico. A partir del sexto, la protesta está en las redes sociales y en todo el mundo, tanto a través de su cuenta en Instagram como en las fotos de quienes pasan por allí.

Sus padres temen que Greta se esté perdiendo demasiadas clases, pero la vuelven a ver tan llena de vida y de proyectos que el alivio supera todas sus preocupaciones. Mientras, la protesta se extiende a otras ciudades suecas y, cuando llega el día de las elecciones, Greta logra su primer objetivo: en el Parlamento sueco se discute sobre el cambio climático.

El 8 de septiembre de 2018 se celebra en todo el mundo la Marcha Popular por el Clima y los organizadores de Estocolmo piden a Greta que comparta su experiencia hablando ante la multitud. Svante y Malena temen que no pueda soportar la tensión delante de tantos desconocidos. Para ella, comunicarse sigue siendo algo muy agotador.

—¿Te sientes con ánimos, Greta? No te veas obligada. Ya has hecho suficiente. Solo tienes quince años... —le dice su madre, mientras la ayuda a componerse las trenzas.

—Tengo que hacerlo, mamá. Mi pequeño problema no es nada en comparación con lo que sucederá si las personas no entienden que nuestro hogar, la Tierra, está en llamas.

## ¡Es el momento de actuar!

—responde Greta, mirándola a los ojos. Su intervención, implacable, dura y precisa, deja a todos sin aliento. El público la escucha en silencio. Greta también anuncia que todos los viernes seguirá con su huelga ante el Parlamento, hasta que Suecia reduzca a cero las emisiones de dióxido de carbono.

«¡El tío abuelo Svante estaría a mi lado!», piensa con una sonrisa. Así es como nacen los Fridays for Future, los ‘Viernes por el Futuro’, que se extienden por todas partes como un rayo. Greta sigue con su huelga en Suecia y, en cuanto puede, viaja por Europa en tren o en coche eléctrico, acompañada por su padre, para dar conferencias y reunirse con quienes detentan el poder. Quiere empujarlos a actuar.

En noviembre del mismo año, Greta es invitada a participar en el TED, una serie de conferencias en las que expertos de todo el mundo hablan en pocos minutos de los temas que mejor conocen:

—**Nos encontramos ante la sexta extinción en masa en la historia del mundo. Cada día desaparecen hasta doscientas especies**

—dice Greta con voz firme.

También habla de «justicia climática»:

—Las naciones ricas deben alcanzar las cero emisiones de CO<sub>2</sub> de aquí a doce años, para que los países pobres tengan tiempo de mejorar sus condiciones de vida. Deben poder desarrollar las infraestructuras que nosotros ya hemos construido, como carreteras, escuelas, hospitales, agua potable y electricidad.

Y concluye diciendo:

—Hasta hoy hemos tenido esperanza, y no ha servido de nada, porque las emisiones no han disminuido. Lo que ahora necesitamos es acción, después de lo cual vendrá la esperanza.

En pocos meses, la energía contagiosa de Greta se propaga, y las ciudades en donde se hace huelga todos los viernes son casi trescientas.

En diciembre, Greta está en Katowice (Polonia) y, después de un viaje de dos días con el coche eléctrico de papá, participa en la COP24 y se reúne con el secretario general de las Naciones Unidas, António Guterres. Más adelante, a finales de enero, se traslada a Suiza, a Davos, donde se celebra el Foro Económico Mundial con el objeto de discutir las cuestiones más urgentes que debe afrontar el mundo. Otro viaje de treinta horas, esta vez en tren. Greta sacude a la audiencia con su discurso:

**—Quiero que os entre el pánico, que os comportéis como si estuviéramos en medio de una terrible crisis. Nuestra casa está en llamas, el planeta Tierra está en llamas, junto con el futuro de los jóvenes.**

El mensaje de Greta llega incluso a Australia, donde otros estudiantes empiezan también a hacer huelga. El primer ministro ordena a los jóvenes que regresen a la escuela, de lo contrario serán castigados. Greta responde a través de Twitter: «Lo siento, ministro, esta vez no podemos obedecer».

En febrero de 2019, Greta está en Bruselas, hablando frente a la audiencia del Comité Económico y Social Europeo:

**—Decís que seremos nosotros los jóvenes quienes salvaremos el mundo. No es así. No llegaremos a tiempo.**

No habléis con nosotros si no os apetece, pero escuchad a los científicos, que durante décadas

han estado diciendo qué hacer para resolver el problema del calentamiento global. —Y, dicho esto, sale y se une a la marcha por el clima organizada en la ciudad.

Sus esfuerzos están empezando a dar frutos extraordinarios. El 15 de marzo de 2019, en más de dos mil ciudades y ciento veinticinco países de todo el mundo, se lleva a cabo la Huelga Global por el Futuro: un millón y medio de estudiantes marchan pacíficamente para defender el planeta, protagonizando la mayor acción global por el clima jamás vista.

Greta es, actualmente, una líder ambientalista y el semanario estadounidense *Time* la incluye en la lista de las personas más influyentes del mundo. Poco después, es nominada al Premio Nobel de la Paz.

«... porque el calentamiento global es un elemento importante de inestabilidad social. El cambio climático es ya hoy uno de los principales factores de pobreza, carestía, guerra y migración», leemos en la exposición de motivos. Greta se siente honrada por ello y sigue llevando su mensaje al mundo sin tregua.

También va al Vaticano y muestra una de sus pancartas al papa Francisco, que, inmediatamente, se pone de su lado y con una sonrisa la invita a continuar.

—Estoy orgulloso de ti —le dice su padre cuando regresa de Roma—. Y tu tío abuelo Svante también lo estaría. Has cambiado nuestras vidas y ahora eres una fuente de inspiración para toda una generación. No debes detenerte.

Greta lo abraza:

—Ni se me pasó por la cabeza, papá. Ayúdame a preparar un nuevo cartel.



PEQUEÑA HISTORIA DE  
**SEBASTIÃO  
SALGADO**





## La tierra me ha salvado

SEBASTIÃO SALGADO

Antes de que el sol caliente demasiado, Sebastião salta sobre su caballo y parte al galope. Cruza los campos de tomates y luego los de maíz hasta un meandro sombrío y fresco del río Doce. Baja del caballo y lo ata a un árbol, se quita la camiseta y se zambulle en el agua. Sobre él vuelan aves de largas plumas de colores y el sol ya se filtra con decisión entre las ramas de los grandes árboles. Desde la orilla fangosa, un caimán verde oscuro se desliza hacia dentro del río. Sebastião divisa su cabeza triangular en la superficie del agua, pero no tiene miedo: sabe que el reptil no lo atacará porque sus presas son solo peces o pequeños animales. Lo mira alejarse y vuelve a sumergirse. Cuando se ha refrescado lo suficiente, sale y se seca al viento.

—Mañana nos vamos —le recuerda su padre en cuanto Sebastião entra de nuevo en la hacienda.

Sebastião no lo ha olvidado, emocionado como está ante la idea del gran viaje que les espera. Sus padres tienen una gran finca agrícola en el estado de Minas Gerais, concretamente en Aimorés, en el sureste de Brasil. En la hacienda viven y trabajan treinta familias a sueldo de su papá. Cultivan patatas, arroz, maíz, tomates y árboles frutales, y crían cerdos y bovinos.

**Una vez al año llevan el ganado al matadero, después de cabalgar más de cincuenta días.**

Sebastião tiene diez años y es la segunda vez que sale a hacer esta larga travesía.

Por la mañana se levanta muy temprano y reúne a los animales junto con su papá. Su mamá se une a ellos llevando los víveres. Una vez que han llegado los demás ganaderos, finalmente parten a caballo, los animales delante y los hombres atrás. Cada veinte kilómetros, cuando los animales están agotados, el grupo se detiene a descansar.

—¡Sebastião, ponte debajo de un árbol, que el sol aquí pega fuerte! —ordena su madre.

Sebastião, que tiene la piel muy clara y se quema fácilmente, obedece y se coloca debajo de un gran árbol frondoso. Desde allí, a contraluz, mira la tierra que hay a su alrededor. Su madre, enfrascada en la comida, es una silueta oscura en torno a un resplandor deslumbrante, igual que su padre, ocupado descargando las mantas del lomo del caballo.

**Le gusta ese contraste: un pedazo de mundo negro negrísimo y otro excesivamente blanco. Y él en medio de este reino de luces y sombras, desde donde lo domina todo.**

Permanece debajo del follaje hasta que se pone el sol. Pero no se aburre. Está acostumbrado a no andarse con prisas. Todo el viaje se desarrolla de forma lenta y le da la oportunidad de mirar el paisaje de cerca, con calma. Observa el cielo, donde las nubes se persiguen unas a otras proyectando su sombra fugaz sobre las cosas, y el campo a ras de suelo, que se extiende para convertirse en colinas, más allá de las cuales su vista no alcanza. Al atardecer mamá saca el queso de la canasta. Comen y charlan, y la cena termina con naranjas y plátanos recogidos por el camino. Luego los vence el cansancio y el grupo se duerme apaciblemente.

A los quince años, Sebastião abandona la hacienda para terminar la secundaria en Vitória, en el estado de Espírito Santo. Es uno de los primeros niños en trasladarse a la ciudad para estudiar. Se paga la escuela trabajando en la secretaría de la Alliance Française, el organismo que promueve la lengua y la cultura francesas en el extranjero, y descubre que tiene una buena capacidad para administrar el dinero. Más tarde ingresa en la Facultad de Derecho, en especial para satisfacer los deseos de su padre, que aspira a que sea abogado. Sebastião, sin embargo, se aburre soberanamente con las cuestiones legales. Prefiere las asignaturas de tema histórico y económico, que lo ayudan a entender la realidad que lo rodea. Estamos ante unos años de grandes transformaciones para el Brasil, que con el nuevo presidente quiere convertirse en un país industrial y moderno. Este aire de progreso contagia también a Sebastião. Sin embargo, el ambiente de alegría y del «todo es posible» deja entrever poco a poco nuevos problemas.

**En el campo, tanto en la hacienda familiar como en muchas otras fincas agrícolas en Brasil, no hay gente superrica o rematadamente pobre y todos tienen lo necesario para vivir.**

En las ciudades, en cambio, las personas se agolpan alrededor de las fábricas en busca de trabajo,

las desigualdades son evidentes y en las calles se nota un incremento de las personas sin hogar y los mendigos.

En menos de diez años, la situación se precipita. Un golpe de Estado derroca al gobierno e instaura un régimen militar. Comienza un período de grandes manifestaciones populares contra la dictadura, y multitud de jóvenes, entre ellos Sebastião, se unen a los grupos de opositores, militantes de izquierda que defienden al pueblo y sus derechos. Mientras tanto, habiendo abandonado completamente la idea de convertirse en abogado, Sebastião se matricula a Economía. En la Alliance Française, donde continúa trabajando, conoce a Lélia, una joven maestra, y se enamora locamente de ella. Se gradúa en 1967 y, al día siguiente, se casa con Lélia.

La tensión en Brasil sigue creciendo, y los disidentes, aquellos que luchan contra el régimen, están cada vez más en peligro. Así, Sebastião y Lélia lo abandonan todo y se van a París, desde donde continúan apoyando la lucha por la libertad, organizando grupos de resistencia y acogiendo a quienes huyen de la dictadura. En Francia reanudan sus estudios. Lélia entra en la Academia de Bellas Artes mientras Sebastião de día va a clases de doctorado de Economía y por la noche trabaja de mozo de carga para mantenerse.

Lélia se compra una cámara de fotos para uno de sus cursos universitarios. Sebastião hasta entonces nunca ha tenido una en la mano, pero de inmediato se apasiona por la fotografía y adquiere otros dos objetivos.

### Entonces es cuando empieza a disparar y ya nunca más se detiene.

Es muy bueno. Por cuatro chavos les hace fotos a los estudiantes y vende a la prensa pequeñas sesiones fotográficas sobre escritores brasileños. Poco a poco, empieza a acariciar la idea de convertirse en fotógrafo profesional.

Por esas fechas, empieza a trabajar como economista en la Organización Internacional del Café, con sede en Londres. Le encomiendan la tarea de activar planes de desarrollo económico. Su primer trabajo es en África, para llevar a cabo un proyecto con el apoyo del Banco Mundial y de la FAO, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura. Vaya donde vaya, no para de sacar fotografías.

—Vamos a introducir el cultivo del té en Ruanda—le dice por teléfono a Lélia, que se ha quedado en París para finalizar sus estudios—. Así daremos nuevas oportunidades de crecimiento a la economía del país, que hoy se basa únicamente en el café.

Sebastião se enamora de África. Se reencuentra con la vegetación que dejó en Brasil y con los mismos colores existentes en la hacienda. Siempre lleva la cámara al cuello y,

## a medida que pasa el tiempo, le gusta más la fotografía que redactar informes económicos.

—Cambiemos de vida. Deja todo lo demás y dedícate solo a la fotografía, sigue tu gran pasión —le dice Lélia a Sebastião cuando este regresa a casa.

Estamos en 1973: Sebastião deja de trabajar como economista y se convierte en fotógrafo. Él y Lélia invierten todos sus ahorros en el equipo y salen para su primer proyecto de reportaje en la querida África. Sebastião es quien dispara y Lélia se encarga de revelar y vender las fotos a las revistas.

La primera imagen que vende es un contraluz. Se ve a una mujer con una jarra de agua en la cabeza al lado de un árbol. Sebastião no dudó en disparar la cámara, a pesar de que el contraluz sea una prueba difícil para los fotógrafos. Pero él esa luz excesiva la conoce bien. Le pareció ver a sus padres desde debajo del árbol durante la travesía del ganado. La foto es increíble y pronto empieza a viajar por Francia. Se expone en todas las iglesias para la campaña humanitaria «La tierra es de todos». Su nombre empieza a labrarse un camino. Sebastião entra en una agencia fotográfica y, viajando por el mundo, sigue los principales acontecimientos de esos años.

—¿Oíste, Sebastião? Han declarado la amnistía para los disidentes. ¡Por fin podemos regresar a Brasil! —exclama con alegría Lélia un día, escuchando las noticias en la tele. Poco después están de nuevo en casa. Van directamente a la hacienda familiar, pero la decepción es enorme. Sebastião se da cuenta de que muchos de los árboles de su infancia han desaparecido. Han sido talados. La madera se ha usado para construir las casas del *boom* económico de sus primeros años en la ciudad y para suministrar carbón a las grandes industrias. Y la pobreza que encuentra en los alrededores lo entristece aún más. Muchos agricultores han malvendido sus tierras a grandes empresas y ahora viven sin empleo en los márgenes de lo que una vez fueron sus campos. Para reafirmar sus derechos constituyen el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra y ocupan las tierras baldías de los latifundistas, que suelen reaccionar con gran violencia. Sebastião está muy impresionado por la tenacidad de los campesinos, los fotografía y publica un libro para contar su historia, despertando la solidaridad internacional. Con las imágenes nos explica de qué parte está y denuncia la brutalidad de la sociedad y la dureza de la vida.

Después de unos años codo a codo con los valientes cultivadores de Brasil, a Sebastião se le ocurre la idea de crear una gran exposición que rinda homenaje al trabajo y al ingenio del hombre. Durante más de diez años, de China a Indonesia, de Cuba a Italia, retrata a los hombres destinados a crear gracias a sus conocimientos y da testimonio de las condiciones de los trabajadores, desde los obreros de las grandes industrias hasta los mineros. La exposición se titula *La mano del hombre* y se exhibe en todo el mundo.

En 1994 abre con Lélia la agencia fotográfica Amazonas Images y empieza a trabajar en la exposición Éxodos.

**—Quiero seguir hablando de los hombres y su fuerza, de cuando se mueven en masa a causa de guerras y hambrunas, pero también por el espejismo de encontrar un trabajo mejor**

—confiesa a Lélia.

Durante seis años, Sebastião viaja de la India a América Latina, de Brasil a Irak. En todas partes fotografía megalópolis modernas y barrios marginales llenos de desesperación, en los que se hacinan millones de personas en busca de empleo. Todas estas personas, lejos de su tierra, gravitan en un océano de pobreza y miseria, rodeadas de islas de superlujo para muy pocos privilegiados.

El proyecto sobre las migraciones lo lleva también a Mozambique, donde la guerra civil desplaza a miles de personas hasta los campos de refugiados de Malawi, Zimbabue y Sudáfrica. Al final de la guerra, Sebastião ayuda a Unicef y a la Organización Mundial de la Salud a reagrupar a las familias afectadas por el conflicto, fotografiando los rostros de niños y adultos que han perdido el contacto con sus seres queridos. De Mozambique va directamente a Ruanda, donde ríos de gente huyen a Tanzania.

—En Ruanda se está produciendo un genocidio sin precedentes —le cuenta a Lélia esa noche por teléfono—. Es una carnicería: cadáveres flotando en el agua como hojas, montañas de cuerpos arrojados al suelo... es la guerra más impactante que haya visto nunca. No puedo creer que sea el mismo país que conocí en los años setenta, cuando trabajé allí —concluye, angustiado.

Después de que la población creciera de forma desmesurada, la pobreza creó tensiones entre los dos grupos étnicos principales, los hutus y los tutsis, y al final el polvorín explotó.

**—Toda la muerte y la violencia que he presenciado mientras realizaba Éxodos me ha impactado profundamente. No sé qué tipo de bestia es el ser humano. He hecho las fotos para dar voz a la injusticia, pero ya no sé si podré volver a hacerlo**

—confiesa preocupado a Lélia, una vez ha regresado a casa.

—Tómate un tiempo, Sebastião —le dice ella con profunda comprensión—. Podríamos volver a la granja de tus padres. Y plantamos árboles, ya que casi no quedan. Le hará bien a la tierra y a

nosotros.

La idea le encanta. Cuando llegan a la hacienda, sin embargo, se dan cuenta de que la situación es aún más grave de lo que recordaban: debido a la falta de árboles, la tierra ya no retiene el agua de la lluvia y está seca como en un desierto. Además, de todos los campesinos que anteriormente trabajaban en la granja, no queda nada más que un guarda.

Gracias a la ayuda de un ingeniero de ecosistemas, proyectan restaurar la flora y la fauna replantando 2,5 millones de árboles locales. En el otoño de 1999 plantan las primeras semillas y en el verano siguiente los brotes empiezan a despuntar, inundando la superficie seca de un tierno verde y atrayendo a los insectos. Para financiar el proyecto, Sebastião y Lélia invierten la mayor parte de su dinero y deben pedir ayudas a grupos ambientalistas. También les da una mano el Gobierno federal. En poco tiempo se produce el milagro.

**La tierra de la infancia de Sebastião se convierte en el primer parque nacional del Brasil, y hoy en día la hacienda, rebautizada como Instituto Terra, es un vivero que suministra más de un millón de árboles al año a las regiones circundantes.**

—¡Es más hermoso aún que cuando era niño! Tenías razón, Lélia, solo la belleza de la tierra podría curar mi corazón —dice Sebastião abrazando a su esposa, después de haber plantado un nuevo esqueje.

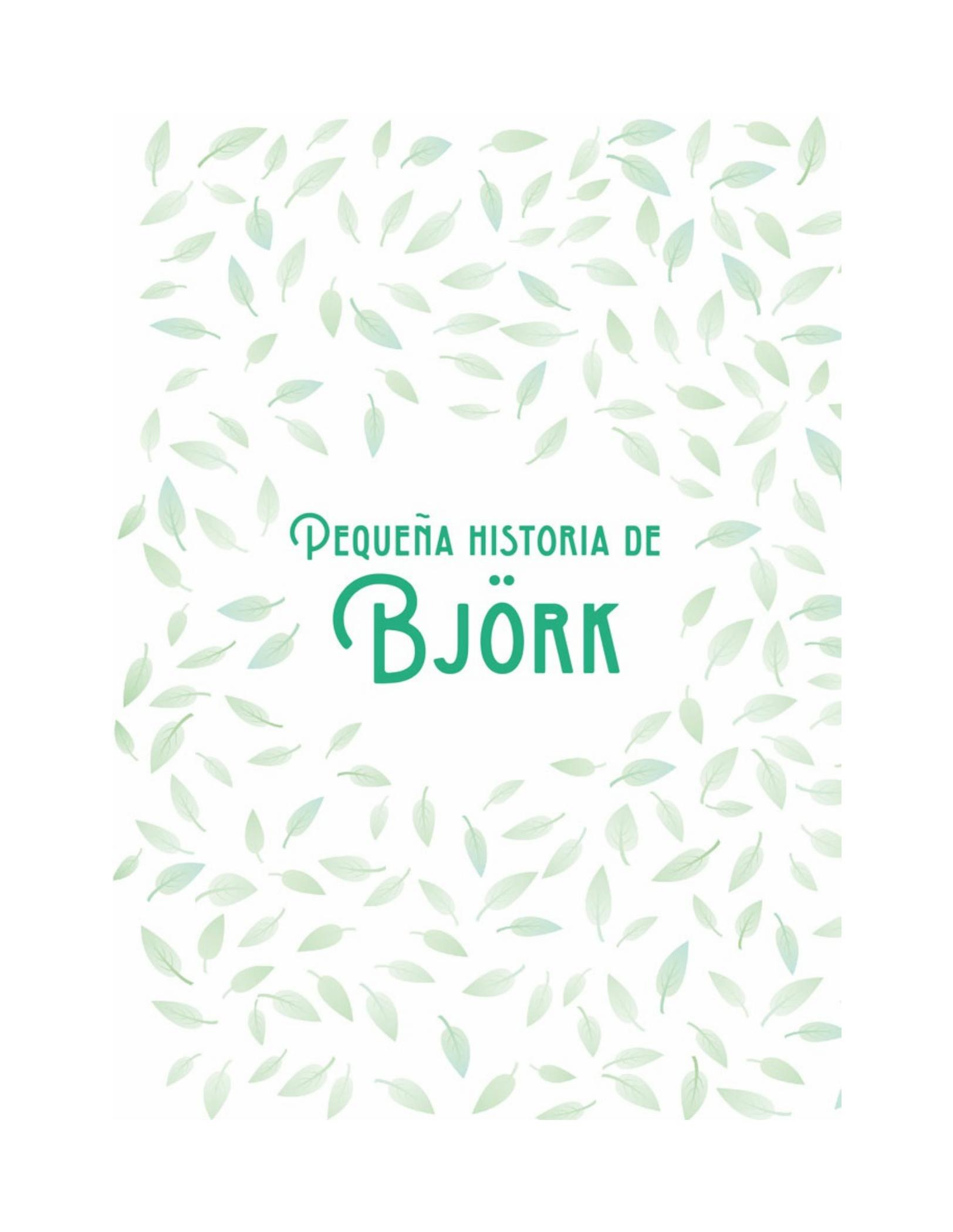
—Sería maravilloso contar esto también... —responde Lélia con una sonrisa. Sabe bien que, al final, Sebastião deberá volver a la fotografía.

—Podríamos crear una nueva narración fotográfica que muestre el encanto de la naturaleza.

**Si bien es cierto que el hombre ha destruido la mitad del planeta, es igualmente cierto que una gran parte sigue intacta**

¡y quiero immortalizarla! —concluye Sebastião, de nuevo entusiasta.

Así nace *Génesis*, treinta y dos reportajes dedicados a los espacios vírgenes, desde los grandes territorios glaciales hasta los inmensos desiertos, desde las áreas tropicales hasta las zonas áridas. Su mirada se adapta, escucha, siente la vida en las formas no humanas y la descubre magnífica y conmovedora. Del Himalaya a las Galápagos, de Nueva Guinea a Madagascar, Sebastião se sumerge en la maravilla hecha de animales, tierra y plantas, y se halla de nuevo en paz.



PEQUEÑA HISTORIA DE  
BJÖRK





## Soy un abedul

BJÖRK

Björk está inmóvil, con los ojos cerrados ante la luz deslumbrante de la primavera islandesa. Está descalza en la hierba, en equilibrio sobre la pierna izquierda y con las manos juntas por encima de la cabeza.

—¿Parezco un árbol? —le pregunta a su abuela paterna, sentada frente al caballete.

—¡Eres un árbol! —responde la abuela, sonriendo y posando el pincel. Björk en islandés significa ‘abedul’.

La niña vuelve a la posición normal y se lanza a los brazos de la abuela, abiertos de par en par.

—Me tengo que ir —dice. Y, tras ponerse sus botines rojos, sale corriendo. Quiere llegar a casa de mamá en la comuna *hippie* de Reikiavik, un sitio donde los amigos viven juntos y lo comparten todo. Björk tiene cinco años, sus padres se separaron y vive en varias casas, ahora con mamá, ahora con papá, ahora con los abuelos. Va sola por todas partes, con su collar de llaves al cuello, sin ningún miedo.

Como sucede a menudo en Islandia, de repente comienza a llover. El agua helada azota sus mejillas, pero a ella le encanta la lluvia y alarga el cuello para sentir las gotas en la piel. Antes de tomar el autobús se da otra vuelta más allá de las casas, por los prados llenos de musgo. Saltando de charco en charco, canta a todo pulmón.

—Me quedaré aquí un rato más —se dice para ella misma.

**Entre los sonidos de la naturaleza las ideas se le ponen en orden, en fila, como esas nubes alargadas.**

En la comuna, sin embargo, a menudo hay tal alboroto de palabras y música que le llegan a pitar los oídos. Se oyen a todo volumen el punk rock de Deep Purple y Jimi Hendrix junto con la

música clásica de Chaikovski.

Cuando ha recuperado totalmente la calma, toma de nuevo la calle principal, se sube al bus y se dirige a casa de mamá.

A la mañana siguiente, Björk vuelve a montarse en el autobús y se va a ver a papá, que vive con la abuela paterna, a quien le gusta pintar en sus ratos libres. Ahora, sin embargo, la abuela está preparando un postre a base de *skyr*, un queso fermentado cuyo origen parece remontarse a los antiguos vikingos. Björk la abraza con fuerza y le da un beso a papá, que está enfrascado redactando una solicitud de trabajo. Después de dejar los botines en un rincón, la pequeña se sienta al piano. En pocos minutos, sus dedos se deslizan seguros por las teclas blancas y negras y Björk entona una canción tradicional.

—Es increíble —le dice la abuela a su hijo—. La oímos ayer por primera vez en la radio y Björk ya la toca perfectamente. La niña tiene un don para la música.

—¡Pero si empezó a cantar antes que a hablar! —exclama su padre—. ¿Qué te parecería entrar en el conservatorio el año próximo? —continúa, dirigiéndose a su hija.

A Björk le parece de maravilla:

—¡Gracias, papá! Así podré actuar siempre, no solo en el autobús o en casa cuando viene gente...

Así, a la edad de seis años, Björk inicia sus estudios de piano clásico y flauta en Reikiavik. Después de las clases elige dónde pasar la tarde. ¡Total, siempre lleva las llaves al cuello! Ella y la abuela dan largas caminatas en silencio, y cuando a su alrededor todo es prado y rocas, mientras el sol entra y sale de las nubes, se sienta a inventar canciones. En otras ocasiones se pasea por el campo con mamá, que le enseña a hacer volar las cometas que han construido juntas.

—Somos libres como el viento, Björk —le dice su madre un día. Y la niña asiente. «Yo también puedo ir a cualquier parte, como el aire», piensa, siguiendo con los ojos las evoluciones de su rombo rojo de papel.

Con el paso del tiempo, el talento musical de Björk va creciendo y afinándose. A los diez años interpreta una canción pop muy famosa durante un espectáculo escolar. Las maestras están tan impresionadas por la calidad y originalidad de su interpretación que llevan una grabación de la misma a la radio islandesa. Esa actuación se convierte en un éxito y es muy solicitada por el público, y al cabo de poco Björk firma un primer contrato discográfico con Fálkinn Records.

—¿Qué efecto te produce el sentirte en la radio? —pregunta su madre.

—**¡Es extraño! La radio es un poco como el viento: lleva mi voz a todas partes**

—responde la chiquilla, entornando esos ojos verdes en forma de almendra que en la escuela le han valido el apodo de «la china».

—Creo que llegarás lejos, Björk —le asegura mamá, poniéndose seria.

—¡Un islandés no puede alejarse de su isla! ¡Somos un pequeño punto en medio del Atlántico! —bromea Björk. Luego sale corriendo y se va al campo. No piensa en volver a casa ni cuando empieza a nevar. Con los ojos bien abiertos, observa los copos moviéndose a su alrededor, mientras que el ruido del silencio lo envuelve todo.

A los trece años, Björk se afeita las cejas y se vuelve punk, abrazando una moda y una música rebelde y provocativa, como la que oía en la comuna. Canta en diferentes bandas y en 1981 se une a los Exodus, con quienes obtiene un contrato discográfico gracias al cual gana un dinero que es todo suyo. Lo utiliza para comprarse una tienda de campaña y una mañana sale a hacer autostop, sin un destino determinado. A cien kilómetros de Reikiavik, llega a un géiser, un chorro de agua que sale resoplando a intervalos irregulares de un agujero circular en el suelo, ruidoso y potente. Björk queda como hipnotizada y empieza a cantar al ritmo del agua, como si estuviera dialogando con las entrañas de la Tierra.

**—El paisaje estaba tan lleno de sacralidad que me dio una fuerza que nunca antes había sentido. Una libertad perfecta. Estaba dentro de la tierra, entre los chorros de agua hirviendo y el aire helado. Es como una composición trágica y pacífica al mismo tiempo**

—le explica a su padre al regreso de su viaje. Y por primera vez entiende con claridad que, para ella, la música es algo indisolublemente entrelazado con las fuerzas naturales de su tierra.

Björk se casa muy joven con el músico Thór Eldon, con quien funda The Sugarcubes. El álbum *Life's Too Good* les deja entrever lo que es la popularidad. Mientras que Björk y Thór pronto se separan, el grupo permanece unido hasta 1992. Sin embargo, el éxito mundial de Björk llega un año después, con el lanzamiento de *Debut*, su primer álbum en solitario, que recibe reconocimientos internacionales como el MTV Music Award.

A los treinta y un años Björk es toda una estrella y vive en Londres, donde prueba con nuevos sonidos y colabora con los artistas más brillantes del momento. Por desgracia, también experimenta que la vida de las celebridades puede tener aspectos negativos. La policía intercepta un paquete con ácido que iba destinado a ella. Lo ha mandado un desequilibrado con la intención de lastimarla. Björk queda profundamente afectada. Se aleja de todo y vuelve a Islandia.

—Dispongo de una casa arriba en la montaña donde nadie me encontrará —le dice a su madre —.

## Necesito estar sola, en un lugar donde solo se oiga el crepitar del hielo y la voz de la lava incandescente de los volcanes.

De vuelta a su tierra natal, Björk camina durante horas. Canta al aire libre, su voz contra los elementos, como lo hacía de niña, y poco a poco va sintiéndose fuerte de nuevo. La naturaleza salvaje la reconforta y la inspira. Un día, rodeada por el ruido del hielo al resquebrajarse y la lava solidificada que cruje bajo sus pies, piensa: «Es un sonido muy *techno*, tengo que hacer una canción con ello». Cuando regresa a casa, inmediatamente comienza a grabar. Nace *Homogenic*, un disco con disonancias, violines y sonidos electrónicos. El éxito es inmenso. Con la música, vuelve también el deseo de actuar: protagoniza la película *Bailar en la oscuridad* y gana la Palma de Oro como mejor actriz en el Festival de Cannes.

—Nuestro gobierno está atravesando una crisis económica muy grave. Para intentar salir de ella, concede el permiso para construir unas enormes plantas de fundición de aluminio a grandes empresas internacionales, algo que pone en peligro el ecosistema islandés —le dice un día su papá por teléfono, ya que sabe lo mucho que Björk ama a su isla.

Björk se queda un momento en silencio, sin aliento. Piensa en los días felices de su infancia y en cómo se sintió reconfortada en plena naturaleza tras el atentado fallido.

## —Siempre he creído que la música no debería ocuparse de la política, pero Islandia es una isla de poco más de trescientos mil habitantes. Debo hacer algo por mi tierra

—responde a su padre. Decide exponerse públicamente y participa en el festival Hætta, organizado en Reikiavik para protestar contra la construcción de la tercera planta de la estadounidense Alcoa, que haría de Islandia la mayor fundición de toda Europa.

La protesta toma protagonismo en su música con el nuevo álbum *Volta*, realizado en torno al tema de la naturaleza salvaje. Con la frase «*the beast is back*», que forma parte de la canción «Vertebræ by Vertebræ», anuncia que la bestia, es decir la naturaleza, está de vuelta para recuperar el control del planeta y recordar a los hombres que son solo huéspedes temporales. La canción «Earth Intruders» describe también a los seres humanos como invasores violentos propensos a explotar la tierra y moldearla a su gusto. El mensaje es claro.

Sin embargo, Björk todavía confía en que el hombre pueda cambiar y durante todo un año anima a los islandeses a recuperar su propio futuro. Crea la Fundación Náttúra para promover las actividades económicas alternativas que no dañen el medio ambiente. Se dedica completamente al nuevo proyecto: visita las áreas rurales y conoce a muchísimas personas.

—En un pequeño pueblo de quinientos habitantes, de los cuales veinte están en paro, bastaría con dos o tres pequeñas empresas para dar trabajo a todos. No debéis pensar que es mejor trabajar en la fundición solo porque una gran industria pueda contrataros a todos a la vez... En vez de eso, podríais cultivar la tierra y vender las verduras, o crear empresas de servicios o de venta por Internet —les dice con convicción.

También recapta fondos para financiar las nuevas actividades sostenibles. Además, organiza encuentros con empresarios que respetan el medio ambiente para proporcionar ejemplos positivos y modelos en los que inspirarse. Estas reuniones son todo un éxito y en poco tiempo en Islandia nacen un montón de *start-ups* que emplean a más de dos mil personas en los trabajos más inesperados.

Björk resume cuál es el sentido de todos sus esfuerzos en un artículo que escribe para el periódico británico *The Times*. Habla de la crisis económica por la que atraviesa Islandia e indica que el único modo de superarla es el uso sostenible de los recursos naturales.

Mientras tanto, el gobierno, como quien oye llover, continúa la privatización de los recursos naturales, esta vez otorgando a la canadiense Magma Energy el control casi total de las fuentes de energía geotermal islandesas durante ciento treinta años.

En respuesta, Björk lanza un llamamiento específico desde las páginas de un importante periódico nacional: «Primer ministro, debe hacer todo lo que esté a su alcance para revocar los contratos que ha firmado con Magma Energy». Luego inicia una petición parlamentaria y organiza una maratón de karaoke de tres días para recopilar las firmas necesarias para llevar a cabo un referéndum que bloquee esta cesión. Cuarenta y siete mil personas se adhieren y Björk entrega al primer ministro un lápiz de memoria con los nombres de quienes han firmado a favor de la campaña. ¡No gasta ni una sola hoja de papel! Aunque el jefe del gobierno está encantado de recibirla, la situación sigue sin cambiar.

Björk se sumerge de nuevo en la naturaleza, alejándose por un tiempo de la vida pública. Después de tantas batallas necesita inspiración. Caminando un día al amanecer por la silenciosa campiña islandesa, se da cuenta de que,

**desde su infancia, la poderosa energía de la tierra siempre la ha sorprendido, dándole paz y fuerza al mismo tiempo. «Precisamente este asombro es lo que me lleva a amarla y respetarla. Si las personas sintieran la misma emoción lo entenderían»,**

piensa Björk. Así nace *Biophilia*, que significa ‘amor por la vida’, un proyecto innovador que incluye un disco, un documental y unas aplicaciones informáticas. Los sonidos del álbum

combinan música, naturaleza y tecnología; las aplicaciones por un lado llevan a una exploración multimedia del universo y sus fuerzas físicas, y por el otro contienen unos juegos educativos que instruyen sobre la sostenibilidad y la armonía entre el hombre y las demás especies vivientes.

Mientras tanto, los recursos naturales de Islandia siguen siendo apetecibles para muchos. En 2015, el ministro británico David Cameron visita la isla. Quiere dar inicio a un proyecto para construir el cable eléctrico submarino más largo del mundo, de más de mil quinientos kilómetros, con el objetivo de llevar hasta el Reino Unido parte de la electricidad generada por las fuentes de energía geotermal de Islandia. El proyecto, sin embargo, necesita un aumento en la producción de electricidad que requeriría la construcción de nuevas centrales eléctricas y de un buen número de presas hidráulicas en el área de las Hálendið, las tierras altas islandesas. Las Hálendið son un verdadero tesoro natural, el hogar de animales únicos como el ánsar piquicorto y el gran salmón atlántico. Este precioso entorno, rico en volcanes, glaciares, ríos, cascadas, géiseres y campos de lava, en pocos años quedaría devastado en una intervención tan masiva como la planeada. Björk vuelve a estar lista para defender su isla.

**—Islandia tiene el mayor patrimonio natural intacto de Europa y el plan del gobierno conllevaría su destrucción. Este ataque al medio ambiente no nos afecta solo a nosotros los islandeses, sino a todos los habitantes del planeta**

—explica, afligida, a los periodistas—. Es prioritario que las Hálendið sean declaradas parque nacional. ¡Necesitamos el apoyo de todos contra nuestro gobierno! —añade extendiendo el llamamiento a todo el mundo.

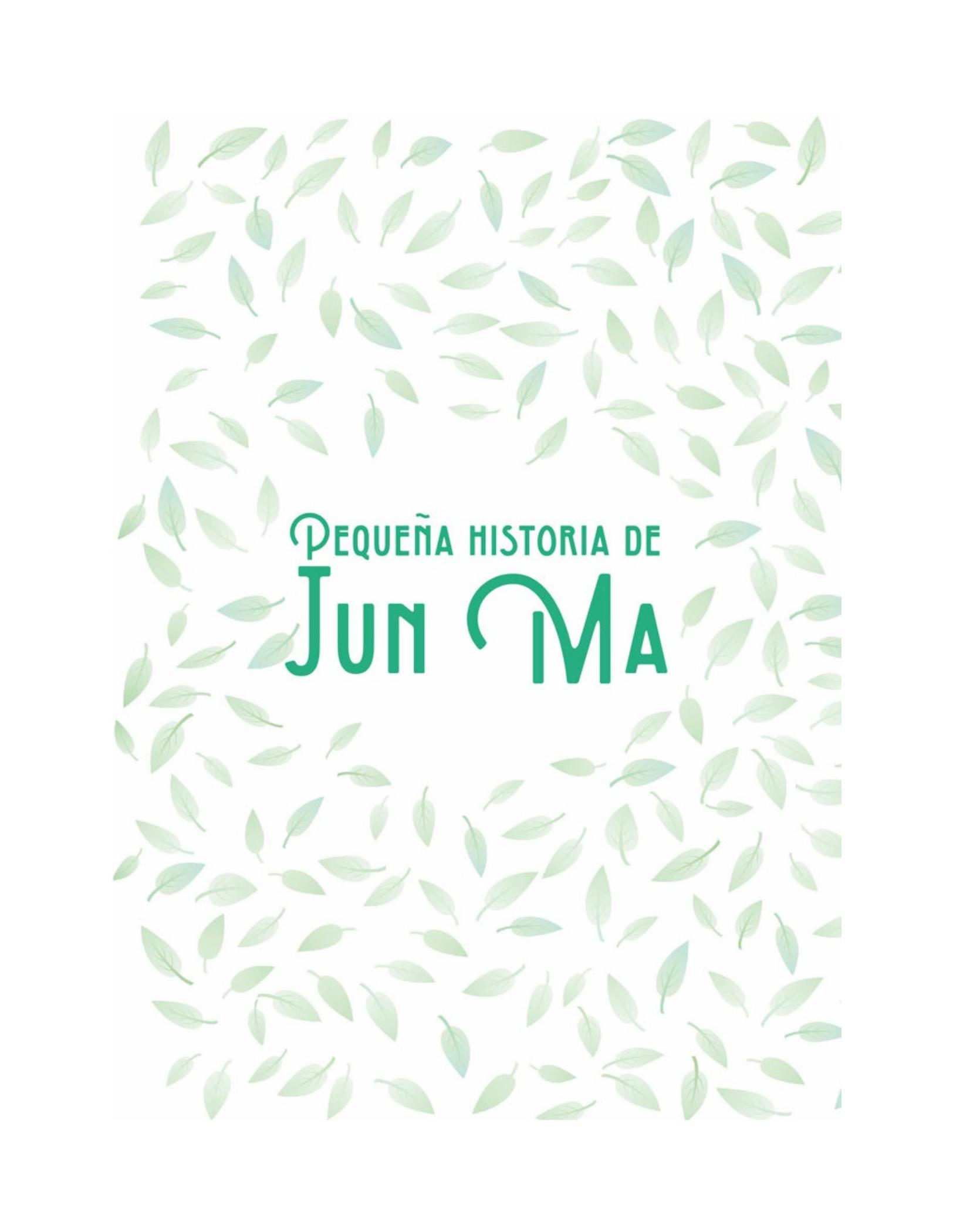
La realización del IceLink, el cable eléctrico submarino, aún no es segura, pero podría hacerse realidad en los próximos años, en cuanto se definan los acuerdos entre el Reino Unido e Islandia. Mientras, la iniciativa lanzada por Björk sigue su curso. El proyecto del Parque Nacional de las Hálendið, de hecho, ya ha obtenido la adhesión y las donaciones de particulares y de numerosas organizaciones naturalistas.

**—La naturaleza no tiene abogados**

—insiste Björk a cada ocasión que se le presenta—,

**y debemos defenderla porque somos parte de ella.**

«Y yo lo sé bien, como buen abedul que soy», se dice a sí misma con aire socarrón.



PEQUEÑA HISTORIA DE  
JUN MA





## Por un chapuzón en el río Amarillo

JUN MA

El pequeño Jun mira fijamente la caña de pescar. Continúa inmóvil. Esa tarde los peces no quieren picar. La noche anterior fue a cazar insectos alrededor de las luces de la calle cerca de su casa y ahora tiene una cajita redonda llena de hormigas voladoras, mariposas y arañas para usar como cebo. Intenta rehacer el montaje colocando un nuevo insecto en el anzuelo y vuelve a lanzar el sedal en el canal. Espera pacientemente. El aire en Pekín es caluroso y húmedo. Solo se oye el croar de las ranas a su alrededor. Sus dos amigos, unos metros más abajo, aguantan sus cañas como él.

—¿Y si nos damos un baño? —pregunta uno de ellos.

En un instante, las cañas vuelan por los aires y los muchachos se echan de golpe al agua. Nadan con agilidad evitando los juncos y en pocas brazadas remontan la corriente. Cuando ya están cansados, regresan a la orilla y reanudan la pesca. Entonces, Jun saca de la bolsa su libro favorito y se pone a leer.

—¿Otra vez? —le pregunta uno de sus amigos.

—Los poemas necesitan tiempo, como los peces —responde Jun sin levantar la vista de la página.

Su amigo lo mira sin demasiada convicción. A él no le gusta leer y, si no lo obligan en la escuela, se guarda de tocar siquiera un libro.

—¿De qué trata? —pregunta el otro amigo con curiosidad.

—Del río Amarillo, que fluye hacia el mar —responde Jun mientras se le ilumina el rostro.

—Es un río poderoso... Dicen que, cuando llueve mucho, se convierte en un animal desbocado —comenta su amigo.

—Es uno de los ríos más largos del mundo, y el segundo de China —explica Jun, que a sus ocho años tiene una verdadera obsesión por las grandes vías fluviales—. Corre por las tierras al sur de Pekín y, cuando sea mayor, iré a verlo. Mis padres están de acuerdo.

Al atardecer, los chicos recogen las cañas y las cajas de cebo y se van para casa, sin haber pescado un pez. Esa noche, Jun sueña con darse un chapuzón en las aguas cristalinas del río Amarillo, y con pescar decenas de carpas.

—Papá, ¿es cierto que un afluente del río Azul crea unas cascadas de casi cien metros de alto que ocultan una enorme cueva? —pregunta Jun durante el desayuno en cuanto su padre entra en la cocina.

—¡Jun, dame al menos los buenos días primero! —responde el hombre dándole una palmada en la mejilla—. Y sí, es cierto —añade con ternura.

El papá de Jun es ingeniero y cada vez que está en casa responde con prontitud a las innumerables preguntas de su hijo sobre la geografía de la inmensa China. Si no sabe algo, coge un mapa y lo despliega sobre la mesa. Luego, juntos, buscan montañas, ríos y ciudades. La mamá, en cambio, trabaja de contable y enseña a Jun a moverse con agilidad en el mundo de los números.

—Cuenta bien el cambio antes de salir de la tienda —le recuerda cuando lo manda a hacer un encargo—. Y sé juicioso.

La verdad es que Jun ya nació juicioso. Estudia con pasión y lee sin parar. «Tú serás profesor o periodista», repiten siempre sus amigos. Y, en efecto, a los veinticuatro años Jun se gradúa en Relaciones Internacionales en Pekín, especializándose en Periodismo. Inmediatamente después, empieza a trabajar en el *South China Morning Post* como periodista de investigación experto en temas ambientales.

**Gracias a su trabajo, Jun visita todo el país. Y, cada vez más a menudo, descubre que lo que antaño fueron paraísos terrenales de naturaleza virgen son ahora lugares degradados.**

—Las actividades agrícolas e industriales no reciben sanciones por el daño ecológico que provocan a ríos y lagos, ni se ven incentivadas a desarrollar tecnologías para el reciclaje del agua... y, al mismo tiempo, hoy, más de trescientos millones de personas no tienen acceso a los recursos hídricos —dice Jun preocupado a su padre, poniéndolo al día sobre sus investigaciones.

Jun puede palpar que la contaminación del agua es el problema ambiental más grave en esos momentos en China, porque provoca daños enormes en la salud de las personas. Con el crecimiento económico de los últimos treinta años, los residuos contaminantes vertidos por industrias y hogares han aumentado de forma desproporcionada, y se ha intensificado el uso de fertilizantes químicos en la agricultura. El sesenta por ciento de los ríos y lagos chinos está cubierto de un manto de algas y sus aguas no son potables; además, el noventa por ciento de los acuíferos de las ciudades están contaminados.

A los treinta y un años Jun recopila sus impactantes descubrimientos en un libro, *Zhongguo shui weiji* (La crisis del agua en China). En esta obra, describe los problemas de contaminación y escasez de agua que amenazan las comunidades, la economía y el medio ambiente en las cuencas de los siete ríos principales de China y propone soluciones para un futuro más sostenible. Jun se centra en el río Amarillo, que en esos momentos tiene un caudal insuficiente en el norte de China; en la deforestación y la excesiva presencia de represas a lo largo del río Azul, y en las severas sequías que afectan a las ciudades del sureste.

—En tu libro he leído que las actividades humanas están causando una reducción dramática en la aportación de agua incluso en nuestros dos ríos principales, el río Amarillo y el río Azul —le dice una noche su padre durante la cena, frente a un plato humeante de arroz blanco y repollo estofado.

—¡El río Amarillo corre peligro de desaparecer! ¡Y el Azul alterna períodos de sequía con violentas inundaciones! —responde Jun agitando los palillos en el aire, como para imitar la furia de la corriente.

»Las próximas décadas serán cruciales para abordar la falta de recursos hídricos sin contaminar. Es importante que los chinos conozcan todos los aspectos del problema.

### »La información ayuda a comprender que todos podemos contribuir a la solución

—prosigue Jun pasando el bol de cerdo agridulce a su madre.

Jun está en lo cierto, y todavía no se imagina cuánta razón lleva. Sus páginas sacuden a la opinión pública, que desde hace meses no habla de otra cosa, y recorren el mundo. El semanario estadounidense *Time* escribe: «El libro del periodista Ma Jun es la primera gran llamada a las armas en China para la defensa del medio ambiente».

Nombrado director de la sede de Pekín del *South China Morning Post*, observa la ciudad llena de vida y en continua expansión desde la ventana de su nueva oficina.

—Antes pasaba un coche cada diez minutos, ahora hay un tráfico ininterrumpido.

### Ya no hay insectos para pescar y la belleza del río ha desaparecido.

¡No me zambulliría en él por nada en el mundo! —le dice a su amigo y asistente Bo mientras salen a investigar un nuevo caso.

—Pescar aquí sería un suicidio. Los peces absorben las sustancias tóxicas del río... —confirma Bo al abrir la puerta del coche.

Pasan unos días en una pequeña ciudad del sur, donde investigan un caso de contaminación industrial. Notan que la vegetación en los campos se ve marchita y deciden ir a echar un vistazo. Aparcan en un camino de tierra y caminan hacia una vieja casa, donde un campesino sentado a la puerta está tosiendo ostentosamente. Mientras Bo va tomando fotos, Jun charla con el hombre.

—No sé qué habrá pasado, pero a partir de cierto momento empezamos a sentirnos mal. Náuseas, mareos... —dice el campesino—. La hierba a lo largo del río de repente se volvió amarilla y se secó. Vimos peces muertos flotando y nos dimos cuenta de que algo grave estaba sucediendo.

Jun le dice que lo lleve al río. Observa, huele el agua y recoge una muestra en un tubo de ensayo. Luego mira hacia arriba y ve en la distancia dos edificios sospechosos, arriba en el río.

—¿Desde cuándo habéis notado el cambio en el agua? —le pregunta Jun empezando a hacerse una idea de lo sucedido.

—Hace unos meses. No sabemos qué hacer. Vivimos de la tierra. ¿Usted nos puede ayudar?

Jun baja los ojos un momento, luego levanta el rostro y dice:

—Investigaremos a fondo. Quien haya causado todo esto no puede quedar impune...

Mientras regresa al coche, Jun está triste y enojado. No es la primera vez que la gente le pide ayuda. En la redacción también recibe un montón de cartas que lo hacen sentir impotente.

«No tengo ni dinero ni poder para vencer el desafío ambiental yo solo —piensa—.

## Lo único que puedo hacer es luchar para que la gente sepa qué sucede. Es preciso que haya más claridad.»

En 2004, Jun es seleccionado por el proyecto estadounidense World Fellows Program por su compromiso con la investigación ambiental. Cada año, dieciséis personas de diferentes ámbitos, procedentes de todo el mundo, son invitadas a Yale para colaborar para que «el mundo pase a ser un lugar mejor». Durante cuatro meses, los investigadores comparten datos y experiencias. Jun está radiante. En Estados Unidos, completa un estudio que compara las políticas ambientales estadounidenses con las chinas, y analiza de qué modo se gestionan los recursos ambientales en ambos países. Es un período iluminador.

A su regreso a China, Jun describe las conclusiones a las que ha llegado durante el período de investigación en una serie de artículos. En sus escritos enumera las propuestas y las posibles soluciones alternativas para abordar el problema de la contaminación del agua.

—He aprendido un montón de cosas. Y tengo una idea loca —le dice una mañana a su confidente Bo.

—Soy todo oídos... —responde este, curioso, levantando los dedos del teclado.

—Quiero crear una plataforma en línea para denunciar a las empresas que contaminan. Y, para empezar, quiero tratar el envenenamiento de los manantiales de agua. Lo tengo todo en mi mente... —anuncia Jun.

En su dilatada experiencia, Jun se ha enfrentado a menudo con propietarios de fábricas contaminantes ante la indiferencia de quienes debían haber estado vigilantes.

**—Para proteger los recursos hídricos necesitamos la participación de todos, no es suficiente alentar el cumplimiento de las leyes.**

¡Los ciudadanos deben poder contribuir al seguimiento del agua y el primer paso para involucrarlos es informarlos! —concluye Jun.

Los dos colegas hablan durante horas, y cuanto más charlan más crece su entusiasmo. Empiezan a proyectar y a construir la web. En mayo de 2005 cargan los primeros datos en la plataforma. Pero se trata de una obra monumental, no les bastan las horas del día y de la noche, por lo que involucran a otros dos amigos expertos en medio ambiente e informática y a algunos estudiantes.

Así nace el IPE, el Instituto de Asuntos Públicos y Ambientales, una organización no gubernamental que tiene como objetivo mejorar el impacto ambiental de las industrias en China a través de la publicación de informaciones y mapas digitales que identifican las fuentes contaminantes. El IPE une, analiza y difunde datos ambientales proporcionados por las agencias del gobierno, las administraciones locales y las empresas para que los usuarios se hagan una idea clara del estado de salud de los territorios en los que viven. Además, proporciona listas de empresas contaminantes y no contaminantes, revelando que numerosas multinacionales radicadas en China están mucho menos atentas a los problemas ambientales en territorio chino que en sus respectivos países.

**Sabiendo la verdad, los ciudadanos pueden optar por no comprarles a las empresas más perjudiciales y favorecer aquellas que han adoptado sistemas de producción sostenibles.**

—Las empresas que trabajan como es debido nos escriben que están contentas de estar en la lista, porque las comunidades en las que operan depositan una mayor confianza en su marca — dice Jun, satisfecho, a sus colaboradores.

Jun también inventa una aplicación, Blue Map, con la que cualquiera puede denunciar casos de contaminación ambiental. La información, a través de la base de datos del IPE, llega a las autoridades, quienes actúan para detener los abusos. De este modo se crea una colaboración

eficaz entre los ciudadanos, el gobierno y todos aquellos que pretenden operar de conformidad con las leyes.

Jun recibe numerosos premios internacionales. En 2006 *Time* lo incluye en la lista de las «Cien personas más influyentes en el mundo», en 2012 recibe el Goldman Environmental Prize «por su labor de protección del medio ambiente en China» y en 2015 uno de los Skoll Awards for Social Entrepreneurship «por su enfoque innovador a la hora de revelar el problema de la contaminación en China».

El entusiasmo y las denuncias de Jun han impulsado una profunda transformación en el país. En 2016, China se adhiere al Acuerdo de París sobre el clima, comprometiéndose a actualizar los planes de intervención para contener el calentamiento global por debajo de los dos grados centígrados. El propio primer ministro, Li Keqiang, ha prometido recientemente que en China «volverían los cielos azules». Jun es optimista, pero sabe que aún queda mucho por hacer.

**—La naturaleza es el hogar de todos y solo si se moviliza la sociedad en su conjunto se podrá detener la degradación ambiental**

—dice en una de las muchas conferencias que celebra en China y en el mundo. «Nuestros hijos deben poder nadar y pescar en los ríos como solía hacer yo de niño», piensa, soñando aún en zambullirse un buen día en las aguas cristalinas del río Amarillo.



PEQUEÑA HISTORIA DE  
YVON  
CHOUINARD





## Un empresario rebelde

YVON CHOUINARD

No, por aquí no paso! —dice Yvon a su compañero de pupitre antes de escabullirse del aula y desaparecer hacia los campos que hay detrás de la escuela. A los siete años es ya todo un rebelde: desde que la familia entera se trasladó de Maine a California a lo largo de la Ruta 66, no ha hecho más que saltarse las clases y huir al campo. En la escuela pública de Burbank, donde está inscrito, Yvon es el más pequeño de la clase y todos se burlan de él porque tiene un nombre francés «de mujer».

Después de la enésima escapada a los prados, sus padres lo meten en un internado católico. También aquí Yvon está casi siempre solo, pero no se aburre porque inventa algo todos los días. Cada tarde hace más de diez kilómetros en bici para ir hasta el estanque de un campo de golf privado, donde a escondidas pesca percas y lubinas. En una de sus exploraciones, descubre el oasis de Griffith Park junto al río Los Ángeles, donde se divierte más todavía: nada, arroja piedras al agua o construye arpones y trampas para capturar ranas y quisquillas, mientras que con un arco y flechas caza conejos salvajes.

Al igual que su padre, carpintero y fontanero de profesión, Yvon es capaz de fabricarse él solo todo lo que necesita, combinando lo que encuentra en la naturaleza con los restos del taller de papá. Su madre no lo riñe por sus continuas escapadas, porque está convencida de que la naturaleza es una excelente maestra a la hora de aprender a arreglárselas; así,

**mientras que a los chicos de su edad ni siquiera se les permite cruzar la calle solos, Yvon corretea a lo largo y a lo ancho por la *wilderness* americana, la naturaleza salvaje.**

En la escuela secundaria, Yvon sigue siendo un solitario: tímido y arisco en las celebraciones

de sus compañeros, a las que, de todos modos, casi nadie lo invita. Ni siquiera el estudio le resulta reconfortante: se aburre en todas las clases, excepto en las de asignaturas prácticas. Mientras los docentes explican la lección, él piensa en lo que hará después de clase o se entrena en contener la respiración para poder soportar más minutos bajo el agua durante las inmersiones en busca de langostas.

Una mañana, cansado de verlo mirando hacia la ventana, el profesor de Matemáticas castiga a Yvon al fondo de la clase y lo obliga a escribir quinientas veces «No debo distraerme durante la lección». Estimulado por el desafío, Yvon coge lápices y gomas elásticas y construye un instrumento de tres puntas que le permite escribir tres líneas a la vez.

En primavera, junto con otros estudiantes poco interesados en las clases, y con la ayuda de un profesor anticonformista, Yvon organiza un grupo de cetrería.

—Cuando encontremos los nidos, empezaremos a adiestrar a los jóvenes halcones de caza — dice el profesor. A los quince años, Yvon pasa noches enteras en vela junto al halcón al que tiene que adiestrar, animándolo a acercarse. Le habla con voz reposada y lo recompensa con pequeños bocados, hasta que el animal confía en él por completo y se duerme sobre su puño cerrado. Ser aceptado por un ave tan altiva llena a Yvon de orgullo.

Mientras desciende de las rocas para alcanzar otro nido, ve a unos escaladores que trepan en sentido contrario. Electrizado, decide aprender a escalar. Entrena y entrena hasta sentirse seguro. Ese mismo fin de semana, se cuelga en un tren de carga que se dirige al valle de San Fernando. Cuando llega a su destino, salta del tren en marcha y se va a escalar la arenisca de Stoney Point. No tiene dinero para comprar equipo de escalada y utiliza una cuerda de cáñamo robada de una central telefónica, atándosela al hombro y alrededor de las caderas.

A los dieciséis años, con un viejo Ford reparado durante las clases de mecánica, se aventura con sus amigos por Wyoming, e incluso más allá hasta las Rocosas. Escala por pendientes cada vez más verticales, sin despreciar de vez en cuando la pesca con mosca en los lagos abajo en el valle.

Después de terminar la secundaria, Yvon va dos años a la universidad, pagando sus estudios con un trabajo a tiempo parcial como investigador privado. En verano, con el poco dinero que ha logrado recaudar, explora toda la costa mexicana hasta Mazatlán.

Al año siguiente, como hiciera durante sus aventuras de infancia, Yvon se fabrica su propio equipo de escalada. Ahora es todo un experto en pendientes y en imprevistos que cabe afrontar cuando se está suspendido en el vacío. Sabe que el instrumental debe ser ligero y resistente. El equipo de escalada es demasiado caro para su bolsillo y, además, incluye clavos que se usan solo una vez y permanecen anclados en la roca.

## Yvon ama la montaña y no quiere dejar nada en sus laderas que no le pertenezca.

Así pues, decide crear clavos que puedan extraerse y reutilizarse varias veces. Compra todo lo necesario en una chatarrería: un yunque de más de cincuenta kilos, un juego de martillos y tenazas y una fragua de segunda mano. Y sale victorioso del intento. Los clavos artesanales de Yvon no tardan en suscitar el interés de amigos y conocidos, que los compran en grandes cantidades.

La demanda de clavos crece de tal forma que, junto con su padre, Yvon readapta el viejo gallinero de la casa de Burbank y establece allí su primer taller. Sin embargo, solo tiene dieciocho años y no quiere renunciar a su libertad. Así que crea un taller ambulante y se traslada de playa en playa a lo largo de la costa californiana, desde Big Sur hasta San Diego. Cada vez que llega a su nuevo destino, primero hace un poco de surf, después coloca en la orilla yunque, martillo y cincel y fabrica sus clavos superresistentes.

Al año siguiente cambia de táctica. En invierno, en Burbank, prepara clavos y mosquetones, luego, entre abril y julio, escala montañas como las de Yosemite y los picos más altos de Canadá, y se gana la vida vendiendo el equipo de escalada que lleva en el coche, que también le sirve como vivienda.

## Resistente y libre como los animales con los que comparte los espacios salvajes, Yvon se siente totalmente aparte de la sociedad de esos años,

que continúa su crecimiento económico desenfrenado, produciendo objetos sin parar, impulsando el consumo y la riqueza a toda costa. No le interesa el dinero ni el éxito.

En 1962 se ve obligado a partir para el servicio militar y termina en Corea. Tras licenciarse, Yvon retoma la escalada, probando suerte con los picos más difíciles del mundo y experimentando las nuevas versiones de su equipo. Así nace Chouinard Equipment, su primera empresa. Sus colaboradores fijos son los compañeros de escalada. En 1966, para estar más cerca de las zonas de surf, Yvon se establece en un antiguo matadero abandonado en Ventura e inicia su vida como empresario, permaneciendo rebelde como siempre. El día del traslado, una vez instalada la maquinaria y vaciadas las cajas, los convoca a todos.

—Para mí, Chouinard Equipment es una familia, un grupo de amigos, quiero que seáis felices aquí —dice—. Esto me interesa mucho más que el beneficio económico. A todos nos encanta escalar y surfear, por lo que nuestros horarios serán flexibles para poder ir a la playa y a las montañas. ¡Así pues, a trabajar! —Su gestión imaginativa se demuestra acertada, porque todos los

empleados están motivados y relajados y, además, producen equipos innovadores que pueden experimentar en sus deportes favoritos.

En 1968 Yvon conoce a Malinda, una experta escaladora, con quien se casa en 1970. El mismo año, cuando Malinda se une también a la empresa, Chouinard Equipment se convierte en el principal proveedor de equipos de escalada de Estados Unidos.

Una tarde, escalando, Yvon ve seis grandes agujeros en una veta, uno encima del otro, como si fueran heridas en la roca. Inmediatamente se da cuenta de que son el rastro que dejan sus clavos reutilizables y de repente se avergüenza de haberlos fabricado. Estudia soluciones alternativas y pronto desarrolla unos clavos de aluminio llamados fisureros, que encajan en las rocas sin necesidad de usar el martillo aprovechando las grietas naturales existentes.

**«Subir limpiamente significa escalar sin modificar la roca —escribe en el catálogo de Chouinard Equipment—. Hacerlo de forma pura nos acerca a la naturaleza, de la que somos parte integrante.»**

Y los fisureros que no hieren la montaña se venden como rosquillas.

A principios de los setenta, Yvon empieza a producir prendas deportivas y mochilas, lanzándose a una nueva aventura en busca de tejidos técnicos ligeros pero resistentes. El éxito de ventas es tal que debe abrir una segunda empresa.

—¡La llamaré Patagonia, un nombre exótico con sabor de viajes y misterio, fácil de pronunciar en todos los idiomas! —anuncia Yvon a Malinda, que da su aprobación con una sonrisa.

Una noche, un amigo invita a Yvon a una reunión del consejo municipal para discutir el plan de ordenación del río Ventura. Lo que antes fuera el hábitat ideal para la trucha arcoíris, se ha visto ahora reducido a un río moribundo, ya que la construcción de dos diques ha ido bloqueando la aportación de agua. Los técnicos pagados por la administración sostienen que la vida animal ha desaparecido del río y que, por lo tanto, la desembocadura puede desviarse.

—¡Nuestro río no está muerto en absoluto! —los interrumpe acaloradamente Mark Capelli, un joven biólogo, mostrando fotografías de animales en el agua y las orillas—. Todavía hay ratones, aves, serpientes, anguilas e, incluso, truchas arcoíris que ponen allí sus huevos. ¡Sin agua, sí que morirán todos! —Tras estas palabras, los ciudadanos rechazan el proyecto y el río queda a salvo.

Yvon está muy impresionado por la osadía del biólogo. Decide poner a su disposición una oficina y financiar su asociación, que defiende y limpia el río. Al poco tiempo, las truchas aumentan y la vida animal se multiplica asimismo en las orillas del Ventura.

—Mark nos ha enseñado dos cosas —dice Yvon a sus colaboradores—: que pequeños grupos de ciudadanos pueden marcar la diferencia y que incluso los hábitats más degradados, si nos

esforzamos lo suficiente, pueden ser saneados.

Inspirado por el valor y los resultados de Mark, Yvon comienza a hacer donaciones a pequeñas asociaciones que luchan por las causas ambientales, aportando una parte fija de lo que ganan sus empresas. Posteriormente, en 1988, Patagonia participa en una campaña ecológica nacional contra la urbanización desmesurada del valle de Yosemite. Tras esta vendrán muchas otras en todo el mundo, a favor de la defensa del planeta.

Yvon y Malinda, mientras, intentan contener el crecimiento de su negocio, preocupados de que el tamaño excesivo les impida velar por la calidad de la producción y el bienestar de los empleados. Así, deciden no vender sus productos en grandes almacenes y no cotizar en bolsa las acciones de su compañía. Tras este planteamiento, a finales de los ochenta venden Chouinard Equipment y se dedican solo a la gestión de Patagonia, que va viento en popa gracias a los productos innovadores realizados con forro polar, un tejido ecológico derivado de los envases de plástico reciclados.

Al regresar de uno de sus viajes por el medio natural, donde ha podido ver con sus propios ojos los efectos de la industrialización, con sus bosques talados y sus ríos contaminados, Yvon está intranquilo.

Confiesa a Malinda, preocupado:

**—El exceso de consumo y de productos de la sociedad moderna está ahogando lentamente a la naturaleza. ¿Estamos seguros de que queremos seguir siendo empresarios? También nuestro negocio produce residuos y malbarata recursos...**

—Debemos tratar de hacer el menor daño posible —responde ella, compartiendo sus preocupaciones.

Por ello, Yvon investiga el impacto ambiental de las cuatro fibras que utilizan para producir sus artículos más vendidos. El resultado es impactante: la que más contamina es el algodón. Para su cultivo, en efecto, se emplean pesticidas e insecticidas que envenenan la tierra y el agua, e incluso son tóxicos para los trabajadores.

**—¿Cómo podemos seguir fabricando productos con una fibra tan contaminante? Más que nada porque para hacer una camiseta se necesitan unos tres mil litros de agua. ¡Es una majadería insostenible!**

—dice a sus colaboradores, estudiando posibles alternativas ecológicas. En 1994 decide que en un máximo de dos años Patagonia solo producirá prendas hechas con algodón orgánico, cultivado sin pesticidas ni herbicidas, y reducirá al máximo el consumo de agua. Hace con los tejidos lo que intentó hacer con los fisureros de aluminio en la época de Chouinard Equipment.

Cuestionándose sin descanso el origen de los tejidos y su impacto sobre el medio ambiente y la vida de los trabajadores, Patagonia introduce asimismo el cáñamo, el poliéster reciclado y los colorantes libres de sustancias tóxicas. Yvon está orgulloso porque ahora toda la línea de ropa de la compañía está realizada con tejidos reciclables.

—El reciclaje es fundamental —dice Yvon a sus empleados— porque actualmente el hombre vive por encima de sus posibilidades.

**Yvon ha optado por ser un empresario rebelde, un hombre de negocios que en vez del lucro defiende a toda costa la naturaleza y la felicidad de sus empleados.**

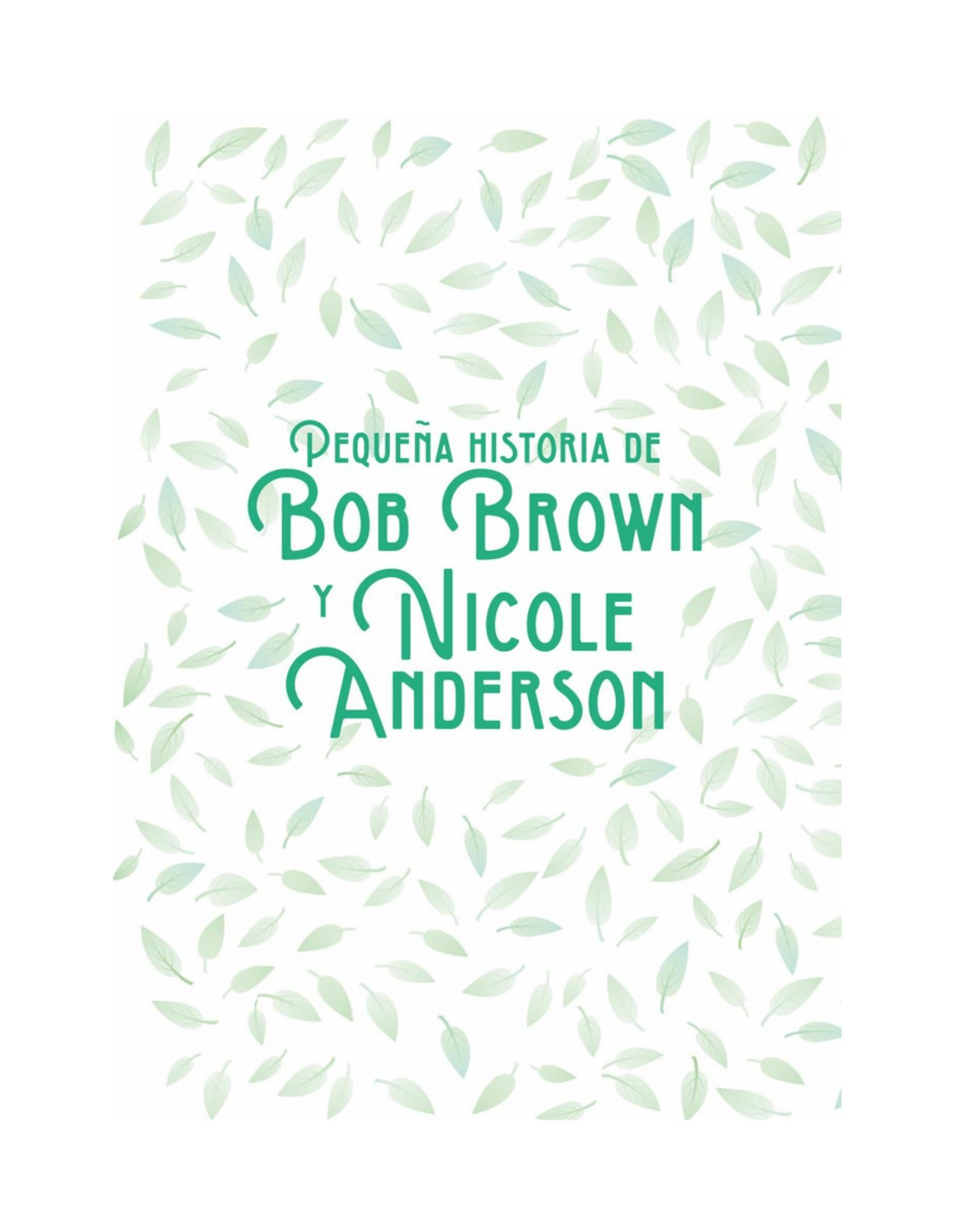
Aún hoy, sigue comprometido a que sus actividades sean cada vez más sostenibles, reciclando el papel, instalando paneles solares en el techo de sus empresas y almacenes, organizando exposiciones y campañas de información sobre el medio ambiente.

—La ropa y los objetos en general deben tener tantas vidas como sea posible —repite en los cursos de formación.

Así, Patagonia anima a los clientes a que se arreglen ellos mismos sus prendas, a que las lleven a sus tiendas para que las reparen o a que devuelvan las que ya no usan, para poder reciclarlas. Incluso llega a invitar a los clientes a no comprar sus productos si realmente no los necesitan.

—Debemos imaginar una economía que satisfaga a siete mil millones de personas sin destruir la Tierra y dejar de sentirnos obligados a consumir y a comprar. Necesitamos moderación, calidad y simplicidad. Una vida simple nos ofrece todo lo que realmente importa —dice.

Estaba seguro de ello cuando era niño, cuando pescaba en los lagos con un palo y un sedal, y lo está más ahora que lidera una de las compañías más grandes del mundo.



PEQUEÑA HISTORIA DE  
**BOB BROWN**  
Y **NICOLE**  
**ANDERSON**





# También hay un lugar para los soñadores y los ualabíes

BOB BROWN Y NICOLE ANDERSON

Bob pone con delicadeza la última piedra de su refugio. Hace una semana que trabaja en su construcción y ahora acaba de terminar. Esa tarde, aunque se ponga a llover, podrá quedarse en el bosque a leer sin mojarse. Le encanta estar entre los árboles y nunca se siente solo. Mientras va pasando una página tras otra, croan las ranas, los ualabíes rojos van saltando y Bob está en paz con el mundo entero. A la hora del almuerzo se dirige andando a casa, disfrutando de los colores brillantes de los campos alrededor de Trunkey Creek, la localidad australiana donde vive, que en un tiempo estuvo habitada por buscadores de oro.

Bob escruta la hierba en busca de champiñones silvestres. Y su dedicación es recompensada.

—¡Mira cuántos! —dice, entrando a la cocina todavía transportado por la emoción. Su camiseta es ahora un hatillo lleno de setas.

—¡Caramba! —exclama su madre—. Nos los comeremos en ensalada. Ahora ve a lavarte, que papá llegará enseguida y ya sabes que no le gusta el desorden.

Bob se zambulle en la bañera y media hora más tarde ya está sentado en la cocina, listo para comer. Tamborilea nerviosamente con sus pies por debajo de la mesa.

—En la mesa debes comportarte, Bob —dice al cabo de un rato papá, que es el policía de la localidad.

—Perdona, pero es que hoy he terminado el refugio de piedra y tengo que darme prisa para comprobar que todavía esté en pie. Puede que lo hayan invadido los cachorros de ualabí...

—¿Una casa de piedra construida por un niño de siete años invadida por ualabíes? Pero ¿cómo se te ocurren estas cosas? —pregunta divertido su padre—. ¡Eres todo un *daydreamer*, sueñas con los ojos abiertos! —concluye alegremente.

—La naturaleza es muy variada. ¡También los soñadores y los

## ¡alabíes tenemos nuestro lugar!

—responde Bob saltando de la silla. Coge una manzana para el camino y regresa al bosque.

A los dieciséis años se traslada a Blacktown, al oeste de Sídney, donde asiste a la Boys High School. A los veinticuatro se doctora en Medicina en Sídney y empieza a trabajar como médico en el Royal Canberra Hospital. En esos años tiene lugar un terrible conflicto entre Vietnam y Estados Unidos. Australia apoya como aliado a los estadounidenses y envía a sus soldados a la guerra. Pero Bob, que sueña con un mundo pacífico, ayuda a los jóvenes que no quieren ir al frente negándose a proporcionar el certificado de buena salud que los obligaría a alistarse.

Prosigue la práctica médica en muchos otros hospitales y, finalmente, se marcha a Tasmania, una isla australiana en el sureste del país, con un contrato de tres meses. En la carretera que va de Launceston hasta las cataratas del río Liffey, ve un *cottage* blanco, rodeado de campos y bosques y, al lado, un hermoso nogal. Un cartel anuncia que está en venta.

—¡Es mío! ¡Lo compro! —se dice a sí mismo, y por ocho mil dólares adquiere la casa y unas diez hectáreas de bosque y prado. Lo llama Oura Oura, como la protagonista de una vieja leyenda aborigen. Aquí, por primera vez en su vida, Bob se siente en casa y decide establecerse.

## La naturaleza de Tasmania lo llena de asombro, lo hechiza y lo hace feliz como cuando era un niño:

ornitorrincos, canguros, zarigüeyas, serpientes. La vida está en todas partes y a menudo entra por la ventana, se arrastra por debajo de la puerta y va a su encuentro en sus largos paseos por el bosque, siguiendo el curso de ríos y torrentes, o de camino hacia la montaña.

Por la noche se queda en la terraza leyendo o escribiendo, cocinando al aire libre y, a veces, durmiendo bajo las estrellas. Durante la semana recorre en bici los cincuenta kilómetros que lo separan del ambulatorio de Launceston y el viernes regresa lleno de provisiones para el fin de semana. Charla con los amigos durante horas a la sombra del nogal, testigo de muchos de los momentos más importantes de su vida.

Una noche, uno de sus amigos llega jadeando y le dice que el ecosistema de los ríos Franklin y Gordon está amenazado por el proyecto de una presa de cien metros destinada a la producción de energía hidroeléctrica.

—No podemos permitir que ese paraíso sea destruido —comenta Bob, con ánimo de comprometerse. Inmediatamente se une al United Tasmania Group, el primer partido político ecologista del mundo, un puñado de soñadores que llevan en su programa político la defensa de la naturaleza. Luego, con dieciséis amigos, a la sombra de su querido nogal, funda la Tasmanian

Wilderness Society. La nueva organización propone puestos de vigilancia en las orillas del río, reuniones con la población y marchas de protesta en toda Australia. Crece el desacuerdo contra la presa: veinte mil personas desfilan en Hobart, la capital de Tasmania, mientras que otras quince mil se manifiestan en Melbourne y otras tantas en Sídney, Canberra y Adelaida. Bob, encabezando la protesta, reúne a miles de activistas frente a las excavadoras listas para despejar el terreno para la construcción de la presa. Sentados, evitan pacíficamente que los vehículos se muevan. Cuatrocientos noventa y nueve personas más Bob terminan en la cárcel.

«Queridos mamá y papá, antes de que me arrestaran pensé en vosotros. Debe de ser muy difícil entenderme a veces. Pero creo en lo que estoy haciendo y también lo creen mis compañeros de protesta...», escribe desde la celda.

Al cabo de diecinueve días, que incluyen las fiestas de Navidad de 1982 y Año Nuevo de 1983, es liberado. Al día siguiente, su valerosa acción se ve recompensada y Bob es elegido miembro del Parlamento de Tasmania, donde se presentaba por el United Tasmania Group.

—Después de siete años de protestas, el proyecto de la presa ha naufragado y el ecosistema de los ríos Franklin y Gordon está a salvo. La Unesco lo ha incluido en la lista del Patrimonio de la Humanidad —anuncia Bob con orgullo a los periodistas. Pronto, gracias a él, la lista de las áreas afectadas se amplía hasta crear un área protegida de más de un millón de hectáreas, una quinta parte de Tasmania. Sin embargo, hay otras batallas esperándolo a la vuelta de la esquina.

**—Toda la isla debe convertirse en reserva natural —dice a los periodistas—. Ahora le toca a Tarkine, la región alterada en un 90 % por la minería a cielo abierto.**

Y es que, entre los territorios de Tasmania, el de Tarkine, también llamado Takayna en la lengua aborígen palawa kani, es uno de los más delicados y valiosos: más de cuatrocientas mil hectáreas de tierra comprendidas entre la costa y los ríos Arthur y Pieman, con una vegetación compuesta de especies de hace sesenta millones de años. Contiene la zona de bosque templado húmedo más grande de Australia y cuenta con más de sesenta especies protegidas. Según los cálculos de la estación meteorológica de Cape Grim, dispone del aire más puro del mundo. Aquí vive la población aborígen, los antiguos habitantes de la isla, y su cultura milenaria corre el riesgo de desaparecer junto con la naturaleza que siempre la ha cobijado.

**—El gobierno debe invertir en actividades sostenibles que creen nuevos puestos de trabajo**

—propone Bob, concluyendo la rueda de prensa.

El primer ministro de Tasmania congela sus expectativas:

—Llevaremos a cabo las actividades habituales. Y seamos claros: mientras quede siquiera un fragmento de estaño para extraer, Tarkine no se convertirá en parque nacional. ¡Solo los ecologistas fanáticos magnifican su importancia!

Muchos ciudadanos que trabajan en la industria minera o maderera le dan la razón, porque temen perder su empleo. Así, amparados por el consenso popular, el gobierno pone en marcha en la región un plan de deforestación definitivo: árboles que han tardado cientos de años en crecer son derribados en cuestión de minutos.

Los activistas se reúnen para organizarse.

—Los leñadores avanzan abatiendo todo lo que encuentran, luego incendian el área y destruyen el bosque en profundidad —explica Bob.

Para evitar la tala, algunos trepan en las ramas más altas de los árboles y viven allí durante semanas. Bob visita a uno de estos activistas.

—¿Cuánto hace que estás aquí, Lisa? —pregunta a una chica encaramada a un viejo árbol gigante.

—Tres semanas —responde ella.

—¡Gracias por lo que haces! Si los otros veinticinco millones de australianos lo supieran, te estarían agradecidos —le dice.

—A veces es muy duro, pero es especial estar aquí. A cada minuto que pasa me siento más conectada con el bosque —responde Lisa.

Bob le pone manzanas y libros dentro de una canasta.

—Gracias, las comeré por la tarde... ¡y tendré lectura para toda la semana! —dice Lisa levantando la cuerda con la canasta.

Bob estudia nuevas formas de proteger las áreas vírgenes de la explotación intensiva de la industria, y en 1990, como siempre bajo el nogal, constituye la fundación The Australian Bush Heritage Fund, que compra tierras para transformarlas en reservas naturales. Durante años, además, viaja para contar las consecuencias del consumo no regulado de los recursos forestales y explicar a los ciudadanos que pueden detenerlo con sus votos. Mientras tanto, organiza manifestaciones pacíficas para proteger los bosques vírgenes de Tarkine, amenazados por la construcción de nuevas carreteras, y en 1995 es arrestado dos veces más.

**Gracias a su labor incesante, las cuestiones ecológicas finalmente despiertan un gran interés entre los electores:**

nace, así, el primer grupo de senadores «verdes» australianos y en 1996 Bob se convierte en su líder.

Ese mismo año conoce a Paul, el hombre de su vida, que lo apoya en las batallas ambientalistas.

A menudo su trabajo en la política es difícil y frustrante. Una mañana, para cargar las pilas, Bob sale a pasear por el bosque. Camina en silencio, absorto en sus pensamientos. Respira el aire fresco lleno de las esporas de los hongos y helechos y se siente mejor de inmediato.

«La naturaleza siempre nos devuelve al mundo —piensa—. Por otro lado, el hombre ha evolucionado durante dos millones de años en su entorno natural. No es el resultado de los últimos doscientos años de civilización industrial.»

Por el mismo camino, pero en dirección opuesta, va Nicole Anderson, una joven doctora a la que le encanta correr sola entre los árboles de la selva tropical.

—¡Buenos días! Vaya aguante, yo no puedo correr... —dice Bob saludándola.

—¡Buenos días! En realidad, yo tampoco me dedico a hacer deporte. Para mí es una forma de conocer la zona. Solo llevo aquí un año —dice ella, dando saltitos sobre el lugar para mantener el ritmo—. Solo necesitas entrenar. El cuerpo humano está diseñado para esto: la caja torácica permite una respiración profunda, garantizándonos la resistencia para las largas distancias.

—Entiendo que eres médico, como yo. ¡Solo nosotros usamos estas palabras en una conversación informal! —observa Bob con astucia.

Nicole sonríe y se detiene.

—Sí, tengo la consulta en Smithton... ¡y en cuanto puedo, me pongo a correr!

—Entonces ¿por qué no corres por nosotros? —dispara Bob de pronto.

—No sé quiénes sois «vosotros», de todos modos no soy una atleta profesional. Cubro largas distancias, pero soy lenta... —responde Nicole, perpleja.

Bob, entonces, la invita a su casa para conversar a la sombra del nogal. Nicole, instintivamente, confía en él y lo sigue.

—Es hermoso este entorno, me recuerda cuando de niña encendía el fuego detrás de casa y cocinaba al aire libre. Siempre quería estar fuera y no sabían qué hacer conmigo. Así es como aprendí las primeras estrategias de supervivencia en el bosque —cuenta Nicole.

—Yo también lo hago —le dice Bob, señalando los restos de carbón de ahí cerca. Luego se pone serio y añade—: Este lugar tan maravilloso merece un respeto. —Y le explica las batallas que lidera con otros activistas para defender Tarkine y la cultura milenaria de los aborígenes.

»El gobierno ha llegado a cerrar hasta treinta kilómetros de carretera para mantener ocultas sus actividades de tala de bosques vírgenes. Así puede proceder sin que lo molesten —explica Bob.

—Son terrenos públicos, ¡tenemos derecho a saber qué sucede! —responde Nicole indignada.

—Por eso necesitamos una espía en Tarkine, alguien que mantenga bajo control los trabajos del

gobierno. ¿Quieres ser nuestra informadora? —le pregunta Bob.

Nicole entiende que en Tasmania tiene otra misión importante que cumplir:

—¡Estoy con vosotros! —exclama con entusiasmo.

## Desde aquella tarde corre sola a través de las áreas desforestadas.

Toma fotos y encuentra los puntos de acceso para permitir que otros ambientalistas trepen a los árboles o se coloquen ante las excavadoras. A veces es difícil orientarse, porque las zonas por donde corrió hace unas semanas ahora están desnudas e irreconocibles. El panorama la deja afligida y se va a hablar con Bob.

—Tu trabajo es fundamental, Nicole. Nos ayuda a mostrar que el gobierno miente cuando habla de «tala sostenible». Que aquí y allá dejen un antiguo árbol en pie, solitario y expuesto al viento, no cambia las cosas. Sin sus compañeros alrededor, pronto caerá y no quedará rastro del viejo bosque —dice Bob con seriedad.

**—Están locos. ¿No saben que, al igual que nuestros antepasados, formamos también parte del bosque? Estamos entrelazados con la naturaleza desde un punto de vista genético, físico y bioquímico, además de emotivo y espiritual**

—concluye Nicole, más decidida aún a llevar a cabo su misión.

En 2011, después de cuarenta años viviendo en el *cottage* blanco, Bob dona las hectáreas de su propiedad a la Bush Heritage Australia, que las transforma en la reserva natural de Liffey Valley; acto seguido se va a vivir a Cygnet, a casa de Paul, que es agricultor y posee una cantidad considerable de tierra y ovejas. Cansado de la vida política, deja sus cargos al año siguiente, pero permanece en contacto con los demás activistas y, en particular, con Nicole.

—Tú serás mis ojos para controlar la salud de Takayna. Puedes contar siempre conmigo. Proteger el medio ambiente es mi vida —dice Bob tranquilizándola. Con este objetivo crea la Bob Brown Foundation, que lucha para poner bajo la protección de la Unesco nuevas áreas de naturaleza virgen de Australia, comenzando por el valle del río Nelson, que en 2013 se convierte en reserva natural. La Fundación continúa asimismo la batalla para añadir Tarkine a la lista de lugares protegidos y restituir así la tierra a los aborígenes.

—Bob, debemos apresurarnos, porque el gobierno pretende talar ciento cincuenta áreas más de bosque. Ya he visto cómo han cerrado las carreteras... —le dice Nicole un día muy preocupada. Bob empieza a mover los hilos y a finales de 2017 se obtiene un primer resultado cuando 338

hectáreas de tierra cercanas al río Arthur, conocidas como King's Run, son devueltas a los aborígenes.

—Sin Nicole nunca lo habríamos logrado. Quiero seguir soñando con un futuro mejor —le confiesa a Paul una noche—.

**En la naturaleza primigenia de esta tierra hay algo único. Ningún científico puede reproducirla, ningún compositor puede igualarla, ningún escritor puede describirla.**

Y yo estoy tranquilo, puesto que en el espíritu de Nicole se encuentra la salvación de Tarkine.

# Agradecimientos

A Fiammetta Biancatelli, quien primero tuvo la idea.

Un agradecimiento especial a Ombretta Borgia de Walkabout Literary Agency.

**16 vidas extraordinarias de personas que luchan cada día por salvar el medio ambiente.**

**16 historias para los pequeños héroes que salvarán nuestro planeta.**



**¡Somos la última generación que puede cambiar el mundo!**

Nunca se es demasiado joven para salvar el mundo. Este es el mensaje que transmiten los 16 cuentos de este libro. 16 vidas extraordinarias de personas que luchan cada día por salvar el medio ambiente. 16 historias para los pequeños héroes que salvarán nuestro planeta

De Leonardo di Caprio a Emma Watson, pasando por supuesto por Greta Thunberg o Pierre Rabhi (considerado como el Gandhi de la ecología), el libro cuenta dieciséis historias ejemplares de personas que luchan por el medio ambiente y, por lo tanto, por salvar el planeta.

Título original: *Storie per ragazze e ragazzi che vogliono salvare il mondo*

Edición en formato digital: noviembre de 2019

© 2019, Luciana Ciliento y Carola Benedetto

Publicado por primera vez por Italy by DeA Planeta, Milano por acuerdo con Walkabout Literary Agency

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Roberta Maddalena Bireau, por las ilustraciones

© 2019, Guillermo Medina Gallardo, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Adaptación del diseño original de DeA Planeta Libri

Ilustración de portada: © Roberta Maddalena Bireau

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17736-38-5

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Cuentos para niños y niñas que quieren salvar el mundo

Vandana Shiva - Todos somos semillas

Leonardo DiCaprio - ¡Salvaré este paraíso!

Dian Fossey - Los gorilas son mi familia

Al Gore - La verdad es incómoda

Emma Watson - Una maga a favor del medioambiente

Tiziano Guardini - La oruga es bella

Wangari Maathai - No se puede detener a un río

Rigoberta Menchú Tum - El altiplano es mi hogar

Pierre Rabhi - Como un colibrí

Jadav Payeng - Mi karma bhumi a favor de la tierra

Greta Thunberg - ¡Devolvednos el futuro!

Sebastião Salgado - La tierra me ha salvado

Björk - Soy un abedul

Jun Ma - Por un chapuzón en el río Amarillo

Yvon Chouinard - Un empresario rebelde

Bob Brown y Nicole Anderson - También hay un lugar para los soñadores y los ualabíes

Agradecimientos

Sobre este libro

Créditos